M. E. Chamberlain

La descolonización

La caída de los imperios europeos

Ariel Historia

M. E. Chamberlain

La descolonización

La caída de los imperios europeos

Ariel Historia

La descolonización

Ariel

Ariel Historia

M. E. Chamberlain

La descolonización

La caída de los imperios europeos

Editorial Ariel, S.A.
Barcelona

Diseño cubierta: Nacho Soriano

Título original:
Decolonization
The Fall of the European Empires

Traducción de
IGNACIO HIERRO y RICARD HIERRO

1.ª edición: marzo 1997

Copyright © M. E. Chamberlain 1985

First published 1985
Reprinted 1987, 1989
Reprinted with updated Further Reading 1994
Blackwell Publishers, UK y USA

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 1997: Editorial Ariel, S. A.
Córcega, 270 - 08008 Barcelona

ISBN: 84-344-6592-2

Depósito legal: B. 8.624 - 1997

Impreso en España

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño
de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida
en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico,
químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del editor.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Es habitual que se piense en la descolonización como en un fenómeno del período que sigue a la segunda guerra mundial, aunque no deje se ser éste un punto de vista simplificador. Es evidente que, en cierto sentido, los imperios han ido siempre creándose y desintegrándose, pero incluso si se contempla la «descolonización» como una manifestación inherente a los imperios marítimos europeos que han ido naciendo a partir de la época del Renacimiento, este fenómeno dio comienzo mucho antes de 1945.

Los dos principales imperios marítimos europeos en el tiempo fueron los de España y Portugal. También fueron los primeros en hundirse. La guerra es el más común de los elementos destructores de esas formaciones: Alemania e Italia perdieron sus imperios como consecuencia de las derrotas que siguieron a la primera y a la segunda guerra mundial, respectivamente; España se quedó sin Cuba y Filipinas a causa de la derrota que sufrió en la guerra sostenida contra Estados Unidos en 1898; pero la desintegración de los imperios español y portugués en América Latina siguió un proceso mucho más complejo. En realidad, ambos fueron destruidos por las guerras napoleónicas y por las tensiones que éstas generaron en los territorios metropolitanos. El hecho de que, finalmente, Napoleón fuera derrotado no permitió a España y a Portugal restablecer sus imperios. En ese sentido, tal pérdida es comparable a la de británicos, franceses y holandeses después de la segunda guerra mundial. Las tres potencias se encontraban en el bando de los vencedores, pero el mundo había cambiado demasiado como para poder restablecer por entero el *statu quo* anterior.

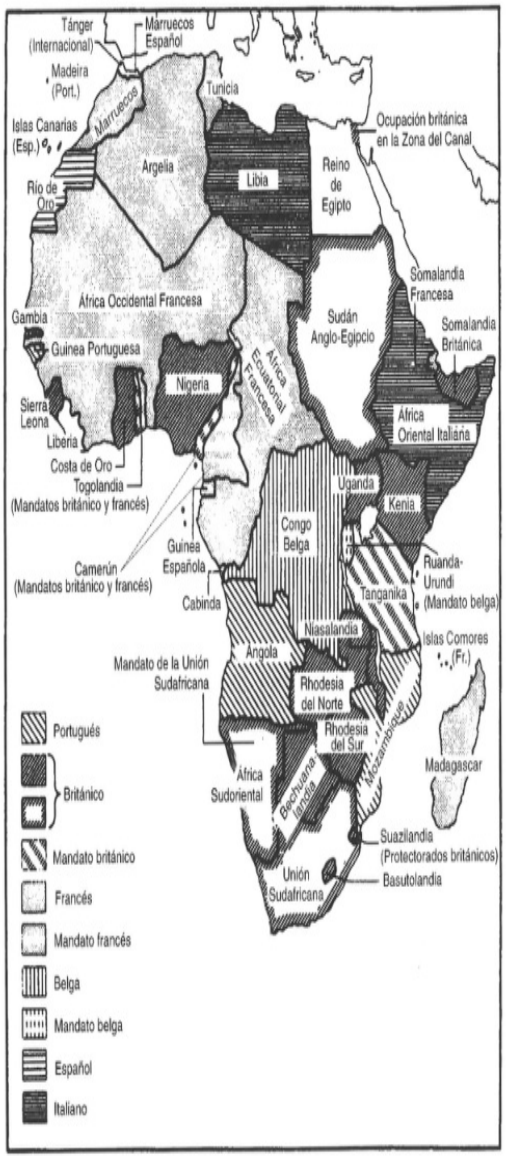
Gran Bretaña perdió también un imperio a finales del si-

glo XVIII (las colonias americanas que se convertirían pronto en Estados Unidos), y aunque Francia y España desempeñaron un papel suficiente como para permitirles a los americanos conseguir la independencia, la pérdida de ese imperio no comenzó a causa del enfrentamiento en una guerra exterior, sino en una disputa interna entre metrópoli y colonias. Hasta el siglo XVIII, la experiencia imperial de británicos y españoles había sido en muchos aspectos parecida, gobernando ambos colonias de poblamiento ubicadas en el continente americano. La política de los británicos tendía a la devolución, mientras que la de los españoles lo hacía hacia la integración, pero sus legados fueron también muy similares: la lengua (castellano en el sur, inglés en el norte), el cristianismo (catolicismo en el sur, protestantismo de manera predominante en el norte), y los sistemas legal y político. En la actualidad, las Américas son el producto y las herederas de la civilización europea, acompañada únicamente por algunas gotas de la herencia africana y de la civilización indígena americana.

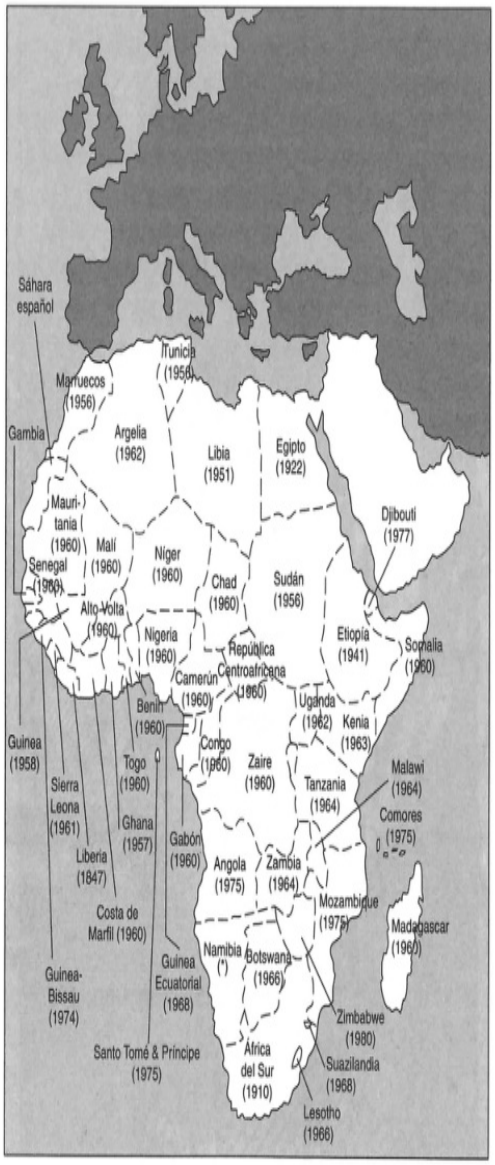
En el siglo XIX, aunque Portugal se reafirmó de manera tardía como una potencia colonial en África, España desempeñó un papel muy poco importante en el nuevo imperialismo. Fue sobre todo a Gran Bretaña y a Francia (y, en mucha menor medida, a Alemania) a las que les correspondió la tarea de conquistar y gobernar vastas extensiones de tierras del espacio no europeo. Desde el momento en que, muy a menudo, se contempla la descolonización como un fenómeno que tiene lugar exclusivamente a partir de 1945, se considera, también a menudo, que ese concepto debe aplicarse únicamente a la liberación, o a la consecución de la independencia, de los pueblos asiáticos y africanos que previamente habían estado sometidos al mandato de los europeos. Es necesario realizar una nueva interpretación lo suficientemente amplia como para dar cabida en ella al proceso de maduración enteramente pacífico que tuvo lugar en países como Canadá y Australia.

La conquista europea del resto del mundo dio comienzo debido a la curiosidad, característica del Renacimiento, y a la fe, elemento inherente a la Contrarreforma; y finalizó, de una

manera mucho más humilde, después de la catástrofe de las dos guerras mundiales (guerras que comenzaron ambas en el corazón de la Europa «civilizada»), como consecuencia de la aparición de una mayor voluntad para reconocer las exigencias de otras culturas.



MAPA 1. *África en 1939. Fuente: J. D. Fage,* An Atlas of African History, *Edward Arnold, 1978, p. 48.*



MAPA 2. *África en 1980, con las fechas de independencia. Fuente: P. Gifford y W. R. Louis (eds.),* The Transfer of Power in Africa, *Yale University Press, 1982.*

(*) Namibia obtuvo su independencia con posterioridad a la fecha de este mapa, en 1990.

Sergio Orozco



MAPA 3. *Asia en 1939. Fuente: Basado en* The Hamlyn Historical Atlas, *1981, mapa 86.*



MAPA 4. *Asia en 1980, con las fechas de independencia. Fuente: Basado en* The Hamlyn Historical Atlas, *1981, mapa 86.*

INTRODUCCIÓN

El concepto de «descolonización» es bastante reciente, pues no llegó a convertirse en término de uso general hasta las décadas de 1950 y 1960; no obstante, parece que ya había sido acuñado en 1932 por un estudioso alemán, Moritz Julius Bonn, para la voz «imperialismo» de la *Encyclopaedia of the Social Sciences* (Seligman, 1932). En la actualidad, se entiende habitualmente por «descolonización» el proceso que condujo a los pueblos del Tercer Mundo a conseguir su independencia de los dominadores coloniales. Sin embargo, no encontró una acogida muy favorable entre asiáticos y africanos puesto que tal definición llevaba implícito el hecho de que las iniciativas en favor de la descolonización (lo mismo que aquellas otras que habían conducido a la creación de los imperios coloniales) habían sido tomadas por las potencias metropolitanas. En consecuencia, asiáticos y africanos han preferido en ocasiones hablar de sus «guerras de liberación» o incluso de la «recuperación de la independencia» (Hargreaves, 1979, pp. 3-8; Gifford y Louis, 1982, pp. 515, 569).

Esta objeción posee un cierto peso, pero no deja por ello de ser menos cierto que las decisiones vitales se tomaron en Londres, París, Bruselas o La Haya. Los historiadores deben tratar de encontrar el equilibrio al examinar, por una parte, la política de las potencias coloniales, y, por otra, el conjunto de ideas e iniciativas procedentes de los colonizados. Ambas se vieron influidas con frecuencia por sus experiencias históricas anteriores. Por tanto, es también importante que el historiador contemple el problema con una perspectiva de amplio alcance. La descolonización tuvo lugar casi en su totalidad a partir del final de la segunda guerra mundial, especial-

mente entre 1947 y 1965, pero poseía unas raíces mucho más profundas. Hay quienes han defendido que los imperios europeos habían sembrado las semillas de la decadencia ya desde los primeros momentos (Kennedy, 1984, pp. 201-203), e incluso, aunque parezca un punto de vista excesivamente determinista, es bien cierto que tanto el ritmo como la forma en que se desmantelaron los diferentes imperios europeos son, en gran medida, deudores de experiencias históricas anteriores y de las lecciones que, correcta o incorrectamente, sacaron de ellas.

Esta situación es particularmente cierta en aquellos casos en que la relación había sido duradera y de gran importancia para ambas partes, como sucedió entre Gran Bretaña y la India, territorio este último que debe tomarse como un caso histórico paradigmático en cualquier estudio sobre descolonización. Pero la historia había comenzado mucho antes de 1947. Se trató del país descolonizado más extenso, así como del primer ejemplo importante de descolonización con posterioridad a 1945. Actualmente el tema de hasta qué punto la India había sido el modelo de independencia para África es un motivo de debate entre estudiosos (véase p. 26), pero parece estar por encima de toda disputa que el país asiático fue el gran ejemplo en el que se miraron los nacionalistas de otros territorios coloniales, y que la renuncia a la posesión de la India en 1947 colocó de manera inexorable al imperio británico (con mucho, el mayor de los imperios coloniales europeos) en el camino de su disolución. Los demás siguieron simplemente lo que habían comenzado los británicos. Debido a todo lo que ello llevaba implícito, hubo que esperar una generación para que se advirtiera la realidad de la situación, pero, finalmente, la mayoría de los antiguos pueblos coloniales se encontraron con que estaban empujando una puerta cuya cerradura ya había sido abierta. Los europeos tuvieron que abandonar el intento de dominar el resto del mundo políticamente, aunque quizá no en el aspecto económico. Había llegado a su fin la era comenzada inmediatamente después del Renacimiento.

Los precedentes

La primera gran pérdida de territorios pertenecientes a un imperio de la Europa Moderna no tuvo lugar en el siglo XX, sino a finales del siglo XVIII y principios del XIX, e implicó no a pueblos extraños situados de forma temporal bajo dominio europeo, sino a poblaciones de procedencia predominantemente europea que rompieron los vínculos con las potencias coloniales para formar sus propios Estados nacionales. Aunque el movimiento que tuvo lugar en el siglo XX estuvo en ocasiones relacionado con la recuperación de identidades nacionales perfectamente definidas, implicó mucho más a menudo la creación de nuevos Estados-nación a partir de grupos de pueblos hasta ese mismo momento perfectamente diferenciados. No pueden quedar en el olvido los precedentes históricos de los siglos XVIII y XIX. En ocasiones serían conocidos, y utilizados, por las colonias del siglo XX; por ejemplo, la minoría autóctona de la India que había conseguido una buena educación universitaria tuvo conocimiento del embargo que los americanos habían realizado sobre la importación de productos británicos que precedió a la guerra de Independencia americana, y creó su propia formación (el movimiento swadeshi de principios del siglo XX), con la finalidad de animar a los indios a que boicotearan los productos europeos para favorecer los propios del país.

La pérdida de estos primeros territorios imperiales tuvo una enorme influencia para determinar las actitudes posteriores de las potencias coloniales. Gran Bretaña se vio privada de la mayor parte de su imperio norteamericano entre 1776 y 1783 cuando se crearon los Estados Unidos, aunque es posible que tal privación no haya sido tan frustrante para Gran Bretaña, tanto desde el punto de vista material como desde el psicológico, como llegó a suponerse durante bastante tiempo. El profesor Harlow defendió con energía que esa pérdida únicamente sirvió para confirmar la «carrera hacia Oriente» que ya comenzaba a hacerse evidente en aquel momento en la política británica; es decir, la preferencia del comercio con Asia a las inversiones y el compromiso en el gobierno de colonias de poblamiento en el hemisferio occiden-

tal (Harlow, 1952, pp. 1-11). No obstante, la guerra de Independencia americana dejó en los británicos una impronta indeleble sobre la manera de entender el imperio, aunque se reconciliaron muy pronto consigo mismos por esa pérdida afirmando que se trataba de un hecho «natural». Las colonias eran como niños que finalmente alcanzan la madurez, y de manera inevitable tratan de conseguir la independencia de la madre patria. Gran Bretaña no opuso serios obstáculos a ese crecimiento en sus otras colonias de poblamiento, como Canadá, Australia, Nueva Zelanda o Sudáfrica (ya desde principios del siglo XX, contemplaba a esta última como una colonia más de asentamiento blanco igual que las anteriores). Sin embargo, acabaría por convertirse en objeto de debate si esos mismos argumentos eran aplicables a las dependencias no europeas, como la India o las numerosas colonias tropicales que Gran Bretaña poseía en África y en tantos otros lugares del planeta.

La pérdida por parte de Gran Bretaña de las colonias americanas no ocasionó hundimiento alguno de la potencia metropolitana. Bien al contrario, aún tenía en el recuerdo la confianza por su éxito en la guerra de los Siete Años, entre 1756 y 1763, que le había proporcionado el Canadá francés y la había situado como potencia europea dominante en la India. En el interior estaban ya comenzando a hacerse realidad los enormes cambios económicos que convertirían a Gran Bretaña durante un largo período de tiempo en la potencia industrial dominante a escala mundial. Aquella pérdida debe atribuirse a errores políticos de los británicos, a la determinación de los americanos y al apoyo internacional que estos últimos recibieron de Francia y de España.

Bien diferente es la historia del hundimiento de los imperios español y portugués en América central y meridional a comienzos del siglo XIX. España y Portugal habían quedado tan debilitadas por las guerras napoleónicas que les había sido imposible conservar sus imperios americanos por más tiempo. Aunque en algunos lugares hubo lucha, por lo general los Estados sucesores se establecieron para llenar un vacío, y se convirtieron muy a menudo en regímenes inestables y muy inclinados a oscilar entre formas de gobierno extremistas. Algunos historiadores han especulado con la tesis de que se necesita una verdadera lucha para obtener la independencia como estadio indispensable en la creación de Estados estables y disciplinados.

A lo largo del siglo XIX, tanto España como Portugal pasaron a ser potencias de tercer orden. A los propagandistas coloniales les fue muy sencillo adoptar argumentos de «causa-efecto», tales como que la pérdida de las colonias llevaba aparejada inevitablemente la privación del estatus de gran potencia, o bien que la privación del estatus de gran potencia se veía ineludiblemente acompañada por la pérdida de las colonias. En cualquier caso, la posesión de un imperio era contemplada como una especie de distintivo del estatus de gran potencia, importante por el prestigio que confería, al margen de si también era valioso desde el punto de vista económico.

El gran economista escocés Adam Smith advirtió esa paradoja en una fecha tan temprana como 1776. Defendió con gran energía que, aunque las colonias no significaran otra cosa que una enorme responsabilidad para la potencia colonial, ningún país las abandonaría voluntariamente, debido en parte a la presión ejercida en la metrópoli por los intereses creados, pero también a causa de consideraciones generales relacionadas con el prestigio que confería la posesión de un imperio colonial. Los argumentos de Adam Smith contribuyen a explicar por qué, aunque la doctrina de moda a principios y mediados del siglo XIX sostenía que las colonias constituían una pesada carga económica y una gran responsabilidad internacional, no hubo ninguna potencia colonial que tratara de deshacerse de ellas. Es más, en esa misma época Gran Bretaña aumentó considerablemente su imperio (Robinson y Gallagher, 1953, pp. 1-15).

Los años finales del siglo XIX fueron testigos de una renovada competencia por aumentar los imperios coloniales. La opinión de los especialistas se ha vuelto contra las explicaciones de ese fenómeno que lo atribuyen exclusivamente a una sola causa. Lo que llevó a las viejas potencias coloniales, como Gran Bretaña, Francia, Holanda, Portugal y España (acompañadas ahora por otras nuevas, como Alemania e Italia), a tomar parte en la carrera por la consecución de nuevas

colonias, así como a defender las antiguas, fue una compleja mezcla de motivos económicos, diplomáticos, políticos y estratégicos.

En ese momento, no había nada más alejado de la mente de la mayoría de los gobernantes que el concepto de *descolonización*. El futuro parecía estar reservado a los grandes Estados, tales como Estados Unidos de América o el recientemente unificado imperio alemán. Si otros países, como Gran Bretaña y Francia, deseaban mantenerse en la disputa deberían hacerlo en tanto que centros de grandes imperios. No obstante, esa situación dejaba espacio suficiente para que pudiera aparecer una considerable diversidad en cuanto a la organización fáctica de tales imperios. El francés tuvo siempre tendencia a la centralización. Su ideal podría definirse con la palabra *asimilación*. Los pueblos que habitaban sus colonias se convertirían en franceses por cultura y civilización, y enviarían diputados a París para contribuir a la gobernabilidad de todo el imperio en su conjunto. Esa «asimilación» pareció inalcanzable durante el período de rápida expansión que tuvo lugar a finales del siglo XIX, y fue, por tanto, modificada, pero siguió manteniéndose como el ideal a alcanzar. La preferencia de los británicos estaba en la política de devolución. Se permitió que diferentes partes del imperio, en especial las antiguas colonias de poblamiento, alcanzaran diversos grados de autonomía. Se esperaba vagamente que llegaría el día en que todo el imperio podría coordinarse bajo alguna forma de federación. (Los más optimistas, como Cecil Rhodes, llegaron incluso a soñar con que Estados Unidos podía verse inducido a reunirse en una federación de esa clase.) En los territorios no europeos recientemente adquiridos, Gran Bretaña experimentó varias formas de «gobierno indirecto», que permitían a los pueblos de las colonias gobernarse a sí mismos según sus leyes y prácticas consuetudinarias, únicamente con una supervisión general llevada a cabo por funcionarios británicos. La diversidad de las prácticas gubernamentales adoptadas por las potencias colonizadoras influyó naturalmente en la forma que iba a tomar la descolonización en los diferentes territorios.

En uno de los territorios del imperio británico, en la India, hubo siempre una importante cuota de gobierno indirecto, aunque habitualmente no se hacía referencia a él con ese título. Aproximadamente la mitad del subcontinente indio se encontraba bajo gobierno británico directo; el resto continuaba siendo gobernado por los «príncipes nativos», según se les conocía de manera colectiva, asesorados por consejeros británicos. La guerra de Independencia americana había convencido a los británicos de la naturaleza esencialmente transitoria de los imperios. Esta convicción se vio reforzada por el asombro que les provocó, en tanto que nación de reducidas dimensiones del noroeste europeo, el encontrarse de pronto como potencia dominadora de todo el subcontinente indio. En fecha tan tardía como 1838, Charles Trevelyan escribía: «La relación existente entre dos países tan distantes como Inglaterra y la India, y de acuerdo con la naturaleza de las cosas, no puede ser permanente: no existe esfuerzo político alguno que pueda evitar que los nativos conquisten finalmente de nuevo su independencia» (citado en Stokes, 1959, p. 46). Pero sacaba la misma conclusión a la que el gobernador de Bombay, Mountstuart Elphinstone, había llegado una década antes: «Es debido a nuestro propio interés el que alcancemos una pronta separación de un pueblo civilizado, mejor que una ruptura violenta con una nación bárbara, en la que es probable que todos nuestros colonos, e incluso nuestro comercio, perecerían al mismo tiempo que todas las instituciones que hayamos introducido en el país» (Colebrooke, 1884, vol. 2, p. 72).

Una mentalidad de este tipo subyacía a la introducción de la educación occidental en la India, de la que Mountstuart Elphinstone había admitido que se trataba del «camino real que llevaría a Gran Bretaña de regreso a Europa». El cuñado de Trevelyan, Thomas Babbington Macaulay, defendió la misma posición en su discurso de renovación de la Carta de la Compañía de la India Oriental en 1833. En aquel famoso discurso ante la Cámara de los Comunes, afirmó lo siguiente:

> Puede darse el caso de que el entendimiento público de la India llegue a expandirse con nuestro sistema hasta el punto de que llegue a superar ese mismo sistema [...], que, habiendo

> sido instruidos en el conocimiento europeo, puedan, en una edad futura, exigir instituciones europeas [...] Suceda lo que suceda, será ése el día del que la historia inglesa se sentirá más orgullosa [...] El cetro puede alejarse de nosotros [...] Puede que la victoria se convierta en inconstante a nuestros ejércitos. Pero existen triunfos que hay que seguirlos sin remedio. Existe un imperio exento de todas las causas naturales que provocan la decadencia. Aquellos triunfos no son otros que los triunfos pacíficos de la razón sobre la barbarie; que el imperio no es otro que el imperio imperecedero de nuestras artes y nuestra moral, de nuestra literatura y nuestras leyes (citado en Chamberlain, 1974, p. 71).

Aunque durante el período imperialista de la última parte del siglo XIX pareció quedar a un lado de manera indefinida la posibilidad de que la India se convirtiera en un Estado independiente, esa misma idea subyacía a la lenta introducción de ciertos elementos de gobierno representativo en el subcontinente indio, comenzando por la admisión de algunos indios designados para formar parte del consejo legislativo del virrey, de acuerdo con la Indian Council Act de 1861. El Acta del gobierno de la India, de 1909, más conocida como la reforma Morley-Minto (por los nombres del secretario de Estado para la India, el veterano radical John Morley, y del virrey de aquel momento, lord Minto), realizó ciertos progresos puesto que aceptaba mayorías no oficiales (aunque no necesariamente elegidas por sufragio) en los consejos legislativos de las Provincias Indias, si bien no todavía en el propio consejo legislativo del virrey. Tales avances parecieron sustanciales en aquel momento, aunque no dejaban de ser modestos, incluso si se les compara con la posición que habían conseguido ya las antiguas colonias de poblamiento británicas: Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica habían obtenido algo que se parecía a una autonomía por lo que se refiere a su legislación interna y, aunque todavía sin una definición clara, un cierto derecho a ser consultadas en las decisiones de política exterior que podían afectarlas. En otras palabras, habían alcanzado el «estatus de dominio», que había sido definido por vez primera en la conferencia imperial de 1907.

En 1914, y de manera automática, los dominios y la India, lo mismo que las colonias británicas, se encontraron inmersos en el conflicto cuando Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania, porque, según el derecho internacional, el imperio británico estaba considerado como un Estado único. Pero el gobierno metropolitano había aceptado ya en la práctica que la contribución al esfuerzo de guerra de los dominios y de la India debía ser determinada en sus respectivas capitales más que en Londres. Los dominios (Sudáfrica de manera menos entusiasta que los demás) dieron su apoyo a Gran Bretaña. La India se identificó también con la causa británica y llevó a cabo un envío de tropas.

Gran Bretaña, agradecida por lo que parecía ser una profunda muestra de lealtad por parte de la India, respondió con la declaración Montagu de 1917. Lord Montagu, secretario de Estado para la India, anunciaba el 20 de agosto:

> La política del Gobierno de su majestad [...] pasa por la participación cada vez mayor de los indios en todas las ramas de la administración y por el desarrollo gradual de las instituciones de autogobierno, con el punto de mira puesto en la progresiva consecución en la India de un gobierno responsable como parte integral del imperio británico.

Se trataba de una declaración dominada por la cautela, con el énfasis colocado en la palabra *gradual*, que quedaba aún más clarificada a medida que avanzaba el texto, cuando Montagu hacía hincapié en que, como la responsabilidad última le correspondía por el momento al gobierno británico, era éste el que debía determinar «la ocasión y la cuantía de cada avance», que, a su vez, debía decidirse por el grado de la «cooperación» india. Pero aunque estuviera marcada por tales condiciones, la declaración Montagu no dejaba por ello de significar un hito. Frases como «instituciones de autogobierno» y «gobierno responsable» no eran evidentemente vagas. Estos mismos conceptos habían adquirido un preciso significado legal en el desarrollo de las relaciones entre Gran Bretaña y sus colonias de poblamiento. A la India se le estaba ofreciendo el «estatus de dominio», comparable al que ya disfrutaba Canadá, no de manera inmediata, pero sí en un futuro

previsible. Se trató de la primera vez en que Gran Bretaña llegaba a afirmar formalmente que éste era el objetivo que debía alcanzar cualquier territorio «no blanco» de su imperio.

Sin embargo, las consecuencias de la primera guerra mundial conseguirían que fuera Alemania, y no Gran Bretaña, la primera gran potencia europea que se viera obligada a abandonar su imperio de la época prebélica. El presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, había esperado que al final de la guerra no se diera «ninguna clase de anexión»; no deseaba que en Europa se mantuviera abierta herida alguna, como la que había provocado la anexión de Alsacia y Lorena por parte de Alemania al finalizar la guerra franco-prusiana, pero los aliados estaban igualmente determinados a no devolver las colonias alemanas que habían sido conquistadas en el transcurso de la guerra. Por lo que se refería a la situación de los Estados sucesores del imperio austro-húngaro, que se había hundido al final de la guerra, los aliados se habían comprometido a aceptar para ellos el principio de «autodeterminación». Eran los propios pueblos los que deberían elegir a qué Estado deseaban pertenecer. Se crearon nuevos Estados, como Checoslovaquia y Yugoslavia. A manera de ensayo, los aliados aplicaron asimismo idéntico principio al imperio otomano (turco), que también se había hundido. A lo largo de la contienda, habían apelado de manera deliberada al apoyo de los árabes que vivían en el interior de este imperio, muchos de los cuales estaban ansiosos por deshacerse del dominio turco. No obstante, los aliados no creyeron todavía oportuno que estos Estados árabes de reciente creación fueran capaces de gobernarse a sí mismos.

Tampoco ninguna de las potencias aliadas tuvo la ocurrencia de aplicar esos mismos principios de autodeterminación a los territorios que habían conformado el imperio alemán. El tema relativo a los asentamientos coloniales aparecía en el quinto de los famosos «catorce puntos» del presidente Wilson. Esta importante cláusula exigía:

> Un ajuste libre, tratado con mentalidad abierta y absolutamente imparcial, de todas las reclamaciones coloniales basadas en la estricta observancia del principio de que, en el momento de determinar todas las cuestiones referentes a la soberanía, los intereses de las poblaciones concernidas deben tener un peso igual a las justas reclamaciones de los gobiernos cuya titularidad ha de determinarse.

Los aliados se quedaron en cierta medida confusos ante la contradicción existente entre los principios que proclamaban y el regateo ya pasado de moda por lo que se refería al destino de las antiguas colonias alemanas. El resultado fue el establecimiento del sistema de «mandatos», bajo la supervisión de una recién creada organización: la Liga de Naciones. Existían tres clases de mandatos: los de tipo A, aplicados únicamente a los Estados aparecidos a partir de la desmembración del imperio otomano. Siria y Líbano (hasta 1920 Líbano formó parte de Siria) se convirtieron en territorios bajo mandato francés. Irak (Mesopotamia) y Palestina (que en aquel entonces incluía a los territorios actuales de Israel y Jordania) llegaron a ser mandatos británicos. Estos mandatos de tipo A obligaban a la potencia mandataria, no solamente a gobernarlos de forma apropiada, sino también a conseguir que el territorio del mandato alcanzara una independencia plena tan pronto como fuera posible, en un tiempo que se considerara razonable. Irak alcanzaría la independencia en 1932, pero los restantes mandatos se encontrarían aún bajo el dominio de la potencia mandataria en 1939, al estallar la segunda guerra mundial.

Los mandatos de tipo B y C se aplicaron a las antiguas colonias alemanas de África y Asia. Los de tipo B eran territorios que habían sido transferidos a diferentes potencias europeas. Gran Bretaña pasaría a ser responsable de Tanganika (la antigua África oriental alemana) y de aquellas partes de Togo y de Camerún fronterizas con las colonias que ella misma poseía de Costa de Oro y Nigeria. Francia se apropió de las demás zonas de Togo y Camerún que hacían de frontera con sus colonias de Dahomey y Gabón. Los mandatos de tipo C diferían muy ligeramente de los de tipo B, pero habían sido cedidos a varias potencias africanas y del Pacífico. La Unión Sudafricana se convirtió en administradora de la antigua África sudoccidental alemana (Namibia);

Australia, de parte de Nueva Guinea y de algunos otros territorios insulares del Pacífico, y Nueva Zelanda, de Samoa occidental. No existía obligación formal alguna de hacer seguir a estos territorios por la senda de la independencia. Se exigía de la potencia mandataria únicamente que les proporcionase un gobierno bueno y humano, que se abstuviese de explotarlos y que suprimiera males tales como los restos del comercio esclavista. La potencia mandataria debía hacer llegar informes regulares a la comisión de mandatos de la Liga de Naciones, comisión que se tomó su trabajo con gran seriedad. Por lo general, las potencias mandatarias cumplían escrupulosamente con el deber de enviar los informes, y, mientras la Liga de Naciones estuvo vigente, el sistema de mandatos tuvo cuando menos el mérito de diseñar unos modelos (marcados, eso sí, por un elevado grado de paternalismo) mediante los cuales se esperaba que se rigiera el comportamiento de las potencias coloniales.

Las primeras respuestas coloniales

La propaganda de los aliados en tiempo de guerra, en particular la proclamación de la doctrina de la autodeterminación, no podía pasar desapercibida en el mundo colonial, en especial en aquellas partes que, como en la India británica, contaban ya con una clase política muy preparada. El papel desempeñado por la India es de primera importancia en esta historia. En la actualidad, ha tenido lugar entre los historiadores un cierto debate a propósito de si es admisible o no que África debe únicamente contemplarse como un territorio que siguió los pasos marcados por Asia en sus luchas de liberación (Gifford y Louis, 1982, pp. VII-VIII). Es evidente que una buena parte de la experiencia africana es producto de la propia África, pero no puede desecharse por completo el papel clave desempeñado por los nacionalistas indios. En 1945, el jefe Awolowo de Nigeria escribía: «La India es un héroe para los países sometidos. Sus luchas por el autogobierno han sido contempladas con entusiasmo y simpatía por los pueblos coloniales»; aunque también era muy consciente de los terribles peligros de división entre las comunidades hindú y musulmana, que podían tener un paralelismo evidente en la propia Nigeria (Awolowo, 1947, pp. 25, 50-51). Muchos de los primeros movimientos nacionalistas africanos adoptaron el nombre de «congreso» en imitación del Congreso Nacional Indio. En Sudáfrica, un joven abogado zulú, educado en Columbia y Oxford, Pixley Seme, denominó en 1912 a una organización recién creada por él Congreso Nacional Nativo Sudafricano. (Posteriormente, en 1925, cambió su nombre por el de Congreso Nacional Africano, denominación con la que se le conoce en la actualidad.) En 1918, otro abogado, éste de Costa de Oro, J. E. Casely Hayford, fundó el Congreso Nacional del África Occidental Británica. Pero por encima de cualquier otra cosa, la India proporcionó a los movimientos nacionalistas modernos un héroe carismático en la figura de Mahatma Gandhi, personalidad que pareció combinar una especial habilidad para utilizar con la mayor capacitación todas las tácticas de los políticos occidentales con una auténtica reafirmación de los valores no europeos. Los líderes africanos hablaban siempre de él con admiración (Nkrumah, 1957, pp. VII-VIII). En 1969, Chipre (independiente desde 1960) emitió un sello de correos para conmemorar el centenario de su nacimiento.

La primera respuesta de los no europeos a las presiones de la conquista europea fue, como es natural, la de la resistencia armada. En el siglo XVI, los incas y los mayas de la América meridional y central lucharon contra los conquistadores españoles. Los indígenas de América del Norte mantuvieron una lucha contra los ocupantes europeos hasta finales del siglo XIX. La batalla de Wounded Knee entre los siux y la caballería de Estados Unidos se libró inmediatamente antes de las Navidades de 1890 (Brown, 1972, p. 352).

En la India, británicos y franceses se ganaron en un primer momento el poder político actuando como auxiliares de los mandatarios indios que disputaban entre ellos por hacerse con la herencia de un imperio mogol que se derrumbaba; pero en el momento mismo en que los británicos comenzaron a luchar en beneficio propio se encontraron con la fiera resistencia de algunos pretendientes indígenas. Siraj-ud-dau-

la, el nawab (gobernador) de Bengala, fracasó en su intento por derrotar las fuerzas de la Compañía de la India Oriental británica en Plassey, en 1757, pero no sería hasta 1799 cuando el sultán Tipu, mandatario de Misora, región de la India meridional, fue derrotado en la batalla de Seringapatam por Arthur Wellesley, posteriormente duque de Wellington, y habría que esperar hasta 1803 a que el mismo Wellesley derrotara en la batalla de Assaye a la confederación márata. Hay quienes defienden que, de no haberse producido la intervención británica, los máratas hubieran sido los sucesores naturales de los mogoles. Tal afirmación no es aceptada universalmente (Spear, 1965, pp. 74-77 y 116-117), pero los victorianos acostumbran fechar su propia supremacía sobre la India a partir de la derrota definitiva, seguida de su posterior disolución, de la confederación márata, en 1818.

En África puede encontrarse un paralelismo a esta resistencia militar de la India, en particular allí donde los europeos toparon con un Estado o un imperio fuerte y, en ocasiones, militarista. En Costa de Oro los británicos sostuvieron una serie de guerras, en 1821-1831, 1873-1874, 1895-1896 y 1900-1901, contra la poderosa confederación ashanti. En Sudáfrica se enfrentaron a los zulúes en 1879, sufriendo en un primer momento el desastroso encuentro de Isandhlwana. Ni que decir tiene que los emigrantes bóers mantuvieron una lucha contra los zulúes durante un período mucho más dilatado de tiempo. Zululandia se incorporó a la colonia británica de Natal en 1897, pero en 1906 estalló una rebelión zulú mucho más importante. Una etnia emparentada con los zulúes, la matabele (ndebele), combatió a los británicos en 1893 para evitar que éstos mantuvieran el control sobre el territorio que iba a convertirse en Rhodesia del Sur (la actual Zimbabwe). No deja de ser más sorprendente aún que el pueblo shona, dominado ya por los matabele, y de los que se esperaba que recibieran a los británicos como libertadores, se levantara también contra éstos en 1896. Gran Bretaña conquistó Egipto en 1882 sin excesivas dificultades, pero fue expulsada del Sudán egipcio en 1885 por un fundamentalista islámico, El Madhi. Únicamente pudieron alcanzar de nuevo el control sobre ese último territorio como resultado de una campaña a gran escala llevada a cabo por el general Kitchener entre

1896 y 1898. Los italianos fracasaron al tratar de hacer buena su apuesta por conseguir Abisinia, sufriendo una derrota humillante en la batalla de Adowa, en 1896. Los franceses llevaron a cabo su expansión tomando como punto de partida la vieja colonia de Senegal, y siguieron su camino hasta alcanzar el Sudán occidental, donde fueron finalmente detenidos por los británicos en Fashoda, en 1898, después de haber sufrido una fiera resistencia por parte de los bien organizados emiratos musulmanes de la sabana. En el norte, los franceses, desde que desembarcaran en aquellas tierras en 1830, tardaron casi una veintena de años en someter Argelia.

Sin embargo, todos estos intentos de resistencia militar se vieron finalmente condenados al fracaso. Incluso Abisinia cayó en manos de los italianos en 1935. La explicación más sencilla a este hecho, y que, como es obvio, contiene una buena parte de verdad, reside en la enorme disparidad de potencial que existía entonces entre los europeos y sus oponentes. A finales del siglo XIX, Europa había llevado a cabo una revolución industrial desconocida para el resto del mundo. No era únicamente un problema de superioridad militar, aunque Hilaire Belloc está en lo cierto cuando señala que los europeos poseían la «maxim» (una clase de ametralladora) y no así sus oponentes. Contaban también con superiores medios de transporte, que incluían barcos con casco de hierro, ferrocarriles, y, ya entrado el siglo XX, aviación; con su producción fabril podían hundir la producción que se realizaba en las localidades rurales; tenían bajo su mando toda la eficaz burocracia del Estado moderno. Los efectos fueron tanto psicológicos como materiales. Los primeros nacionalistas africanos recordaban posteriormente con desagrado su temor reverencial al toparse por primera vez con muestras de la tecnología europea, tales como una máquina de tren a vapor.

Los pueblos de la India y de China, que contaban tras de sí con siglos de una civilización sofisticada, se sintieron menos abrumados por la autoproclamada superioridad de los europeos. Por ejemplo, el sultán Tipu tenía un buen estilo de propaganda antibritánica. En ocasiones, ésta adoptaba un aspecto cruel, como en el caso de su famoso modelo escultó-

rico (en la actualidad en el museo Victoria y Alberto), en el que se veía un tigre devorando a un oficial inglés; el detalle residía en que el tigre comedor de hombres era el emblema personal del propio Tipu. Cuando las tropas británicas entraron en la capital, Seringapatam, en 1799, se encontraron con las paredes decoradas con caricaturas en las que podían verse europeos de caras enrojecidas, caídos bajo las mesas, completamente borrachos, mezclados entre perros y cerdos.

Aunque derrotados por los británicos en la denominada «guerra del Opio», entre 1839 y 1842 (de hecho, la guerra tuvo mucho más que ver con el comercio en general y con la determinación británica de que los chinos aceptaran las normas de la diplomacia europea que con el opio), los chinos contemplaron a sus victoriosos enemigos sin asombro. El comisionado Lin redactó una censura magistral de los invasores extranjeros en 1839. Escribió lo siguiente:

> El Camino del Cielo es justo para todos; no tolera que perjudiquemos a otros con el fin de beneficiarnos a nosotros mismos [...] Vuestro país se encuentra a veinte mil leguas de aquí; pero todo lo que el Camino del Cielo juzga conveniente lo es tanto para vosotros como para nosotros, y vuestros instintos no difieren de los nuestros; en ninguna parte hay hombres tan ciegos que no sean capaces de discernir entre aquello que es portador de vida y lo que lo es de muerte, entre lo que proporciona beneficios y aquello que causa el mal (citado en Waley, 1958, pp. 28-29).

No obstante, los chinos se vieron obligados a abrir los cinco «puertos del tratado» a los invasores, y, a finales de siglo, realizaron un gran número de concesiones a las diferentes potencias extranjeras. Alrededor de 1900 parecía imposible que China pudiera escapar a la partición entre Rusia, Alemania, Gran Bretaña, Francia, Italia y Estados Unidos. No fue precisamente el poderío militar lo que la salvó, aunque los chinos ofrecieran una fuerte resistencia en 1839-1842 y de nuevo en 1856-1860. En 1900, en venganza por el ataque contra sus embajadas durante la revuelta de los bóxers, los ejércitos de Gran Bretaña, Francia, Alemania, Estados Unidos y Japón alcanzaron y ocuparon la capital, Pekín. China

se salvó en parte por los celos que dominaban a las grandes potencias, cuya rivalidad mantendría también intacto el imperio otomano hasta la primera guerra mundial. Pero desempeñó asimismo un importante papel el mantenimiento de la unidad política del país. China no se fragmentó en numerosas unidades políticas, como ocurrió en el caso de África. La dinastía manchú era débil pero no se estaba ya hundiendo, como había pasado con el imperio mogol cuando los británicos consiguieron el control sobre la India. Los chinos confiaban en los valores de su propia civilización, y su desconfianza y su desprecio hacia los extranjeros significó que entre ellos se dieran muy pocos casos de «colaboracionismo».

La existencia de colaboradores constituía un elemento esencial en la imposición del dominio colonial. Pero, paradójicamente, contribuía también a generar las fuerzas de oposición que, de una manera definitiva, servirían para acabar con los gobiernos coloniales. Esta idea se encuentra expuesta de una forma muy interesante en el artículo de Ronald Robinson: «Non-European foundations of European imperialism: sketch for a theory of collaboration» (Owen y Sutcliffe, 1972, pp. 117-140). La creación de una nueva clase «occidentalizada» fue particularmente importante en la India, donde puede rastrearse ya con anterioridad al «motín» de 1857.

CAPÍTULO 1

EL IMPERIO BRITÁNICO: ASIA

La India

El motín indio de 1857 pertenece en esencia a la primera fase de la resistencia colonial. Se trató de resistencia armada, encabezada por unidades del ejército de Bengala, un ejército que contaba con motivos de queja particulares. Los soldados indios habían cooperado de buena gana con la Compañía de la India Oriental inglesa en las disputas por conseguir los despojos del imperio mogol a lo largo del siglo XVIII, pero a medida que iba aumentando el dominio británico sobre la India, se encontraron con que ya no les era permitida la libertad necesaria para hacerse con un botín (la manera tradicional en que un soldado conseguía un suplemento a su paga) y que tampoco iba a ser posible ya la promoción a rangos superiores. Ya en fecha tan temprana como 1819, Elphinstone había profetizado lo siguiente: «Creo que la semilla de la ruina [de nuestro imperio en la India] la encontraremos en el ejército nativo, una máquina delicada y peligrosa que cualquier ligero desgobierno puede volver fácilmente contra nosotros.» El último eslabón de la cadena lo constituyó el supuesto ataque a la casta de los soldados y a la religión, simbolizada por el uso de cartuchos presumiblemente «engrasados» con grasa de vacas y cerdos. A juzgar por las apariencias, el levantamiento de 1857 debió haberse visto coronado por el éxito: los británicos se contaban por miles, mientras que los indios por millones; incluso el ejército «nativo» sobrepasaba a los soldados británicos en una relación de cinco a uno. El motín fracasó, no sólo porque no logró ha-

cerse extensivo a los ejércitos de Bombay y de Madrás, sino también porque no tuvo éxito en atraerse el apoyo de muchos otros en la propia Bengala. Cien años más tarde, los principales historiadores sobre asuntos indios contemplan este suceso como un movimiento reaccionario, que miraba hacia el pasado, que trataba de restablecer la vieja India feudal y que se situaba en profundo desacuerdo con las fuerzas del futuro (Sen, 1957, p. 142). Los indios más occidentalizados se mantuvieron al margen, y, en ocasiones, se convirtieron en sus víctimas.

Los británicos habían potenciado en la India la educación a la manera occidental ya desde la década de 1820, cuando, por ejemplo, fue fundado en Bombay el Instituto Elphinstone, auténtico vivero de futuros nacionalistas. En 1835 se tomó una decisión aún más definitiva en favor de la educación occidentalizada, apoyada por unos notables «apuntes sobre educación» de Macaulay, burla de la tradicional enseñanza de la India que, sólo hasta una generación anterior, había sido tenida en gran consideración en Occidente. Numerosos indios aceptaron con entusiasmo la educación occidental. Cuando, en 1903, el entonces virrey, lord Curzon, trató de controlar la proliferación de pequeñas universidades y de concentrar las subvenciones gubernamentales en algunas grandes instituciones, como la Universidad de Calcuta, las clases medias indias lo consideraron un insulto mortal. No obstante, existía una marcada diferencia por lo que se refiere a la «tasa de aceptación» de ese tipo de educación entre las diferentes comunidades: los hindúes la asumieron generalmente con entusiasmo; los musulmanes, que veían cómo la educación secular occidental desplazaba su propio sistema de base religiosa, no lo hicieron. Como resultado de ello, los musulmanes, que habían constituido la clase gobernante bajo el dominio de los emperadores mogoles, se vieron desplazados en favor de jóvenes funcionarios hindúes.

Los británicos eran muy conscientes de que los indios podían aplicar a su propia situación lecciones aprendidas en la historia británica, y no sería la menor de ellas la de las luchas que llevaron a cabo sus héroes contra la usurpación ilegal de la autoridad. De hecho, los indios tomaron buena nota, no

sólo de las implicaciones que tuvieron los enfrentamientos entre el rey y el Parlamento en la Inglaterra del siglo XVII, sino también de las que podían extraerse de las revoluciones europeas de 1848, así como de la intensificación de la lucha de Irlanda contra la propia Inglaterra. Cuando, en 1853, llegó el momento de renovar la «carta» de la Compañía de la India Oriental, ellos, o al menos un reducido número, estaban ya dispuestos a organizarse para ejercer su influencia sobre el gobierno británico. En el mes de agosto de 1852 tuvo lugar en Bombay una reunión memorable, pues hizo añicos todos los habituales límites marcados por las creencias religiosas, desde el momento mismo en que incluyó a parsis, musulmanes, hindúes e incluso judíos. Pidieron al gobierno británico cierto número de reformas estudiadamente moderadas, entre las que se incluía una mayor cuota de participación de los indios en los cargos administrativos y judiciales. Una de las principales personalidades de este encuentro fue Dadabhai Naoroji, graduado en el Instituto Elphinstone, que andando el tiempo ocuparía un escaño en el Parlamento británico como diputado por Finsbury. La Asociación de Bombay, institución creada unos cuantos años antes del motín, se convirtió en la voz de la nueva India occidentalizada. Estos indios comenzaban a advertir que la utilización de las propias armas políticas y filosóficas del conquistador podía ser más efectiva que el recurso a la fuerza de las armas. La Asociación de Bombay sería la antecesora del Congreso Nacional Indio.

El Congreso había sido creado en 1885 por un inglés, Alan Octavian Hume, hijo del radical británico Joseph Hume. El entonces virrey, lord Dufferin, contempló esta organización como un instrumento importante para hacer averiguaciones sobre la opinión de los indios, y, por ello, le proporcionó un cauto estímulo. Los indios, por su parte, la consideraron un medio muy útil de comunicar sus puntos de vista al gobierno británico, a través de una institución que, si bien no gozaba de carácter semioficial, al menos sí poseía las bendiciones y la aprobación oficiales. Por esta razón, le permitieron sustituir a otras organizaciones, tales como la Asociación India de Calcuta y la Conferencia Nacional India, creada por Surendranath Banerjea un poco antes. Banerjea,

lector en ese momento de la Universidad de Calcuta después de una breve y desastrosa carrera en el Servicio Civil Indio, había fundado la Asociación India con el objetivo de convertirse en «el centro de un movimiento panindio», basado en «la concepción de una India unida, que tomaba su inspiración de las ideas de Mazzini». Llevó a cabo una gira notable por toda la India septentrional, con discursos en Agra, Delhi, Lahore, Alallabad, Benarés y en muchos otros lugares del Punjab y de las Provincias Unidas (como entonces se las denominaba).

La significación de este hecho no pasó desapercibida a los más receptivos funcionarios británicos (Majumdar, 1961, pp. 889-890). Estaba haciendo su aparición un fenómeno al que se podía comenzar a denominar «nacionalismo indio», y esto ya era por sí mismo revolucionario. Con anterioridad al período británico, la India podía haber sido cualquier cosa, pero nunca había podido considerarse una nación. Dos veces a lo largo de su historia, una bajo el dominio de Asoka, en el siglo III a.C., y después con los mogoles, la mayor parte del subcontinente indio había estado unificada y dominada por una única dinastía. Pero en ambos momentos se trató más de una formación «imperial» que de un Estado-nación. Posiblemente sea cierto afirmar que, en el siglo XVIII, el subcontinente indio poseía una unidad étnica, lingüística y cultural menor que la que disfrutaba, por ejemplo, el continente europeo. No obstante, la India (hay que admitir que excluido Pakistán, al que algunos indios siempre contemplaron como un territorio fronterizo, y muy poco indio por su carácter) salió del período británico como una nación unificada y aún se mantiene así más de una generación después de la independencia.

El nacionalismo indio se forjó durante el período de dominación británica, y, en parte, fue consecuencia del progreso material. Los nuevos ferrocarriles y también el innovador sistema postal hicieron posible que gentes de diferentes partes de la India pudieran comunicarse entre ellas como nunca hasta entonces. Quizá haya sido incluso más importante la posesión de una lengua oficial, el inglés, conocido por todos los indios cultos. La India posee más de doscientas lenguas

indígenas, y el inglés se ha convertido en un elemento tan vital en tanto que lengua franca que, incluso hoy día, es uno de los idiomas oficiales de la India independiente. Pero, y ello aún fue más determinante, el concepto de nacionalismo fue importado por la India junto con todo el resto de las enseñanzas procedentes de Occidente. «Nacionalismo», entendiendo por ello el deber que un ciudadano tiene en primer lugar para con una nación-Estado, parece ser un concepto completamente occidental. La lealtad para con un grupo constituye, obviamente, una característica humana universal pero que puede adoptar numerosas formas: lealtad a un grupo familiar o a una tribu, a una pequeña unidad política (por ejemplo, a una ciudad), o a un grupo mucho más extenso, como sería el caso de una confesión religiosa. Poner por encima de todo ello la lealtad al Estado es un concepto occidental y, además, bastante moderno. Puede encontrarse ya en la Europa medieval, especialmente en países como Inglaterra, que realizó su unidad nacional muy pronto, pero no evolucionó para alcanzar su forma actual hasta el siglo XIX. No obstante, demostró con toda facilidad ser el arma ideológica de mayor éxito que los colonizados podían esgrimir contra los colonizadores. Ya desde sus comienzos, el Congreso Nacional Indio exigió ser el interlocutor de las autoridades británicas como representante de toda la India; desgraciadamente esa petición tenía un defecto: el Congreso no era una asamblea elegida o algo parecido a un parlamento, aunque pretendía oficiar como tal; se trataba de algo más parecido a un partido político, al que cualquiera podía sencillamente pertenecer con tal de pagar la cuota de asociado. Originalmente sus componentes habían sido reclutados por invitación entre los graduados de la Universidad de Calcuta. Como resultado de ese sistema de adhesión, en un principio estaba formado por una clase de profesionales procedentes de una franja social muy estrecha. La mayor parte de los presentes en las primeras reuniones del Congreso eran abogados y profesores, salpicados aquí y allá por algunos médicos y periodistas. Un defecto aún más serio lo constituía el hecho de que la comunidad musulmana estaba escasamente representada. A la primera sesión del Congreso, que tuvo lugar en

1885, sólo asistieron dos musulmanes. La representatividad por lo que se refiere a las clases sociales, que hasta cierto punto era su justificación como Congreso, se amplió en buena medida después de la primera guerra mundial; pero la representación por lo que se refiere a las diferentes religiones nunca sería verdaderamente corregida, y en 1906 los musulmanes crearon su propia organización, la Liga Musulmana. El Congreso no llegó a satisfacer por entero ni siquiera a la comunidad hindú, ya que los intocables se quejaban de que el Congreso en realidad únicamente representaba a las castas hindúes y prestaba escasa atención a las quejas de los parias.

En los primeros momentos, y hasta el estallido de la primera guerra mundial, el Congreso mantuvo principalmente y de una manera estudiada una cierta moderación en su política, calculando que su papel más importante consistía en atraer la atención del gobierno. No obstante, tal política no fue incompatible con la realización de algunos duros ataques a ciertos aspectos de la política británica. De forma particular, la crítica principal que se les dirigía se debía a que agravaban el serio problema de la pobreza de los indios debido al excesivo gasto en el ejército, al «sangrado» de dinero indio en dirección a Londres y a la ruina de la artesanía india debida a la competencia sin freno de la producción fabril británica, especialmente en el campo de los textiles. El Congreso pidió un mayor desarrollo de las instituciones representativas en la India, pero concedía prioridad a la consecución de una mayor tasa de empleo de los indios en los más altos niveles de la administración (Philips, 1962, pp. 151-156).

El nacionalismo indio de este período siguió dos caminos distintos, simbolizados convenientemente en dos personas: G. K. Gokhale y B. G. Tilak. Ambos eran brahmanes de la región de Bombay, pero ahí se acaban las coincidencias. Gokhale, denominado en ocasiones «el Gladstone indio», era muy crítico con la política económica británica, pero estaba dispuesto a trabajar en favor de la introducción de reformas liberales de una forma gradual y utilizando para ello los canales oficiales. Era un personaje respetado por los políticos ingleses, y, en particular, gozó de una cierta influencia sobre John Morley. Por su parte, Tilak cifraba la obra de su vida en

el liderazgo de un gran renacimiento hindú. Echaba la vista al pasado hasta alcanzar una edad de oro muy mitificada, anterior no sólo a la llegada de los británicos, sino incluso a las invasiones musulmanas. Rechazaba la educación y los conceptos políticos occidentales (aunque en ocasiones utilizaba ambos). Contemplaba la batalla contra la pobreza, tan importante para el partido moderado del Congreso, como una distracción de la auténtica tarea de purificación de la India y de liberación del corrupto dominio extranjero. Los políticos occidentales no mantuvieron buenas relaciones con Tilak, en especial cuando dirigió una campaña encaminada a defender que la abolición de los matrimonios infantiles y la vacunación contra la viruela no eran otra cosa que un ataque a la tradición hindú, al tiempo que sostenía que el asesinato político era una forma de protesta legítima.

Con la primera guerra mundial acabó una época de las relaciones anglo-indias; los británicos agradecieron el apoyo indio y éstos esperaron el pago por ello, pero quedaron amargamente decepcionados al advertir la lentitud de la respuesta británica. El Acta del gobierno indio de 1919 introdujo el famoso principio de la «diarquía», según el cual algunos sectores, tales como educación y sanidad, se «transferían» colocándolos bajo control indio a nivel provincial, al tiempo que se «reservaban» otros, como el orden público, que permanecían bajo control británico. El gobierno central, que en 1911 había trasladado su sede de Calcuta a Nueva Delhi, permanecía firmemente en manos británicas, aunque la asamblea legislativa contaba ahora ya con una mayoría elegida por sufragio. Todo ello les pareció a los indios bastante inadecuado, al tiempo que se sentían aún más ofendidos por las Rowlatt Acts, que conservaban ciertos aspectos de la legislación de emergencia de tiempos de guerra, tales como el derecho en ciertos casos a mantener detenida a cualquier persona sin juicio previo.

En numerosas partes de la India dio comienzo una campaña de protestas, incluidos los *hartals*, una especie de huelga general. La inquietud resultante desembocó en la matanza de Amritsar, que tendría lugar el 13 de abril de 1919. El Punjab se había comportado como un importante centro de la

campaña de disturbios y allí habían sido atacados varios europeos. Las autoridades se encontraban extremadamente nerviosas y venían a sus mentes los recuerdos de 1857. Cuando el 11 de abril llegó a Amritsar con un pequeño contingente de soldados, lo primero que hizo el general Dyer fue prohibir cualquier tipo de reunión o de asamblea pública. A pesar de ello, una gran multitud, en la que se incluían mujeres y niños, se reunieron en un amplio descampado conocido como Jallianwala Bagh. No hay duda de que algunos de los asistentes se desplazaron hasta allí en abierto desafío a las órdenes del general, pero también es cierto que muchos otros se habían acercado desde las zonas rurales próximas para visitar la feria de caballos anual, desconocedores por completo de la situación. Dyer desplegó sus tropas, formadas por soldados británicos e indios, rodeando Jallianwala Bagh, y abrió fuego sobre la muchedumbre sin hacer públicas las advertencias de rigor, considerando que su prohibición de cualquier tipo de reunión había sido ya suficientemente propagada. Murieron trescientas setenta y nueve personas y quedaron heridas muchas más. Dyer pareció no advertir que la multitud no tenía la posibilidad de dispersarse porque sus propias tropas bloqueaban la salida principal.

Amritsar dividió con nitidez la opinión pública británica e india. Una encuesta oficial llevada a cabo por un juez escocés, lord Hunter, se pronunció contra Dyer, pero éste recibió un gran apoyo por parte de la prensa británica. El Congreso creó su propia comisión de encuesta, que condenó a Dyer con mucha más dureza de lo que lo había hecho Hunter, denominando el suceso como «una muestra calculada de inhumanidad». Muchos jóvenes nacionalistas indios, entre los que se incluía Nehru, admitirían posteriormente que había sido Amritsar lo que definitivamente les había puesto contra los británicos. Es muy posible, pero probablemente se tratara sólo del catalizador que contribuyó a cristalizar sus dudas.

En ese momento estaba apareciendo ya una nueva generación de líderes nacionalistas, entre ellos Mohandas Karamchand Gandhi y Jawarharlal Nehru. Sin duda Gandhi fue el más grande de entre ellos tanto si se contempla su figura desde el punto de vista indio como si se hace en términos internacionales. Había nacido en 1869 en el principado de Porbandar, en la India occidental, y tanto su padre como su abuelo habían sido ambos primeros ministros en ese mismo Estado. Toda la familia estaba compuesta por devotos hinduistas, e incluso la madre era una mujer de una piedad excepcional. Puede ser que estuvieran influenciados por la tradición jainista, de gran arraigo en las proximidades y que se caracterizaba por su estricto pacifismo. Muy joven, se trasladó a Londres para estudiar derecho en el Inner Temple (una de las cuatro principales escuelas de derecho de la ciudad en aquel momento). De esta época nos dejó un relato conmovedor en su autobiografía inacabada, *Mis experiencias con la verdad*. Por una parte, y siguiendo en ello la tónica de la mayoría de los jóvenes indios cultos, deseaba identificarse con lo británico, llegando incluso a elegir el sastre apropiado y a tomar lecciones de baile; por la otra, quería mantener las promesas que le había hecho a su madre y permanecer fiel a su religión en asuntos tales como la no ingestión de carne. Curiosamente, esta última promesa le llevó a utilizar restaurantes vegetarianos donde entró en contacto con numerosos socialistas idealistas del momento. Durante este período, Gandhi quedó profundamente impresionado por algunos escritores occidentales, tales como Tolstoy, así como por el contenido ético (si bien no el doctrinal) del cristianismo. Descubrió también por vez primera algunos de los más grandes textos sánscritos, que leyó originalmente en traducciones inglesas.

En 1893 Gandhi marchó a Sudáfrica a realizar prácticas como abogado, consiguiendo la mayoría de sus clientes entre la numerosa comunidad india; llegó entonces a odiar la discriminación de que eran objeto los asiáticos, lo mismo que la población africana negra, que allí se encontraba. En 1904 fundó su primer diario, el *Indian Opinion*, y comenzó a delinear sus características doctrinas políticas, especialmente la *satyagraha*. A los ojos de un profano, esta última consistía únicamente en una mera desobediencia civil o en resistencia pacífica, pero él afirmaba que una percepción de esta clase ignoraba el positivo contenido espiritual que deseaba ver incorporado en ella. Ciertas leyes eran tan injustas que obede-

cerlas le convertían a uno mismo en culpable. El seguidor del *satyagraha* se veía obligado por norma a aceptar las leyes pero, en aquellas raras ocasiones en las que su conciencia le obligaba a transgredirlas, debía hacerlo sin violencia. «Entonces, de manera abierta y civilizada, las transgrede y sufre calladamente el castigo a su infracción.» Lo esencial de la doctrina residía en el hecho de que el sufrimiento debe ser asumido por quienes protestan y no infligido a otros (Philips, 1962, pp. 215-216).

Aunque furioso por la situación sudafricana, en ese momento Gandhi no era aún hostil al imperio británico; es más, todavía se sentía identificado con él y hasta parece que llegó a contemplar las prácticas que se llevaban a cabo en Sudáfrica como una perversión del genuino espíritu imperial. Durante la guerra de los Bóers de 1899-1901 y el levantamiento zulú de 1906, creó un cuerpo de ambulancias para ayudar a la causa británica. Regresó a Londres durante la primera guerra mundial y, con estudiantes indios, trató de formar un cuerpo similar en la capital británica. Volvió a la India en 1915, sin una intención particularmente clara de oponerse a los británicos; y no sería hasta febrero de 1919, durante los incidentes provocados por la aprobación de las Rowlatt Acts, cuando desataría una campaña de desobediencia civil. Convocó una *hartal* en toda la India para el 6 de abril. Si se contempla retrospectivamente, parece que los británicos se decidieron por detenerle para culparle en buena medida por los sucesos ocurridos en el Punjab, Amritsar incluido.

El hombre que se convertiría en el lugarteniente de Gandhi en la India era, en muchos aspectos, el vivo contrapunto de su líder. Brahmán de Cachemira, Nehru era un aristócrata hasta la médula. Su padre, Motilal Nehru, era un rico abogado anglófilo de gran éxito, que envió al joven Nehru a estudiar a Harrow y Cambridge, donde se decantó por las ciencias (cosa muy poco frecuente entre las gentes con antecedentes parecidos a los suyos), aunque, posteriormente, las cambiaría por la carrera de leyes. Hasta el momento en que se unió a Gandhi con motivo de las campañas políticas de la década de 1920, Nehru conocía de primera mano muy poco sobre la pobreza de la India.

Antes de la guerra se había visto influenciado por el conflicto que enfrentó a rusos y japoneses en 1904-1905. Hasta entonces, y lo mismo que la mayoría de los indios occidentalizados, Nehru había aceptado que era preciso un período de tutelaje por una potencia europea antes de que los países atrasados de Asia se encontraran ya preparados para administrar sus propios asuntos y para ocupar un lugar en el mundo moderno. Pero ahora tenía ante sí un modelo diferente: sólo Japón entre las potencias asiáticas parecía haber encontrado una forma efectiva de oposición a las intromisiones occidentales. Había mantenido alejados a los extranjeros, excepto como consejeros; había remodelado por completo todos sus sistemas políticos, económicos y militares siguiendo una línea de cuño occidental y había derrotado de manera humillante a una gran potencia occidental. No es entonces sorprendente que el joven Nehru se decidiera a adquirir todos los libros que pudo encontrar sobre Japón. Una veintena de años más tarde, se interesó por otra sociedad que parecía poder liberarse a sí misma de sus propias ataduras: la Rusia que siguió a la revolución. Visitó la Unión Soviética por vez primera en 1927, donde quedó impresionado por algunas de las cosas que pudo observar, aunque también mantuvo numerosas reservas. Cuando bastante más tarde delineó sus propias ideas sobre el socialismo de Estado, estaba preparado para pedir prestadas ideas a Rusia lo mismo que a muchos otros lugares, pero de ninguna manera aceptó compromiso alguno con el credo soviético. A pesar de todo ello, y sobre todo por lo que se refiere a la política económica, Nehru siguió siendo en esencia un occidental. Quedó impresionado por la pobreza de la India y se dispuso a solucionarla mediante el desarrollo y el progreso económicos, al margen del modelo elegido para ello.

Gandhi fue un hombre muy diferente y bastante más complejo. Es cierto cuando se afirma que se las ingenió muy bien para combinar en su persona el encanto de Tilak y el de Gokhale; conocía suficientemente los entresijos de la política occidental como para poder disputar con los británicos en su propio terreno, pero, al mismo tiempo, deseaba reafirmar los valores diferenciales indios, aunque no estaba dispuesto a

aceptar las tradiciones de su propio pueblo de manera acrítica. Su mayor ruptura con la tradición consistió en el intento de asegurar una vida más tolerable para los intocables, para los parias; no obstante, a los ojos de los campesinos indios, su persona era el prototipo del hombre santo de la India. Les merecía respeto su renuncia a las riquezas y a las comodidades, la sencillez de sus ropas y de su dieta, el *ashram* (la modestísima vivienda en la que habitaba en Ahmadabad), así como su diaria dedicación a sentarse ante la rueca e hilar. Fue capaz de movilizar a las masas indias en su apoyo de una manera como no le hubiera sido posible a un político más convencional, como el propio Nehru. Este último no siempre estuvo en todo de acuerdo con su líder, pero nunca puso en duda que Gandhi era un personaje superior a él, y parece que siempre se mostró satisfecho de continuar como lugarteniente suyo hasta su muerte, ocurrida en 1948.

Los británicos tenían muy poca idea de cómo enfrentarse a Gandhi. Su primera campaña de desobediencia civil acabó en un estallido de violencia, y en 1922 el propio Gandhi fue arrestado y sentenciado a seis años de prisión. El magistrado, juez Broomfield, dirigió un notable discurso al encausado sentado aún en el banquillo de los acusados, reconociendo que se trataba de una persona diferente a cualquiera de las que había juzgado hasta entonces y de las que, con toda probabilidad, llegaría a juzgar en el futuro, y que a los ojos de su propio pueblo no era únicamente un patriota, sino también un santo. El juez se dirigió a las autoridades con una directa alusión para que Gandhi fuera liberado tan pronto como finalizaran los disturbios (Philips, 1962, pp. 222-224). De hecho, abandonó la cárcel en 1924. En 1930 dirigió otra amplia campaña de desobediencia civil contra el monopolio que el gobierno tenía sobre la sal, dirigiendo una marcha desde su *ashram* hasta el mar, en Dandi, situada a más de trescientos cincuenta kilómetros de distancia, para recoger de la playa sal marina de manera ilegal.

Entre tanto, los británicos continuaban trabajando lentamente en sus planes para introducir en la India un gobierno representativo y responsable, en fases sucesivas. La comisión Simon, creada en el Parlamento británico y dirigida por un

eminente abogado del que tomó su nombre, sir John Simon, se mantuvo reunida desde 1927 hasta 1930. El hecho de que no hubiera en ella ningún representante indio provocó una protesta en la India y fue contemplado como ligeramente absurdo en la propia Gran Bretaña, aunque, desde un punto de vista técnico, se trataba de una institución parlamentaria a la cual únicamente podían pertenecer diputados. En un intento por remediar esta situación, el gobierno británico cursó invitaciones a representantes indios defensores de diferentes intereses para que se reunieran con los diputados del Parlamento británico en Londres en la denominada «conferencia de la tabla redonda», que se convocó en tres momentos diferentes: en 1930, 1931 y 1932. Desgraciadamente, y por diferentes razones, la mayor parte de las principales figuras de la política india estuvieron ausentes de la primera y de la tercera sesiones. La segunda fue mucho más representativa, pero únicamente sirvió para sacar a la luz las profundas divergencias, ahora evidentes, de la sociedad india. Gandhi, en tanto que representante del Congreso, reivindicó el derecho a hablar en nombre de todos los indios, pero esa exigencia le fue denegada con acritud tanto por M. A. Jinnah, de la Liga Musulmana, como por el doctor Ambedkar, de los intocables.

Uno de los diputados parlamentarios de la comisión Simon era Clement Attlee, más tarde primer ministro británico en el primer gobierno laborista mayoritario entre 1945 y 1951. Era un hombre profundamente interesado por los problemas indios, y el movimiento laborista en general mantenía una mayor simpatía por las aspiraciones indias que el conservador. Keir Hardie había efectuado una visita a la India en 1907 y se había quedado impresionado por la extrema pobreza de los campesinos indios. Ramsay Macdonald, que había sido primer ministro en los gobiernos laboristas minoritarios de 1924 y 1929 (y el convocante de la «conferencia de la tabla redonda»), había visitado el subcontinente en 1909, escribiendo a continuación un libro, *El despertar de la India*, en el que anticipaba alguna de las reformas que ofrecería a los indios el Acta del gobierno de la India de 1935.

Esa ley de 1935 contemplaba una solución federal a las dificultades de la India, que se implantaría tanto en los prin-

cipados como en las provincias de la India británica. Debería haber alguna clase de gobierno responsable centralizado, si bien asuntos exteriores y defensa no serían aún transferidos al control indio. (Por gobierno responsable se entiende aquí que los ministerios debían responder individualmente ante la asamblea legislativa.) Las once provincias dispondrían de gobiernos autónomos, con ministerios enteramente responsables ante las legislaturas elegidas, si bien los gobernadores provinciales conservarían aún una elevada cuota de poder.

Esta ley era un auténtico anatema para los conservadores más extremistas, como Winston Churchill y lord Salisbury, que se dedicaron a realizar una oposición obstruccionista punto por punto; y lo que es más importante, esa oposición significó la demora de la aprobación de la medida entre 1933 y 1935, hecho que sería de crucial importancia porque se había previsto que las cláusulas relativas al gobierno central no comenzarían a ser operativas hasta que se adhirieran al menos el 50 por ciento de los mandatarios de los principados; en 1939 aún no había ocurrido así, y, en lo relativo al gobierno central, la India participaría en la segunda guerra mundial con una Constitución, la de 1919, en aquel momento absolutamente anticuada.

La ley de 1935 entró en vigor en las provincias donde se llevaron a cabo elecciones dos años más tarde, en 1937. El Congreso alcanzó un éxito espectacular en esas elecciones, ganando por mayoría absoluta en seis de las once provincias, y convirtiéndose en el partido más votado en otras dos. Parece ser que, originalmente, decidió participar en las elecciones con la única finalidad de comprobar su capacidad de convocatoria para después declinar el desempeño de los cargos; pero la oportunidad que se le presentaba de ejercer un poder real, de poner en práctica algunas de las reformas que había exigido durante tanto tiempo, le convencieron de formar gobiernos en las ocho provincias en las que poseía la mayoría. La Liga Musulmana debió moderar sus posiciones ante la comparativa falta de éxito —había conseguido unos resultados muy aceptables sólo en Bengala, el Punjab y Sind—, y lanzó algunas propuestas al Congreso; no obstante, este último, animado por la victoria, no quiso aceptar compromiso

alguno, hasta el punto de que, en octubre de 1937, Jinnah abandonó cualquier esperanza de cooperación con el Congreso. Era la primera vez en que la creación de un Estado musulmán separado —sugerido ya en 1933, pero que nunca se había tomado seriamente— se convertía en una posibilidad política real.

La respuesta india a la ruptura de hostilidades de la segunda guerra mundial fue muy diferente a la de 1914. Los indios se sintieron molestos porque el gobierno británico declarara la guerra en su nombre, pero, de acuerdo con el derecho internacional, se trataba de una actuación irreprochable. Lejos de alinearse en el lado británico, y lo mismo que habían hecho los irlandeses durante largo tiempo, el Congreso vio que tenía una oportunidad de oro ante las dificultades por las que atravesaba Gran Bretaña. Los gobiernos del Congreso en las provincias dimitieron en bloque, y el 10 de octubre el comité del Congreso panindio resolvió que «la India debía ser declarada nación independiente» y exigió que la futura Constitución del país debía ser redactada por una asamblea constituyente india. Los británicos pudieron contestar únicamente que todos los cambios constitucionales de primer orden debían esperar hasta el final de las hostilidades. En 1940 caía Francia, y Gran Bretaña estaba a la espera de una posible invasión. Por una ironía suprema, aquel antiguo enemigo del nacionalismo indio, Winston Churchill, se convertía en primer ministro británico, al tiempo que su defensor de otros tiempos, Clement Attlee, pasaba a ser el primer ministro del gabinete en la sombra.

No obstante, y en esencia, tanto las actitudes británicas como las indias no cambiaron a lo largo de toda la contienda. Los británicos insistían en que nada podía decidirse hasta la finalización del conflicto; los indios exigían una independencia inmediata. En diciembre de 1941, la posición negociadora británica se fue debilitando con la entrada de Japón en la guerra. En pocos meses los japoneses habían ocupado Malaya y Birmania. El 15 de febrero de 1942 se rendía la importante base naval de Singapur, y los japoneses tomaban miles de prisioneros británicos, un hecho que, por varios motivos, pasaría a ser la derrota británica más decisiva de

toda la guerra. El camino hacia la India parecía abierto de par en par.

Ante estas circunstancias tan poco halagüeñas, en marzo de 1942 fue enviado a la India sir Stafford Cripps, un austero hombre de izquierdas. Se esperaba de él que pudiera ganarse la confianza de Gandhi, pero tenía muy escasas novedades que ofrecer: una cierta mayor participación india en el gobierno de manera inmediata, cambios más profundos al finalizar la guerra, etc. Desde el punto de vista británico, tales cambios contenían todo lo que podían exigir los indios: una asamblea constituyente, con un compromiso británico por adelantado a aceptar sus conclusiones, aunque incluyeran el abandono de la Commonwealth. Los indios, sin embargo, seguían empeñados en su insistencia por arrancar ciertas garantías para las minorías raciales y religiosas, y en que cada una de las provincias fuera libre de unirse a la Unión India, o no, según sus deseos. Las negociaciones duraron diecisiete días, pero al final quedaron rotas. El principal escollo contra el que siempre acababan por estrellarse no era otro que el problema de las comunidades. El Congreso temía que los musulmanes pudieran separar del Estado indio el Punjab, e incluso Bengala, aunque ambas provincias contaban con una minoría hindú muy numerosa. Durante el resto de la guerra, los británicos continuaron ofreciendo las propuestas de Cripps, mientras que el Congreso las rechazaba.

Gandhi no estaba seguro de que mereciera la pena seguir negociando con los británicos por más tiempo. Se dice que llegó a afirmar que no estaba interesado en recibir «un cheque sin fondos de un banco en quiebra». El 8 de agosto de 1942, el comité del Congreso panindio aprobó la famosa resolución «Abandonar la India» que, si bien prometía una alianza para continuar la guerra contra los japoneses, exigía un final inmediato de la dominación británica y amenazaba con un «levantamiento de masas» si la propuesta era rechazada. Los británicos no se impresionaron y un día después, el 9 de agosto, eran arrestados los principales líderes del Congreso. Tuvieron lugar disturbios esporádicos y algunos actos de sabotaje, pero nunca se materializó el prometido levantamiento de masas.

De hecho, los indios se encontraban divididos respecto a sus sentimientos acerca de la guerra en un momento en que ya la tenían en puertas. Es cierto que algunos indios se unieron al «ejército nacional indio» creado por los japoneses y se aprestaron a marchar con estos últimos para «liberar» la India, pero los principales dirigentes indígenas del país se comportaron con mucha mayor cautela. No tenían ningún interés especial en cambiar sencillamente de patrón y en ver a los japoneses situados en el lugar que ahora ocupaban los británicos.

La guerra llegó a su fin en Europa en mayo de 1945, mientras que en el frente asiático lo haría tres meses después con el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki. Las elecciones generales que tuvieron lugar de inmediato en Gran Bretaña significaron una victoria abrumadora del Partido Laborista dirigido por Clement Attlee. A juzgar por las apariencias, la posición negociadora británica era mucho más fuerte ahora de lo que lo había sido en 1940-1942, cuando se encontraba contra las cuerdas en Europa. Pero, en realidad, las apariencias engañan. La economía británica se había arruinado casi por completo a causa de la guerra. Gran Bretaña dependía en enorme medida de la ayuda americana, y Estados Unidos no albergaba una excesiva simpatía por la continuidad del imperio británico en la India.

Desde el punto de vista ideológico, el nuevo gobierno estaba comprometido con la aceleración de la independencia para la India, pero los obstáculos prácticos que aún subsistían eran formidables. En la primavera de 1946, una misión del gabinete metropolitano, formada por lord Pethick Lawrence, sir Stafford Cripps y A. V. Alexander, trató de sentar las bases para alcanzar un acuerdo con los líderes indios y para convencerles de que, como los británicos estaban realmente dispuestos a abandonar aquel territorio, debían llegar a algún compromiso entre ellos mismos. Casi alcanzaron éxito con una propuesta en favor de una forma federal de gobierno, pero, primero el Congreso, y, a continuación, Jinnah, la rechazaron.

Este último decidió que la Liga Musulmana debía mostrar su fuerza y declaró el 16 de agosto de 1946 como un

«día de acción directa». Posteriormente defendería que él había esperado únicamente que se convocaran manifestaciones, pero la línea que separa las manifestaciones de la violencia es, a menudo, demasiado tenue; ese día murieron alrededor de cuatro mil personas, la mayor parte de ellas en Calcuta.

El virrey, lord Wavell, comunicó a Attlee que Gran Bretaña debía resignarse a permanecer en la India durante, al menos, otros diez años más y a comprometer los recursos necesarios para ello, o bien a fijar una fecha para la retirada y mantenerla a toda costa, aunque ello significara la entrega del poder a las únicas autoridades viables, los gobiernos provinciales. Attlee rechazó este comunicado como un consejo producido por la desesperación y bastante impracticable. Hizo regresar a Wavell y le sustituyó por lord Mountbatten, quien disfrutaba de un merecido prestigio por haber sido el victorioso comandante en jefe en el Asia del Sudeste durante las etapas finales de la guerra. Pero, al final del día, lord Mountbatten únicamente podía estar de acuerdo con las rígidas alternativas a la situación que había propuesto Wavell. La primera de ellas se consideró inviable; no quedaba, pues, otra que la de fijar una fecha. El 20 de febrero de 1947, Attlee anunció que, pasara lo que pasase, los británicos abandonarían la India en junio de 1948.

Un abandono realizado con tal premura significaba que debía aceptarse la partición, solución nada satisfactoria, puesto que la población musulmana se encontraba concentrada sobre todo en el noroeste y el nordeste del territorio, pero existían comunidades musulmanas esparcidas por toda la India, y que constituían entre una quinta y una cuarta parte de la población global. En la mayoría de los casos, los límites provinciales existentes podían ser utilizados para marcar las fronteras nacionales entre la India y Pakistán, pero Bengala y el Punjab quedarían divididos en su interior. El sistema de regadío del Punjab podía quedar inutilizado si cualquiera de las dos partes se lo proponía. La Bengala oriental se convirtió en Pakistán oriental, que se encontraba separado por miles de kilómetros del más extenso Pakistán occidental. Se trataba sobre todo de un territorio agrícola, dedicado a la producción de algodón, té y yute, y que, al quedar separado de las fábricas de procesado y de los puertos para la exportación, situados ahora en Bengala occidental, se convertía en un proyecto difícilmente viable.

En junio, Mountbatten anunció al gobierno británico que la fecha de independencia podía adelantarse de junio de 1948 a agosto de 1947, y, de hecho, la transferencia formal de poderes tuvo lugar el 14 de agosto de ese mismo año. Quedan numerosos detalles que aún no han sido aclarados del todo: es posible que el gobierno británico considerara que se les podría abandonar sin que corriesen riesgo alguno porque, en la práctica, los dos nuevos Estados se verían obligados a actuar casi como una federación, siguiendo las directrices marcadas por las propuestas de la misión del gabinete.

Si se trataba de eso, los británicos erraron estrepitosamente sus cálculos. Cualquier esperanza de cooperación entre la India y Pakistán pereció en medio de la violencia que se desató entre ambas comunidades durante el otoño de 1947. Aunque esos estallidos quedaron confinados casi todos ellos a los dos Estados partidos de Bengala y el Punjab, alcanzaron proporciones aterradoras. Es posible que los muertos sobrepasaran el medio millón; alrededor de cinco millones de musulmanes se desplazaron hacia Pakistán al tiempo que otros tantos millones de hindúes hacían lo propio dirigiéndose hacia la India; más de doce millones quedaron sin hogar. El suceso alcanzó tales proporciones que el propio Gandhi marchó al Punjab en un intento desesperado por detener la violencia, únicamente para ser asesinado él mismo en enero de 1948 por un fanático hindú.

El ejemplo de Gran Bretaña al conceder la independencia a la India fue el principal de un país que, sin ser derrotado militarmente, abandona una importante posesión ultramarina después de la segunda guerra mundial. Si hacemos caso de las apariencias, se trató de un verdadero desastre que acabó desembocando en la partición y en un baño de sangre, pero ésa no es toda la historia. Es bien cierto que Pakistán, lo mismo que muchas otras ex colonias, no ha sido capaz de conservar una forma democrática de gobierno: se convirtió por vez primera en una dictadura militar en 1958, y de nue-

vo, después de un breve regreso a una forma de gobierno por elección popular, volvió a serlo en 1977. Pakistán oriental se separó de Pakistán occidental en 1971, adoptando el nombre de Bangladesh. Por otro lado, la India demostró poseer una estabilidad mucho mayor de la que se presumía en 1947. Después de haber pasado más de una generación, aún conserva una forma de gobierno democrática, constituyendo la mayor democracia del mundo. Cuando el Partido del Congreso fue derrotado en las elecciones de 1977 abandonó el poder y sólo volvió a él al ganar nuevamente unas elecciones, en 1980.

Nehru surgió como uno de los principales hombres de Estado de la política mundial. Hubo quienes defendieron que no puso en práctica las elevadas doctrinas que siempre había predicado. En 1947, se aceptó que los principados decidieran si deseaban unirse a la India o a Pakistán, pero, en 1949, Hyderabad, que tenía un mandatario musulmán en medio de una mayoría hindú, se incorporó a la India prácticamente por la fuerza. Nehru se mostró extremadamente reacio a que Cachemira (donde se daba el caso contrario: mandatario hindú, pero mayoría musulmana) se uniera a Pakistán, y estos dos países se enfrentaron en tres guerras debido a ese espinoso asunto. En 1961, el enclave portugués de Goa, situado en la costa occidental de la India, fue ocupado por la fuerza. Sin embargo, Nehru desarrolló una clara política exterior de no alineamiento durante la guerra fría, que le colocaría en una posición de liderazgo ante el creciente número de países asiáticos y africanos que no quisieron verse inmersos en las luchas por el poder entre Oriente y Occidente.

La relación entre Gran Bretaña y la India fue muy larga, mucho más larga que cualquier otra mantenida por la metrópoli con sus colonias. La India fue también, con mucho, la más importante de las posesiones ultramarinas británicas. Una vez perdida, se había debilitado en gran manera la *raison d'être* de la conservación de un imperio. El impacto más inmediato, como consecuencia del abandono por parte de Gran Bretaña de su imperio indio, hay que ir a buscarlo, naturalmente, en el resto de Asia.

Ceilán, Birmania y Malaya

Ceilán (Sri Lanka) ha sido siempre considerada como un añadido del imperio indio. Los británicos la consiguieron de los holandeses como resultado de las guerras napoleónicas. Lo mismo que en la India, Gran Bretaña se vio obligada aquí también a hacer frente al problema de tratar con una comunidad mayoritaria, la cingalesa, y otra minoritaria, la tamil, pero, en conjunto, la metrópoli estaba bastante orgullosa del tratamiento que había dado a ese conflicto en aquella isla. Se trataba de un problema de dimensiones mucho más escasas, y, por tanto, mucho más manejable que el del subcontinente; y en el plano económico, era una zona próspera debido a sus exportaciones de té y caucho. Al contrario que la India, que siempre constituyó un caso especial y que fue tratado, en primer lugar, por el Consejo de Control, y, posteriormente, por la Agencia India, y no por el Ministerio de Colonias, Ceilán era una colonia convencional de la corona, mandada por un gobernador, asesorado por un consejo ejecutivo y otro legislativo. Su independencia, que tuvo lugar el 4 de febrero de 1948, fue tan poco estridente que el acontecimiento apenas recibió una ligera atención internacional.

Aún más que Ceilán, a los ojos de los británicos Birmania nunca fue considerada otra cosa que una provincia contigua al imperio indio, conquistada después de padecer tres guerras, en 1824-1826, 1852-1853 y 1855-1856. Los birmanos no aceptaron voluntariamente el dominio británico, y, durante muchos años, continuaron una guerra de guerrillas, nunca reconocida por los británicos, quienes la consideraban como *dacoity*, es decir, como una forma de bandidaje. Sin duda, este hecho contribuye a explicar por qué algunos birmanos desearon cooperar con los japoneses cuando éstos ocuparon el país a principios de 1942. Las fuerzas de ocupación crearon un Estado birmano nominalmente independiente y dirigido por un abogado del país, Aung San. Sin embargo, éste se consideró siempre a sí mismo como un líder nacional, y no como un hombre de paja, y en 1944 cambió sus preferencias y ofreció cooperación a los británicos. En 1944-1945, el 14 Ejército recuperó a duras penas Birmania de los japone-

ses, pero, por aquel entonces, el gobierno británico ya no tenía interés alguno por restaurar el mandato colonial. Las elecciones generales convocadas después de la guerra le proporcionaron a Aung San una aplastante mayoría para preparar la independencia; no obstante, en julio de 1947, el propio Aung San fue asesinado por opositores políticos junto con la mayoría de los componentes de su gabinete ministerial, pero le sucedió su antiguo ministro de Asuntos Exteriores, Thakin Nu, y Birmania alcanzó la independencia el 4 de enero de 1948. Después de conseguida ésta, y al contrario que la India, Pakistán y Ceilán, decidió no permanecer en el seno de la Commonwealth: la comunidad británica de naciones.

Para los británicos, Malaya significaba mucho más que Birmania. Habían conseguido este territorio de manera gradual: en 1819, sir Stamford Raffles obtuvo del sultán de Johore la isla de Singapur, que fue desarrollándose hasta alcanzar la categoría de gran puerto de almacenaje de productos y convertirse en la más importante base naval británica en toda Asia. Singapur, la isla de Penang y el territorio de tierra firme de Malaca constituirían los conocidos como Asentamientos del Estrecho, en un principio bajo control de la Compañía de la India Oriental y transferidos posteriormente al Ministerio de Colonias en 1867. El resto de la península Malaya estaba formado por principados. Desde un punto de vista formal ninguno de ellos constituía una colonia británica, pero la Federación de Estados Malayos —formada por los principados de Perak, Selangor, Negri Sembilan y Pahang— fueron cayendo gradualmente bajo el control y la administración británicos entre los años 1874 y 1896. Los otros cinco Estados —Kedah, Kelantan, Trengganu, Johore y Perlis— se mantuvieron bajo soberanía de Tailandia hasta 1909, momento en el que pasaron también a conformar un protectorado británico.

Malaya constituyó un importantísimo suministrador de caucho y de estaño, y en los años difíciles que siguieron a la segunda guerra mundial las exportaciones malayas fueron vitales para mantener la solvencia del «área de la esterlina». («El área de la esterlina» se creó en 1939 para mantener a la libra esterlina como moneda convertible a escala internacional. Incluía todo el imperio británico y la Commonwealth —excepto Canadá—, y algunos otros países.)

Los malayos, deseosos de reconquistar su perdida independencia, tuvieron que hacer frente, en un primer momento, a un enemigo inesperado, en forma de guerrillas comunistas, sobre todo chinas, que deseaban conseguir el control de la producción de unas materias primas esenciales. La china constituía, en Malaya, una minoría nada popular, y los malayos no tenían ningún interés en caer bajo el control de su gran vecino del norte: la China comunista; por ello, aceptaron sin renuencias la colaboración de las tropas británicas comandadas por el mariscal de campo Templer. Éste libró una auténtica campaña de manual y expulsó a las guerrillas. De alguna manera el éxito de Templer indujo a error, primero, a los propios británicos, y, más tarde, a los norteamericanos, pues ambos llegarían a considerar que era relativamente sencillo derrotar a las guerrillas mediante una acción militar cuidadosamente planificada. Sin embargo, olvidaban que, al contrario que Chipre o Vietnam, en Malaya las guerrillas no eran los aliados del pueblo, sino sus enemigos.

Después de la derrota de los comunistas, Malaya fue avanzando gradualmente por el camino de la independencia. Los malayos se agruparon tras la figura del *tunku* (jefe) Abdul Rahman, que formaba parte de esa clase de «corteses conservadores» con los que los británicos siempre han sido capaces de mantener buenas relaciones. El 31 de agosto de 1957, la Federación Malaya se convertía en Estado independiente en el seno de la Commonwealth, y el 16 de septiembre de 1963 aumentaba su territorio con la incorporación de Singapur (que se había mantenido separado desde 1959), de Sabah (la antigua Borneo del Norte británica) y de Sarawak, pasando a adoptar el nombre de Malasia. No obstante, Singapur optó por recuperar su independencia de la Federación el 9 de agosto de 1965. Brunei, la última de las posesiones británicas en la zona, se convirtió en Estado independiente en febrero de 1984.

CAPÍTULO 2

EL IMPERIO BRITÁNICO: ÁFRICA

Es bien seguro que los nacionalistas africanos debieron prestar mucha atención a sus predecesores asiáticos, pero, en principio, el gobierno británico contemplaba una secuencia temporal muy diferente para el proceso de descolonización de sus posesiones africanas. Si exceptuamos la Unión Sudafricana (República Sudafricana desde 1961), las colonias británicas de África se incluían en dos clases principales. En primer lugar, aquellas que no contaban con un asentamiento blanco apreciable y que incluían todos los territorios del África occidental —Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro y Nigeria—, así como la mayor parte de los que se encontraban en la mitad oriental del continente, como Uganda, Tanganika, Zanzíbar y Niasalandia. También se había considerado siempre como formando parte de la misma categoría a Rhodesia del Norte, aunque en ella habitaba una población europea bastante más numerosa (73.000 en 1959). El otro grupo, en el que los asentamientos de población blanca eran suficientemente importantes como para no poder dejar de ser ignorados, estaba formado por Kenia y Rhodesia del Sur. Además de estos territorios, que eran propiamente denominados colonias, Gran Bretaña controlaba también Egipto y el Sudán egipcio.

Hasta tiempos muy recientes, los europeos acostumbraban menospreciar la cultura y la civilización africanas. En una fecha tan tardía como 1963, el distinguido historiador Hugh Trevor Roper (posteriormente lord Dacre) se atrevió a decir en un programa de televisión lo siguiente: «Es posible que en el futuro contemos con alguna historia de África que

poder enseñar. Pero no es ese el caso por el momento: hoy por hoy sólo existe la historia de los europeos en África» (Listener, 1963, p. 871). Al final concedió que, quizá, se trataba de un caso de ignorancia por parte de los europeos y que la historia de África podía llegar a ser «descubierta». La mayor parte de sus predecesores hubieran defendido sencillamente, como hizo sir Alan Burns (notable administrador colonial y personalidad a la que podemos considerar como ilustrada por muchos motivos), que África no poseía historia de la manera en que tal concepto era entendido en Europa; escribió, por ejemplo: «Durante incontables siglos, mientras el desfile de la historia avanzaba sin cesar, África permanecía enclavada en un estadio de salvajismo primitivo.» No obstante, y a partir sobre todo de la segunda guerra mundial, ha comenzado a hacer su aparición un cuadro muy distinto de la historia africana y del lugar que le corresponde en el mundo, si bien había llegado demasiado tarde para que hubiera influido de alguna manera entre quienes tuvieron que tomar las decisiones vitales en el proceso de descolonización. De una forma casi general, contemplaban África como un continente «atrasado», y al nacionalismo africano todavía en pañales si se le compara con la madurez y el espíritu reivindicativo del asiático.

La mayor parte de África había sido dividida entre las diferentes potencias europeas en el transcurso de los siete años que separan la conferencia de Berlín de 1884-1885 y la larga serie de tratados que se firmaron entre esas mismas potencias con el fin de delinear las fronteras coloniales, en 1890-1891. Y, asimismo, la mayor parte del África británica se descolonizó en un período de tiempo igualmente breve, el que discurre entre la independencia de Costa de Oro (Ghana), en 1957, y la de Niasalandia (Malawi) y Rhodesia del Norte (Zambia), en 1964.

Ante la adquisición de una extensión de territorio tan enorme en un espacio de tiempo tan breve (como tendría lugar en el momento del reparto de África), el gobierno británico no deseaba proporcionarle a todo él (ni tampoco era capaz de ello) una administración eficaz —si bien los términos del Acta general de clausura de la conferencia de Berlín exigían alguna muestra de presencia europea para hacer una reclamación válida del territorio como propio—. En un primer momento, los británicos gobernaron la mayoría de estos territorios como protectorados sometidos al control del Ministerio de Asuntos Exteriores, y no como colonias dependientes del Ministerio de Colonias; y permitieron que algunos otros —Nigeria, África oriental (Kenia y Uganda) y ambas Rhodesias— estuvieran controlados por compañías que gozaban de privilegios oficiales. No obstante, y excepción hecha de Rhodesia del Sur, todos esos territorios llegarían finalmente a convertirse en colonias normales bajo la jurisdicción del correspondiente Ministerio de Colonias.

La última cosa que deseaban el Tesoro y el contribuyente británicos era comprometer grandes sumas de dinero en el desarrollo de estas colonias, y no deja de ser una ironía para quienes han afirmado que el «capital excedentario» que se pretendía invertir en el exterior fue el que condujo a Gran Bretaña a la expansión imperial de finales del siglo XIX, el que los capitalistas fueran, por lo general, reacios a realizar inversiones en las colonias africanas. Cuando Joseph Chamberlain tuvo a su cargo el Ministerio de Colonias, se aseguró de la aprobación del Acta de empréstitos coloniales de 1899, con el fin de facilitar a los gobiernos de las colonias la posibilidad de conseguir préstamos para llevar a cabo los necesarios programas de desarrollo. Pero no fue hasta 1929 cuando se aprobó otra ley, el Acta para el desarrollo colonial, que comprometía realmente inversiones del Estado para realizar obras en las colonias. Sin embargo, todo ello fue inviable a causa de la Gran Depresión, y en 1938 solamente se habían invertido en las colonias británicas africanas unos cuatro millones de libras. La segunda guerra mundial fue testimonio de la aprobación de otras dos leyes, las Actas para el desarrollo colonial y el bienestar, de 1940 y 1945 respectivamente. No es totalmente correcto contemplarlas como un resultado directo de la guerra, puesto que ya habían comenzado a ser debatidas con anterioridad y formaban parte de la nueva mentalidad general sobre la organización de la economía provocada por los desastres económicos de la década de 1930 —nueva mentalidad que, en ocasiones, se había visto inte-

rrumpida y, otras, acelerada por la propia guerra—. Lo cierto es que, en 1945, el gobierno británico había reconocido su obligación en la financiación en las colonias de servicios sociales, tales como sanidad o educación, al tiempo que trataba de sentar las bases económicas para ello.

Antes de la guerra, la educación de las colonias británicas había estado en gran medida en manos de la empresa privada, lo que en la mayoría de los casos quería decir en manos de misioneros, que hubieron de hacer frente al mismo tipo de problemas que el gobierno había debido afrontar en la India. ¿Debían ofrecer una educación a la inglesa o más bien la vernácula? ¿Debían dedicarse fundamentalmente a la enseñanza primaria, que interesaría a la mayoría de la población, o su objetivo tenía que ser el de educar a una elite de la que pudiera esperarse que, con posterioridad, sirviera a su vez de educadora del resto de su pueblo (es decir, utilizar la teoría evangélica de «la levadura y la masa»)? No dieron respuestas definidas a estos problemas, pero, en general, favorecieron una educación de estilo occidental, en parte debido también a su creencia en que la alternativa consistía en una pobre civilización africana. En Nigeria se encontraron con las mismas dificultades a las que habían hecho frente en la India. Los emiratos islámicos de la Nigeria septentrional no tenían ningún interés en que una educación occidental sustituyera su propio sistema; por su lado, los ibos de la Nigeria meridional, que se encontraban fragmentados políticamente y que nunca se habían visto comprometidos con ninguno de los grandes sistemas religiosos del mundo, aceptaron con rapidez la educación occidental y comenzaron, por ello, a ocupar cargos como funcionarios de la administración (situación que les granjearía de inmediato las antipatías de los habitantes del norte).

Se trató de un ejemplo evidente de la revolución no intencionada que la intervención colonial podía provocar en las sociedades tradicionales. Todas las colonias británicas contemplaron la aparición de una nueva clase media educada a la manera occidental, que muy bien podía encontrarse enfrentada a las autoridades tradicionales. La situación se fue complicando cada vez más en el momento en que los británicos comenzaron también a hacer uso del sistema de «gobierno indirecto», que implicaba una cooperación muy estrecha con esas mismas autoridades tradicionales, como sucedió en la propia Nigeria. Thomas Hodgkin describió las contradicciones inherentes a la política británica, entre

> la concepción del «gobierno indirecto», es decir, de un gobierno local descansando en manos de los mandatarios tradicionales —las autoridades nativas— y operando en el interior de una estructura administrativa controlada por los británicos: para alcanzar el éxito, el sistema depende de las relaciones de simpatía y de respeto mutuo entre el administrador británico y el jefe africano [y] el progresivo debilitamiento de la influencia de los mandatarios tradicionales, con la aparición de una clase media africana, cuyo estatus depende de la riqueza y de la educación, pero no del linaje: tiende a rechazar la autoridad tradicional por su falta de ilustración, por su incompetencia y por haber sido inspirada por los británicos; y que, en tanto que burguesía políticamente consciente y pujante, tiende a ser observada por el administrador con menos simpatía y respeto que el caballeroso jefe «no politizado» (Hodgkin, 1956, p. 46).

Los británicos no dedicaron sus esfuerzos a potenciar una educación práctica y vocacional, como hicieron los belgas en el Congo; y lo que es más, únicamente con tres excepciones (el Fourah Bay Teachers' Training College de Sierra Leona, Achimota en Costa de Oro y Makerere en Uganda), la educación disponible en las colonias británicas nunca pasó del nivel de la enseñanza secundaria hasta acabada la segunda guerra mundial. Sólo en el momento en que pareció que el proceso de independencia era ya imparable comenzaron a crearse colegios universitarios en Costa de Oro, Nigeria, Uganda y Sudán.

Durante el período de entreguerras, aquellos jóvenes africanos que deseaban promocionarse hasta alcanzar una enseñanza universitaria debían desplazarse a Europa o a América. Nmandi Azikiwe, de Nigeria, marchó a los Estados Unidos en 1925 por el sencillo expediente de meterse como polizón en un barco, y estudió en diferentes universidades norteamerica-

nas, entre ellas la de Pennsylvania y la de Lincoln, famoso centro de estudios para negros. Kwame Nkrumah, de Ghana, estudió también en esas mismas universidades entre 1935 y 1945. Regresó a su patria vía Londres, donde dedicó algún tiempo a estudiar en la London School of Economics y donde se puso en contacto con un veterano socialista británico, el profesor Laski. Jomo Kenyatta, de Kenia, estudió también en ese mismo centro en la década de 1930 y siguió los cursos que impartía el antropólogo Malinowski. El propio Kenyatta publicó un libro en 1930, *Facing Mount Kenya*, considerado como muy importante por tratarse del primer estudio antropológico realizado por un africano y referido a una sociedad que el propio autor conocía desde dentro.

La posibilidad de recibir una educación superior en el extranjero, aunque se tratara de una imposición, proporcionó numerosos beneficios a la primera generación de nacionalistas africanos: entraron en contacto con personalidades europeas que simpatizaban con su causa; en Londres o en América se encontraron con personas procedentes de las diferentes colonias británicas de ambos lados del continente africano, a quienes parecieron absurdas las fronteras artificiales del período colonial, situación que, a su vez, dio paso al nacimiento de la idea del panafricanismo; y también entraron en contacto con negros americanos.

Esto último iba a ser crucial. Los negros americanos empezaban a interesarse por su propio pasado, y, por tanto, por África. Ese movimiento había comenzado ya a mediados del siglo XIX cuando Edward Blyden, que procedía de las Indias occidentales y se había trasladado a Liberia en 1850, comenzó a escribir con orgullo de la raza africana y trató de convencer a otras personas para que desarrollaran una concienciación parecida (July, 1968, pp. 208-233). Otro influyente indio occidental fue Marcus Garvey, quien propagó una doctrina basada en el lema «África para los africanos» y que aconsejaba a los americanos negros regresar a la madre patria, ganándose así, irónicamente, el apoyo de algunos racistas blancos. Hubo quienes contemplaban con recelo la voluntad de Garvey de apelar al uso de la fuerza, pero tuvo una cierta influencia sobre el pensamiento de Kwame Nkrumah.

Desde un punto de vista organizativo, el personaje clave fue un americano, W. E. B. Du Bois, que, entre otras cosas, había escrito una importante historia sobre el comercio de esclavos. Soñaba con un movimiento panafricano que fuera capaz de aglutinar a los negros africanos y a los americanos. Con la ayuda del senegalés Blaise Diagne, organizó, en 1919, una conferencia panafricana, reunida en París, que esperaba influir de alguna manera sobre las deliberaciones de la conferencia de paz que allí tenía lugar. De hecho, tuvo muy poco impacto sobre las decisiones de los estadistas reunidos, pero, en el período de entreguerras, continuaron convocándose otras conferencias panafricanas a intervalos irregulares, que, hasta la segunda guerra mundial, estuvieron dominadas por los americanos.

La quinta/sexta conferencia panafricana, que tuvo lugar en Manchester en 1945, fue muy diferente. Reunió a más de doscientos delegados, entre los que se contaban algunos de los líderes nacionalistas africanos, como Nkrumah y Kenyatta. También fue mucho más radical en sus planteamientos. De forma unánime, los delegados respaldaron «la doctrina del socialismo africano basada en la táctica de la acción positiva sin el recurso a la violencia». En suma, esa conferencia decidió poner en práctica una transformación similar a la acometida por el Congreso Nacional Indio después de la primera guerra mundial. Se contemplaba a sí misma como una organización decidida a luchar, a enfrentarse a las potencias coloniales.

El gobierno británico no estaba dispuesto a seguir discutiendo por más tiempo el principio de la transferencia de poderes a los Estados africanos. El debate se centró por entero en el ritmo y las fases en las que debía realizarse esa transferencia. Tanto por lo que se refiere a la política como en el terreno de la economía, la actitud de los británicos había comenzado a cambiar ya antes de la guerra, y, de hecho, ambos factores se hallaban relacionados. Un programa más activo de desarrollo probablemente implicaría la necesidad de la existencia de un gobierno más eficaz y de una aceptación más activa por parte de los gobernados; para ello, la existencia de «autoridades nativas» no parecía ser lo más adecuado.

En la frase memorable del profesor Hargreaves, eran como «los carros de la vendimia, unas estructuras muy elaboradas y muy dignas, con una escasa capacidad de aceleración y con una fuerte tendencia a conducir por la derecha» (Hargreaves, 1979, p. 25). Desde el punto de vista de los británicos, la promoción al gobierno de africanos de clase media, de los «hombres nuevos», presentaba sus riesgos, pero había que enfrentarse a ellos. En 1938, lord Hailey, antiguo miembro del Servicio Civil Indio, publicó, por encargo del Real Instituto de Asuntos Internacionales, su magistral *African Survey*, en el que, entre otras cosas, mostraba la relación existente entre gobierno indirecto y gobierno representativo.

A finales de 1939, Hailey fue comisionado por el Ministerio de Colonias para que siguiera profundizando sobre el tema; al mismo tiempo, ese Ministerio comunicaba a los gobernadores de las colonias británicas del occidente africano que «pudiera ser que uno de los resultados de la guerra consistiera en estimular la política de concienciación de los africanos y hacer hincapié en la exigencia de un ritmo de desarrollo más acelerado con el fin de alcanzar unas instituciones de gobierno más representativas y más liberales» (Hargreaves, 1979, p. 27). Hailey presentó sus conclusiones en un informe, *Native Administration and Political Development in British Tropical Africa*, que circuló ampliamente por el Ministerio de Colonias, aunque no se publicó hasta 1953. Este autor no dudaba de que las colonias habían entrado en una fase de «cambio rápido». Su consejo era pormenorizado y penetrante a un tiempo. No tenía excesiva fe en el «regateo constitucional», sino que prefería comprobar la capacidad de potenciales elites políticas y administrativas que podían ser adiestradas para asumir las responsabilidades de gobierno. Hailey actuó como transmisor a los americanos de una parte de la nueva mentalidad británica mediante la serie de conferencias que pronunció en Princeton en 1943.

Por entonces era ya de todo punto necesario tratar de ganarse la simpatía de los americanos. El clima de la opinión mundial acerca de la moralidad del colonialismo sufrió un giro mucho más profundo durante la segunda guerra mundial que el que había tenido lugar en la primera. Las potencias coloniales europeas podían defender la inexistencia de cualquier tipo de alusión a ellas en los «catorce puntos» del presidente Wilson. Por el contrario, sí hubo muchos que creyeron que la Carta del Atlántico, suscrita entre Gran Bretaña y Estados Unidos en agosto de 1941 y referida a objetivos comunes, era esencialmente incompatible con el colonialismo. Ciertamente, la Carta de las Naciones Unidas ponía muy difícil su aceptación, y, de manera harto significativa, la conferencia panafricana, que se reunió en Manchester en 1946, suscribió la Declaración de Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

Ghana

Costa de Oro fue la primera colonia británica del África negra *elegida* para independizarse, e insistimos en lo de «elegida» porque, en buena parte, se trató de un experimento consciente.

Este territorio poseía una tradición de participación africana en el gobierno colonial mucho más larga que la de la mayoría de las restantes colonias, así como también una más dilatada tradición de movimientos de protesta. Ya en una fecha tan temprana como 1888, dos africanos fueron nombrados para ocupar cargos en el consejo legislativo que asesoraba al gobernador en Cape Coast Castle, un comienzo suficientemente modesto, pero comienzo al fin y al cabo. No obstante, es un hecho que los africanos consiguieron más cargos administrativos en las colonias del África occidental británica en el siglo XIX que a comienzos del siglo XX. (Un sorprendente ejemplo, en este caso procedente de la Iglesia, y no del Estado, nos lo proporciona el hecho de que el primer obispo anglicano de Níger, Samuel Crowther, era un antiguo esclavo yoruba.) Al África occidental se la consideraba todavía en el siglo XIX «la tumba del hombre blanco», y muy pocos europeos deseaban ocupar en ella cargo alguno; pero, a medida que la ciencia médica progresaba, se hicieron menos reacios y tendieron a desplazar a los africanos de los cargos en la administración. En 1897, varios jefes de Costa de Oro

crearon la Sociedad para la Protección de los Derechos de los Aborígenes, pero la primera asociación política moderna reconocida fue el Congreso Nacional del África occidental británica, fundado por Casely Hayford a finales de la primera guerra mundial.

En el período de entreguerras, Costa de Oro se convirtió en un lugar calladamente próspero. La agricultura, organizada mediante un sistema de propiedad del campesinado, muy alejado del sistema de plantaciones que había aparecido en África oriental, comenzó a obtener excelentes ingresos con las cosechas de cacao. Después de la segunda guerra mundial se convirtió en el principal productor mundial de ese producto, y, junto con Malaya, fue el que más contribuyó a mantener la solvencia del «área de la esterlina». Costa de Oro contaba con una clase media mucho más amplia que la de la mayoría de los demás Estados africanos y se podía permitir la inversión de mayores sumas en educación y en sanidad que sus vecinos. No deja de ser un caso extraordinario de mala suerte que, en vísperas de la independencia, los cultivos de cacao se vieran atacados por una enfermedad producida por un hongo, dejando toda su economía muy maltrecha.

La segunda guerra mundial fue testimonio de la existencia de una elevada cuota de aquello que lord Hailey había denominado despectivamente como «regateo constitucional». En 1946, inmediatamente después de finalizada la guerra, se impuso una nueva Constitución, la Burns (por el nombre del gobernador de aquel momento, sir Alan Burns). Proporcionaba al consejo legislativo del gobernador una mayoría africana electa, concesión que había parecido muy avanzada. En ese momento, las otras únicas colonias británicas que contaban con mayorías legislativas no europeas (exceptuando la India) eran Ceilán y Jamaica. El consejo ejecutivo, sin embargo, seguía siendo un organismo por entero oficial, aunque, desde 1942, incluía africanos por nominación directa. Se esperaba que la nueva Constitución conduciría a un período de consolidación.

El gobierno continuó sin preocuparse excesivamente incluso cuando J. B. Danquah creó, en 1947, su Convención Unida de Costa de Oro (UGCC), que pretendía conseguir

cambios en la Constitución. El partido de Danquah estaba formado por un grupo moderado de profesionales y de hombres de negocios que pretendían una transición del poder a manos africanas sin sobresaltos, incluyendo también a las autoridades tradicionales, sin alteración de la estructura de la sociedad. La situación cambió cuando se invitó a Kwame Nkrumah a regresar de Londres para hacerse cargo de la secretaría del nuevo partido. El propio Nkrumah tuvo sus dudas, pues se daba perfecta cuenta de que sus planteamientos eran muy diferentes a los de Danquah; su posición era ahora mucho más radical. Estando en Londres, había mantenido reuniones con varios líderes de los comunistas británicos, entre los que se incluían Harry Politt, Palme Dutt y Emil Burns; contribuyó a crear el «Secretariado Nacional del África Occidental», que contaba con una oficina en la Gray's Inn Road (que funcionaba como lugar de encuentro de estudiantes africanos y de las Indias occidentales) y durante breve tiempo publicó un periódico, el *New African*; pero, al mismo tiempo, era miembro de un grupo clandestino, denominado «El Círculo», cuyo objetivo principal consistía en provocar actividades revolucionarias por toda África (Nkrumah, 1957, pp. 55, 60).

A su regreso a Costa de Oro, Nkrumah comenzó a realizar giras por el país para organizar el partido, y cuando, en febrero de 1948, estalló una importante revuelta en Accra, que se fue extendiendo a Kumasi y a otras ciudades, las sospechas cayeron de inmediato sobre él. Oficialmente se contabilizaron veintinueve muertos y doscientos treinta y siete heridos; y cuando las autoridades encontraron en poder de Nkrumah un carnet del Partido Comunista y un documento en el que se subrayaban los objetivos de «El Círculo», se dieron cuenta de que sus sospechas estaban ampliamente justificadas. Colin Cross compara la revuelta de Accra con la toma de la Bastilla (Cross, 1968, p. 270). Es posible que la comparación no sea muy exacta, pero sí es cierto que esos disturbios desalentaron al gobierno británico en su suposición de que la introducción de algunas reformas constitucionales sería suficiente para dar satisfacción a los africanos en un futuro inmediato. Un comité de encuesta presidido por un consejero

del rey, Aiken Watson, informaba en junio de 1948 que la Constitución Burns podía considerarse como totalmente anticuada. Una nueva comisión, formada toda ella por miembros africanos y presidida por un magistrado también africano, el juez Coussey, se encargó de redactar una nueva.

En el verano de 1949 Nkrumah rompió con el UGCC y fundó su propio Partido de la Convención del Pueblo (el CPP). En ese momento se había ganado ya el apoyo de la denominada «sección juvenil» del UGCC. (La palabra *juvenil* debe tratarse con cierta precaución en el contexto africano de esa época. Por lo general, trataba de definirse con ella al hombre nuevo con conocimientos occidentales, más que al adolescente.) A partir de ese momento se dedicó a buscar el apoyo de las masas, en especial de los sindicatos. Las secciones juveniles (a las que, en ocasiones, se denominaba también «estudiantiles») y los sindicatos constituyeron la pieza clave de muchos de los movimientos nacionalistas africanos. Nkrumah comenzó a organizar una campaña que llamó de «acción positiva», lo que para él quería decir agitación, huelgas, boicots, y, en general, no cooperación, siguiendo el modelo gandhiano.

En enero de 1950 fue arrestado y condenado a continuación a tres años de prisión por diversos cargos de sedición. Pasó así a ingresar en las filas de los denominados «graduados en la cárcel», que en tantas ocasiones pasaron directamente desde ella hasta el poder, al conseguirse la independencia. Parece ser que nadie trató seriamente de evitar que Nkrumah continuara la organización de su partido desde la prisión. Cuando, con la Constitución Coussey, en febrero de 1951 se convocaron elecciones, el CPP se presentó como el partido más fuerte.

El nuevo gobernador, sir Charles Arden-Clarke, se comprometió por completo a acelerar el proceso de autogobierno. Ordenó la inmediata excarcelación de Nkrumah y le invitó a aceptar el cargo de «jefe para asuntos gubernamentales», título que no se cambiaría por el de primer ministro hasta marzo de 1952.

Si tomamos como base su propia autobiografía, Nkrumah era muy consciente de las dificultades prácticas que se

le presentaban. Costa de Oro no contaba con suficiente personal africano preparado para sustituir de inmediato a las autoridades coloniales. Los problemas económicos, derivados de la pérdida de la cosecha de cacao, eran realmente graves. El país tenía una desesperada necesidad de inversiones extranjeras para poder sacar adelante empresas vitales, como el proyecto hidroeléctrico del Volta, y eso significaba no atemorizar al capital llevando a cabo una política de carácter excesivamente socialista. Sabía muy bien que el CPP no era aceptado por todos los ciudadanos, y que los tradicionalistas del interior consideraban aún a Nkrumah y a sus seguidores como a unos advenedizos, que actuaban de cara a la galería, procedentes de la costa.

De hecho, y antes de conseguir la independencia, Nkrumah tuvo que ganar otras dos elecciones, la de 1954 y la de 1956. Convencer a Londres se había convertido en el menor de sus problemas. Antes de que las elecciones de 1956 tuvieran lugar, el secretario colonial conservador, Lennox Boyd, prometió que, si en la nueva legislatura había una «mayoría razonable» que pidiera la independencia, él mismo fijaría una fecha. La moción de independencia fue aprobada por setenta y dos votos a favor y ninguno en contra, en una cámara formada por ciento cuatro diputados. Algunos no votarían a Nkrumah, pero nadie lo hizo en contra de la independencia.

Lennox Boyd señaló el 6 de marzo de 1957 como día para llevar a cabo la transferencia completa de poderes, y, a partir de ese momento, el nuevo Estado independiente tomó el nombre de Ghana, por el de un antiguo y rico imperio africano muy floreciente entre los siglos IV y XIII. Es motivo de discusión si los actuales habitantes de la Ghana moderna son los descendientes directos de los antiguos ghaneses, pero la elección del nombre no dejó de ser altamente significativa. Los nuevos ghaneses no deseaban seguir viéndose asociados con nada que tuviera alguna relación con el período colonial y querían regresar a aquello que sentían que representaba sus auténticas raíces en el continente africano. Constituiría así un precedente que habrían de seguir otros países al alcanzar la independencia. Pero las luminosas esperanzas que die-

ron la bienvenida a la independencia ghanesa comenzaron pronto a difuminarse. Nkrumah convirtió a Ghana en un Estado de partido único. Los líderes de la oposición fueron arrestados, y J. B. Danquah murió en prisión. Cuando, en 1960, y en virtud de la entrada en vigor de una nueva Constitución, Ghana pasó a ser una república, Nkrumah recibió como presidente virtuales poderes dictatoriales; continuó siendo un entusiasta del ideal panafricano de una África unida, pero, en política internacional, se alejó de la política de no alineamiento propugnada por Nehru, y, sobre todo después de una visita que realizó a Rusia y a China en el verano de 1961, comenzó a estrechar lazos cada vez más fuertes con las potencias comunistas. En febrero de 1966 fue depuesto por un golpe de Estado perpetrado por el ejército mientras se encontraba de visita en Pekín. A partir de ese momento, Ghana fue alternando breves intentos de restauración de gobiernos civiles (en 1969-1972 y 1979-1981) con nuevos golpes militares.

Aunque fue evidente desde un primer momento que el experimento ghanés no funcionaba según lo esperado, el gobierno conservador de Gran Bretaña se encontraba ahora ya embarcado en un programa completo de descolonización para África. En febrero de 1960, el primer ministro, Harold Macmillan, pronunció en Ciudad del Cabo su famoso discurso conocido como el del «viento de cambio». (Unos días antes lo había hecho ya en Accra, pero no había sido recogido por la prensa internacional.) Ante el Parlamento sudafricano expuso, entre otras cosas, lo siguiente:

> A partir ya de la caída del Imperio romano, uno de los hechos constantes en la vida política europea ha sido la aparición de naciones independientes [...] Hace quince años este movimiento se extendió a toda Asia [...] Y hoy está ocurriendo lo mismo en África [...] El viento de cambio sopla por todo este continente, y, tanto si nos gusta como si no, este incremento de una concienciación nacional constituye un hecho político. Debemos todos aceptarlo como tal hecho y nuestra política nacional debe tomar buena nota de ello (citado en Madgwick *et al.*, 1982, p. 286).

Nigeria

Nigeria fue la primera colonia británica de África que alcanzó la independencia después del discurso pronunciado por Macmillan. El Ministerio de Colonias británico había considerado este territorio como un candidato a la independencia mucho menos prometedor que Ghana. En tanto Estado, había ido creciendo en el interior de unas fronteras enteramente artificiales, trazadas sobre todo por la Compañía Real de Níger entre 1885 y 1899. Los yorubas de la región occidental, los ibos de la oriental y los emiratos musulmanes del norte tenían muy poco en común, y, en ocasiones, habían sostenido duros enfrentamientos entre sí. El gobernador más famoso del territorio, lord Lugard, había basado fundamentalmente su actuación en el gobierno indirecto, que había funcionado bastante bien en el norte (aunque confirmando su carácter esencialmente conservador), y no tan bien en el sur. En el período de entreguerras Nigeria no constituía un territorio particularmente próspero, y, en consecuencia, las inversiones en educación y en servicios sociales habían sido mucho menores que en Ghana, al tiempo que la clase media culta era proporcionalmente mucho menos numerosa. No obstante, había hecho aparición en ese mismo período un cierto sentimiento nacionalista, fomentado en particular por Nmandi Azikiwe, quien, a su regreso de América en 1935, había fundado una cadena de periódicos, entre los que se incluían el *West African Pilot* y el *African Morning Post*, que gozaron de gran influencia sobre la opinión pública en todo el África occidental británica.

Lo mismo que en Costa de Oro, el gobierno británico intentó en Nigeria poner en práctica una política de «regateo constitucional». En 1946 se aprobó una nueva Constitución muy conservadora, la Richards (por el nombre del gobernador, sir Arthur Richards). Azikiwe, en tanto líder de una nueva agrupación política, el Consejo Nacional para Nigeria y Camerún (NCNC), presentó en Londres una protesta, y la Constitución Richards fue sustituida, en 1951, por otra de carácter bastante más liberal, la Macpherson.

Habían aparecido ya tres partidos. En primer lugar, el NCNC de Azikiwe, que pretendía ser un partido de todos los nigerianos, pero que se había implantado con más fuerza en la región oriental de los ibos (el propio Azikiwe era ibo, aunque nacido fuera de esa zona). En segundo lugar, el Grupo de Acción del jefe Awolowo, en la región occidental. Y, por último, el Congreso de los Pueblos del Norte, en la región septentrional, dirigido por Ahmadu Bello, sardauna de Sokoto, a quien se unió también Abubakar Tafawa Balewa.

Inspirados por los progresos realizados en Ghana, los nigerianos comenzaron a exigir una pronta independencia y con ese fin se reunieron en dos conferencias: una en Londres y otra en Lagos, en 1953 y 1954. No obstante, el gobierno británico estaba seriamente preocupado en Nigeria por la seguridad de las minorías, religiosas y de otras clases. Se nombró una comisión con el objetivo de «investigar a propósito de los temores de las minorías y de la manera de mitigarlos», comisión que presentaría un informe en 1958. Se consideró también la posibilidad de incluir en la Constitución una especie de «declaración de derechos».

En 1954 entró en vigor una nueva Constitución, esta vez marcadamente federalista. De forma significativa, en las elecciones de 1954, todos los líderes principales, Azikiwe, Awolowo y el sardauna, prefirieron presentarse como candidatos a las asambleas regionales, y no a la Cámara federal de representantes de Lagos. Como resultado de esa toma de posiciones, un personaje no demasiado conocido hasta entonces, Abubakar, se convirtió en el líder más importante de Nigeria. Se convocaron nuevas conferencias constitucionales y se fijó la independencia para 1960.

Al menos, el jefe Awolowo no se hacía ilusiones debido a las enormes dificultades a que debía hacer frente su país. En 1947 había escrito lo siguiente: «Existe una ilusión muy popular entre los jóvenes cultos nigerianos a propósito del autogobierno. Creen que es algo así como el "Reino de Dios y su justicia", el cual, una vez conseguido, aporta beneficios sin cuento. Por tanto, lo buscan como objetivo primordial. Se trata de una forma muy inteligente de evadirse de los problemas inmediatos a los que tiene que enfrentarse el país» (p. 30). Advertía de la profunda desconfianza con que la mayoría analfabeta contemplaba a la minoría culta (p. 32). Pero el problema que planteaba un tratamiento más complicado no era otro que el regional. En lo que era con toda probabilidad un eco consciente del juicio que Metternich había emitido sobre Italia, Awolowo escribió: «Nigeria no es una nación. Es sencillamente una expresión geográfica» (p. 47). No le tranquilizaron los estudios sobre otros países con problemas de minorías, como Yugoslavia y el Reino Unido (se interesó por los nacionalismos escocés y galés), aunque le consoló algo el éxito alcanzado por el experimento suizo (pp. 50, 54).

Las elecciones de diciembre de 1959 presagiaron futuros problemas. En esta ocasión, Azikiwe y Awolowo se presentaron como candidatos a la Cámara federal de Lagos. El Congreso de los Pueblos del Norte, junto con un aliado más pequeño, la Unión Progresista del Norte, se mostró como la agrupación más fuerte, con ciento cincuenta escaños, pero sin alcanzar la mayoría absoluta. El NCNC tuvo ochenta y nueve escaños; el Grupo de Acción, setenta y tres. Estos dos últimos partidos consiguieron algunos representantes fuera de sus propias regiones, pero la región septentrional había alcanzado una importante e inamovible ventaja, pues a esa zona se le habían asignado ciento setenta y cuatro escaños para una Cámara de trescientos veinte. Esta situación provocó un gran resentimiento en el sur, donde no se veía posibilidad alguna de superarla, y la única opción que les quedaba era la de no aceptar las estadísticas de población en las que se había basado la asignación de escaños por regiones.

Después de realizadas ciertas maniobras políticas, el NCNC estuvo de acuerdo en formar coalición con los partidos septentrionales bajo la dirección de Abubakar; Awolowo se convertiría en el jefe de la oposición. Azikiwe no ocupó cargo alguno, pero sería el gobernador general con la recién estrenada independencia, el 1 de octubre de 1960, y presidente cuando el país se decidió por el régimen republicano en 1963.

En ciertos aspectos los presagios parecían ahora ser bas-

tante favorables. De país pobre, Nigeria se había vuelto rico como resultado del descubrimiento de importantes yacimientos de petróleo y gas natural; pero, a pesar de ello, iba a hundirse en un desorden, mucho más grave que el de Ghana, provocado por las tensiones internas. La región oriental se sentía cada vez más agraviada por lo que consideraba una dominación del norte. Esta situación alcanzó su punto culminante en las elecciones de 1964, cuando desde todas las bandas se cruzaron acusaciones de escandalosos fraudes electorales. En enero de 1966, el ejército de la región oriental preparó un golpe de Estado, y fueron asesinados Abubakar, Ahmadu Bello y Akintola, prominente político de la región occidental favorable al norte. El general Ironsi, un ibo procedente de la zona oriental, se convertiría en presidente sustituyendo a Azikiwe, que se encontraba ausente en Londres recibiendo atención médica cuando tuvo lugar el golpe. Pero en julio de ese mismo año, el ejército del norte preparó un contragolpe. Fue asesinado Ironsi y sustituido ahora por un general del norte, Gowan. Éste no era un norteño típico: no era mulsulmán, sino cristiano, y, además, procedía del sur de la región septentrional; pero cualquier esperanza que se hubiera podido vislumbrar considerándolo un posible candidato de compromiso quedó destruida ante la extensión de las matanzas de ibos que tuvieron lugar en la región del norte. Los supervivientes se desplazaron a sus lugares de procedencia de la región oriental.

Estaba ya preparado el escenario para que estallara la guerra civil nigeriana. El 30 de mayo de 1967 la región oriental proclamó su secesión como república independiente de Biafra. La guerra duró casi tres años, atrayendo la atención internacional, hasta la definitiva derrota de los biafreños, con la huida de su líder, el general Ojukwu, en enero de 1970. Nigeria sigue estando gobernada por los militares, mientras se han ido realizando algunos intentos por suavizar las rígidas divisiones entre las tres regiones, como la parcelación del país en diecinueve estados, en 1976. En 1979 se restauró un gobierno civil, pero, después de nuevas acusaciones de corrupción, fue derrocado por otro golpe militar, en 1984.

Sierra Leona y Gambia

Trataremos muy resumidamente la situación de las dos restantes colonias británicas en África occidental: Sierra Leona y Gambia. La primera de ellas consiguió la independencia el 27 de abril de 1961. El Partido del Pueblo de Sierra Leona del doctor Milton Margai alcanzó una amplia mayoría en las elecciones de 1962. No obstante, siempre ha habido tensiones entre la colonia original, que rodea el puerto de Freetown, y que, a finales del siglo XVIII, se había establecido como patria de esclavos liberados, y el territorio mucho más extenso del protectorado, que había sido adquirido durante el período en que se realizó el reparto colonial de África. En marzo de 1967 el ejército dio un golpe de Estado. Posteriormente se restauró un gobierno civil, pero Sierra Leona se convirtió de forma oficial en un Estado de partido único a partir de 1978.

Gambia presentaba un problema grave. Había comenzado siendo una base comercial sobre el río Gambia y de ahí había pasado a constituir la colonia británica más antigua del África occidental; pero al comenzar el reparto colonial del continente, Gambia había quedado rodeada toda ella por el territorio francés del Senegal, si se hace excepción de la estrecha franja costera. Apenas poseía esperanzas de viabilidad económica y se hicieron diferentes intentonas, todas ellas fracasadas, por intercambiarla por cualquier otro territorio dominado por los franceses en cualquier parte del mundo. No obstante, a mediados de la década de 1960, su pequeña extensión dejó de considerarse una barrera automática para alcanzar el estatus de nación independiente, y Gambia se independizaría el 18 de febrero de 1965. En 1982, y después de que las tropas senegalesas hubieran contribuido a hacer fracasar un intento de golpe de Estado durante el año anterior, Gambia entró a formar parte de una confederación con Senegal, si bien conservando su situación de Estado independiente.

África oriental (Uganda, Tanganika y Zanzíbar)

Aquellos territorios del África oriental que no habían atraído asentamientos europeos numerosos, como era el caso de Uganda, Tanganika y Zanzíbar, fueron tratados de manera parecida a como lo habían sido las colonias británicas del África occidental, si bien, inicialmente, se plantearon algunas dudas por lo que se refiere al caso ugandés.

Aunque se trataba de una región rica y bien poblada, la historia de Uganda había sido, en ocasiones, muy turbulenta. En el período del reparto colonial, los exploradores y los misioneros europeos se vieron literalmente involucrados en problemas y disturbios que no entendían. Algunas de las tensiones surgían de las rivalidades existentes entre el reino local más poderoso, Buganda, dominado por kabakas (reyes), y los reinos más pequeños de Bunyoro, Toro y Ankole. Estos antagonismos enquistados, y que se veían ahora complicados aún más por la suma de otros conflictos entre los intereses indígenas y los coloniales, salieron de nuevo a la luz en los años que precedieron a la independencia, cuando el joven kabaka, Mutesa II, se opuso al gobernador británico, sir Andrew Cohen, en defensa de los derechos del pueblo baganda. Cohen, que había sido el jefe del departamento de asuntos africanos en el Ministerio de Colonias, tan pronto como llegó a Uganda, en 1952, declaró que «el futuro del país debía basarse en una forma unitaria de gobierno central, que siguiera una línea parlamentaria y que cubriese todo el territorio» (citado en Low, 1971, p. 105). Cohen era un reformador sincero, y uno de sus primeros actos consistió en incluir personal africano en el consejo ejecutivo, pero los ugandeses sospechaban que el gobernador deseaba obligarles, en contra de su voluntad, a participar en una Federación de África oriental, junto con Kenia y Tanganika, parecida a la Federación centroafricana que ya había sido creada (véase p. 84). Mutesa se dispuso a oponerse incluso a la fusión de Buganda con el resto de Uganda. En noviembre de 1953, Cohen retiró el reconocimiento británico de Mutesa como kabaka y le deportó a Londres.

La deportación de Mutesa causó una enorme sensación y precipitó un importante debate en la Cámara de los Comunes, que tuvo lugar el 2 de diciembre de 1953 y en el que el ministro de Colonias, el conservador Oliver Lyttelton, se vio obligado a declarar que el futuro de Uganda pasaba, por encima de todo, por ser «un país africano». En tanto experto sobre el tema de la independencia, fue enviado un académico australiano, sir Keith Hancock, que por aquel entonces era director del Instituto de Estudios sobre la Commonwealth en la Universidad de Londres, con el fin de estudiar las diferentes posibilidades. La misión de Hancock preparó el camino a la conferencia de Namirembe, de 1954, que definió las relaciones entre Buganda y el resto de Uganda. Se abandonó aquella sugerencia de creación de una Federación de África oriental y, con ella, las ideas de «asociación» entre las comunidades africana, europea y asiática de la región. Uganda había de ser «africana». Comenzaron a formarse diferentes partidos políticos en el país, pero continuaron estando excepcionalmente fragmentados. No se creó ningún partido nacionalista poderoso bien decidido (Low, 1971, p. 196).

El 9 de octubre de 1962, y con numerosos problemas aún por resolver, Uganda alcanzaba la independencia. Un año después, el kabaka se convertía en presidente, pero las malas relaciones entre Buganda y los otros tres reinos provocaron un gran deterioro del Estado ugandés. En 1966, Milton Obote, entonces primer ministro y, posteriormente, «presidente ejecutivo», planeó un golpe contra el kabaka, que se vio obligado a huir a Londres. El hombre que mandaba las tropas contra el palacio del kabaka en mayo de 1966 no era otro que Idi Amin. En 1971, en un momento en el que Obote se encontraba de visita en el extranjero, Amin, ahora ya jefe del ejército, se proclamó jefe de Estado e inauguró uno de los reinados más sangrientos en todo el África independiente. Con el fin de deponerle, en 1979 se realizó una intervención desde el vecino Estado de Tanzania, y en 1980 Milton Obote regresó como presidente.

Tanganika se diferenciaba de Uganda en que había sido una colonia alemana que había pasado a convertirse en un mandato británico en 1919. Gran Bretaña cumplió las obligaciones formales que había contraído con la Comisión de

Mandatos de la Liga de Naciones, pero, en general, Tanganika era asimilable, por su funcionamiento, al de cualquier otra colonia de la corona británica. Lo mismo que en la vecina Uganda, los británicos confiaron en buena medida en las autoridades tradicionales; pero, al contrario que en ese otro país, en Tanganika apareció un movimiento nacionalista unificado, dirigido por Julius Nyerere, hijo de un jefe tribal pero, también, un típico exponente de los nacionalistas de «primera generación», educado en Makerere y en Edimburgo. Después de independizarse el 9 de diciembre de 1969, la cuidadosa pero firme dirección de la economía por parte de Nyerere proporcionó a Tanganika más de dos décadas de tranquilidad, bastante difíciles de encontrar en el África que siguió a la independencia.

En abril de 1964, Tanganika se unió con el vecino Estado de Zanzíbar, formado este último por las islas de Zanzíbar, Pemba y Latham, y que había operado tradicionalmente como uno de los más importantes centros comerciales de la costa del África oriental. Territorio británico desde 1890 hasta su independencia en 1963, la unión con Tanganika sirvió para restaurar en esencia la tradicional relación de Zanzíbar con el continente, que se había visto cortada cuando una pasó a manos británicas y la otra a las alemanas en el período del reparto colonial de África.

Kenia

Este territorio le planteó al gobierno británico una prueba mucho más dura. Desde el punto de vista climático era un lugar adecuado para los asentamientos europeos, y, a finales del siglo XIX, los británicos se convencieron de que estaba lleno de zonas extensas y escasamente pobladas; resumiendo, que se trataba de una «nueva Australia», para utilizar la entusiasta fraseología de la época. Incluso, y durante breve tiempo, llegaron a pensar que podía convertirse en la «residencia nacional» del pueblo judío. Los colonos británicos fueron llegando en pequeña cantidad inmediatamente antes y después de la primera guerra mundial, y ya en una cuantía muy superior al acabar la segunda, momento en el que algunos ciudadanos se cansaron de la austeridad de posguerra o de la política del gobierno laborista. La comunidad británica expatriada en Kenia en el período de entreguerras constituyó aquella clase disipada que tan bien retrató James Fox en su obra *White Mischief* (1982), pero introdujo en la zona una agricultura de plantación, dedicada a la producción de café y té, que tuvo gran éxito.

Los colonos británicos no albergaban ninguna duda de que el país les pertenecía y esperaban que prosperase una forma de gobierno similar a la de Canadá o Australia, pero recibieron un jarro de agua fría en forma de «libro blanco» de Devonshire, de 1923. (El duque de Devonshire era el ministro de Colonias en el gobierno de Bonar Law.) En ese libro blanco se les comunicaba lisa y llanamente que la concesión de un gobierno responsable para un futuro próximo estaba «fuera de discusión». Y añadía: «En primer lugar, Kenia es un territorio africano y el gobierno de su majestad considera que es necesario, de manera definitiva, recordar según su opinión más considerada que los intereses de los nativos africanos deben ser lo más importante, y que, en el momento en que sus intereses y los intereses de las razas inmigradas entraran en conflicto, prevalecerían los de aquéllos.» Es cierto que, en los años que siguieron, el gobierno británico no siempre habló con tanta claridad, pero continuó manteniendo el principio esencial.

El «libro blanco» de Devonshire hacía referencia a razas inmigradas en plural, y la situación se complicó aún más a causa de la existencia de una comunidad asiática que había entrado en aquel territorio no, como en algunos casos afirma la leyenda, para construir la red de ferrocarriles, sino, y más a menudo, para aprovecharse de esos ferrocarriles con el fin de transportar mercaderías hasta el corazón del continente africano. La asiática se transformó en una comunidad muy próspera, y, en ocasiones, sus miembros se convirtieron en prestamistas. Como consecuencia de ello, eran odiados por los africanos tanto en Kenia como en Uganda. Inspirados en el ejemplo de la India, en Kenia los asiáticos se movilizaron, en los años que siguieron al final de la primera guerra mun-

dial, para conseguir una ampliación de los privilegios que ya poseían. En 1906 se estableció un consejo legislativo, y en 1927 se reestructuró de tal manera que ahora contaba con una veintena de miembros, de los cuales once eran europeos electos, cinco indios también por elección, un árabe electo y un único miembro por nominación para representar a los africanos.

En esta época los africanos apenas habían comenzado a organizarse, pero alguna forma de organización existía ya entre la etnia kikuyu; este pueblo, que no había sido dominante en Kenia con anterioridad, a la manera en que lo habían sido los pastores masai, era de agricultores en la zona en que se había establecido la capital, Nairobi. Se habían visto más afectados por los problemas derivados de la propiedad de sus tierras que las demás tribus, pero también es cierto que tuvieron mayores posibilidades de entrar en contacto con las ideas y la educación europeas. Jomo Kenyatta, quien, andando el tiempo, se convertiría en su líder, había recibido su primera educación en la escuela de una misión presbiteriana. La primera organización africana, la Asociación Kikuyu, se fundó en 1920, pero se trataba de un organismo muy moderado, compuesto sobre todo por ancianos y por jefes. En 1921 se creó la Joven Asociación Kikuyu (después se convertiría en Asociación Central Kikuyu), fundada por jóvenes, educados como el propio Kenyatta en las escuelas de las misiones, que estaría definida por un temperamento mucho más radical.

Kenyatta estuvo en el extranjero entre 1929 y 1946. Al regresar se encontró con que la Asociación Central Kikuyu había sido condenada por sedición durante la guerra y con que parecían haberse hecho muy escasos avances en cuanto al progreso constitucional. Aunque en 1948 había una mayoría no oficial en la asamblea legislativa, los cuatro miembros africanos aún lo eran por designación. No sería hasta 1952 cuando los africanos comenzaron a formar parte del consejo por elección y siguiendo para ello un complicado sistema indirecto.

Los primeros años de la década de 1950 (1952-1955) fueron testimonio de la aparición de acciones ejecutadas por terroristas, conocidos de manera general como Mau Mau. Sus componentes eran integrantes de la tribu kikuyu, y su nacimiento parecía haber estado mucho más relacionado con tensiones económicas y con temores provocados por discusiones acerca de la propiedad de las tierras que con reivindicaciones políticas. Sus espantosos juramentos, y, en ocasiones, sus atrocidades, extendieron el terror entre la comunidad europea, aunque, de hecho, la mayor parte de tales atrocidades las cometieron tomando como víctimas a jóvenes africanos. Nunca ha quedado claro si Kenyatta tenía alguna clase de relación con el Mau Mau, pero fue arrestado y confinado en la zona norte de la colonia.

Los colonos blancos no podían derrotar al Mau Mau por sí mismos y se vieron obligados a pedir el envío de tropas de refuerzo procedentes de Gran Bretaña. Es posible que John Hatch esté en lo cierto cuando afirma que esta necesidad de pedir tropas británicas acabó finalmente con cualquier pretensión que aún pudiera quedarles a los colonos de que serían capaces de gobernar un Estado independiente (Hatch, 1965, p. 334).

En medio de los problemas que planteaba el Mau Mau en Kenia, entró en vigor otra nueva Constitución, la Lyttleton (por el nombre del ministro de Colonias británico de aquel momento, Oliver Lyttleton). Planteaba un sistema extremadamente complejo diseñado con el fin de permitir que los africanos adquirieran cierta experiencia ministerial. A ella se opusieron duramente los colonos más reaccionarios; pero, al mismo tiempo, Michael Blundell creaba un nuevo partido entre los europeos, el Partido del País Unido, con el objetivo de trabajar en pro de una sociedad que sería multirracial, al tiempo que salvaguardaría los derechos políticos y los derechos sobre la tierra de los europeos.

Pero incluso estas propuestas se vieron abocadas a la ruina. La tendencia del momento se inclinaba con toda firmeza en favor de hacer de Kenia un país africano independiente, aunque la Constitución Macleod, de 1960 (que tomaba también el nombre del secretario colonial del momento, Iain Macleod), reservaba algunos escaños del consejo legislativo a varios grupos minoritarios, incluidos los europeos.

Los africanos habían fundado dos principales partidos políticos: la Unión Nacional Africana de Kenia (KANU), que basaba su fuerza en la participación de las tribus kikuyu y luo y que favorecía, por lo general, un sistema centralizado de gobierno, y la Unión Democrática Africana de Kenia, apoyada por los masai y por un cierto número de tribus de menor población, que hubieran preferido un sistema más federal. El KANU, dirigido por Kenyatta, ganó las elecciones de 1963, las últimas con anterioridad a la independencia, que tuvo lugar el 12 de diciembre de 1963.

Lo mismo que Tanzania con Nyerere, Kenia con Kenyatta comenzó a transformarse en un Estado pacífico, si bien con un sistema de partido único en la práctica. (Oficialmente se convirtió en un Estado de partido único en 1982, tres años después de la muerte de Kenyatta.)

África austral (ambas Rhodesias y Niasalandia)

Rhodesia puede considerarse, de manera singular, la creación de un solo hombre: Cecil John Rhodes. En 1889, enfrentado a una considerable oposición, Rhodes obtuvo una carta real (una *charter*) para la Compañía de la Sudáfrica británica de la que era propietario, con el fin de penetrar en el territorio situado entre el Transvaal y el Estado libre asociado del Congo, territorio que, en un primer momento, se denominó Charterlandia, y, a continuación, Rhodesia del Norte y del Sur, divididas ambas provincias por el río Zambeze. Anteriormente, esa zona había estado bajo control de Lobengula, jefe de los matabele, y, según pudo advertir muy pronto el Ministerio de Colonias británico, había que recelar de las afirmaciones de Rhodes a propósito de la obtención de una jurisdicción del jefe Lobengula, distinta de las concesiones económicas. Pero ante las exigencias presentadas en esa zona por los rivales portugueses y alemanes, el Ministerio de Colonias se inclinó a dejar que las cosas siguieran su cauce. Estaba además casi obsesionado por la necesidad de administrar esos nuevos territorios recientemente conseguidos de la forma menos costosa, y, por ello, se permitió a la Compañía que

continuara controlando Rhodesia del Sur hasta 1923 y Rhodesia del Norte hasta un año después.

Finalmente, cuando la Compañía renunció a sus derechos políticos, Rhodesia del Norte se convirtió en una colonia ordinaria más de la corona; pero la situación se presentaba mucho más complicada en Rhodesia del Sur. En 1923, vivía asentada en ella una considerable cantidad de colonos, que, durante algún tiempo, habían estado haciendo campaña contra el dominio de la Compañía, y, lo mismo que había sucedido con los blancos en Kenia, la mayoría esperaba conseguir el estatus de dominio. En 1923 existía una posibilidad alternativa: llevar a cabo una unión con Sudáfrica, su vecina del sur. Algunos de los habitantes de Rhodesia apoyaban esta solución, pero fue derrotada en referéndum. En lugar de ello, Rhodesia del Sur se convirtió en una «colonia de autogobierno». El problema residía en que esta situación no estaba específicamente contemplada en el derecho constitucional. No era lo mismo que si gozase del estatus de dominio (concepto que, en ese momento, era ya sobradamente conocido), aunque los primeros ministros de Rhodesia asistían a las «conferencias imperiales» que se convocaban cada cuatro años y eran tratados con el mismo rango que a los jefes de gobierno de los dominios. En teoría, el gobierno británico conservaba un cierto control sobre la legislación de Rhodesia y podía vetar cualquier ley que se considerara racialmente discriminatoria; pero la realidad nos dice que nunca ejerció este derecho. En esta época era muy fuerte el prejuicio que defendía que «las gentes del lugar saben muy bien lo que es mejor para ellas», y, en cualquier caso, las relaciones entre las razas parecían tranquilas en Rhodesia. En particular después de la segunda guerra mundial, ese país era presentado ante el mundo como un ejemplo del desarrollo de una sociedad multirracial. Se trataba de una visión muy optimista, pero es bien cierto que la situación era mucho mejor que en Sudáfrica.

Cuando se les pregunta por qué declararon unilateralmente la independencia en 1965, los habitantes blancos de Rhodesia consideran que debería haberse tenido en cuenta el hecho de que, en el período de entreguerras, habían disfruta-

do ya de manera virtual del estatus de dominio. En 1953, y en contra de otra postura más razonada de algunos de ellos, Gran Bretaña les convenció para formar una federación con Rhodesia del Norte y con Niasalandia. Desde el punto de vista económico, esta «Federación centroafricana» tenía cierto sentido. Rhodesia del Sur constituía en ese momento un territorio muy floreciente dedicado a explotar la agricultura (el oro que Rhodes y sus socios habían esperado siempre encontrar allí se había convertido ya en una ilusión), mientras que Rhodesia del Norte poseía grandes recursos minerales, especialmente de cobre. A Niasalandia se la consideraba como demasiado pobre para que pudiera valerse por sí misma. La historia de esta última era muy distinta a la de Rhodesia. En el siglo XIX, las misiones presbiterianas escocesas habían desarrollado allí una gran actividad, y, como resultado de ello, habían formado a los jóvenes mejor preparados de toda el África austral, hasta el punto de ser reclamados en más de medio continente. En 1891 llegó a convertirse en protectorado británico.

La población negra de la región nunca estuvo a favor de la federación, y en Rhodesia del Norte se presentaron serios problemas laborales y con los sindicatos, apareciendo Kenneth Kaunda como la figura más significativa. Lo mismo que Kenyatta, había sido educado en las escuelas misioneras (su padre, el reverendo David Kaunda, era un sacerdote presbiteriano negro), y, lo que era poco frecuente, no había salido al extranjero para recibir parte de su educación.

La situación de Niasalandia rayó en el absurdo. En marzo de 1959 las autoridades europeas declararon un estado de emergencia, después de haber estallado algunos disturbios. Creían que había una conspiración para eliminar a todos los europeos del país, y se envió a un magistrado británico, el juez Devlin (más tarde lord Devlin), para que llevara a cabo una investigación. El informe Devlin descartó la existencia de una «conspiración para el asesinato» como una quimera y criticó con dureza la desproporcionada reacción de las autoridades. También Niasalandia había encontrado ahora su líder negro en la figura del doctor Hastings Banda. Había regresado a su patria en julio de 1958, cuarenta años después

de que se hubiera quedado sin dinero para conseguir una educación superior, primero en Sudáfrica, y, más tarde, en América y Escocia. Se graduó como doctor y pasó muchos años realizando prácticas generales en el Reino Unido.

Al crearse la Federación centroafricana, se incluyó una provisión que obligaba a revisar el tratado en los diez años siguientes. En 1960 se creó una comisión presidida por Walter Monckton. En el informe pertinente se informaba de que cada territorio debería contar con el derecho a separarse del resto. Siguieron tres años de complicadas negociaciones, en las que participaron, en diferentes momentos, Iain Macleod y Reginald Maudling, sucesivos ministros de Colonias, Duncan Sandys, secretario de la Commonwealth (Rhodesia del Sur seguía considerándose a sí misma como un dominio) y el cargo más importante de todos, R. A. Butler, quien tenía una especial responsabilidad en los asuntos de África central. La Federación quedó disuelta el 31 de diciembre de 1963. Niasalandia alcanzó la independencia, bajo el nombre de Malawi, el 6 de julio de 1964; Rhodesia del Norte, como Zambia, el 24 de octubre del mismo año.

La población blanca de Rhodesia del Sur (o simplemente «Rhodesia», según se la denominaba habitualmente) se sintió traicionada y discriminada: si no hubieran entrado a formar parte de la Federación —sostenían— ya hubieran conseguido una independencia virtual. Podríamos decir que el clima de opinión había cambiado radicalmente y el gobierno británico no estaba dispuesto a acordar una independencia formal hasta que hubiera un mandato de mayoría negra. En 1961 entraba en vigor una nueva Constitución que, en el legislativo, concedía a los africanos quince escaños de un total de sesenta y cinco e incorporaba una «declaración de derechos» para los africanos. Pero la corriente general de la política de Rhodesia circulaba ahora en dirección opuesta. Los blancos se desplazaban más y más hacia actitudes similares a las de Sudáfrica, y la aprobación, en 1960, del Acta de mantenimiento de la ley y el orden llevó a la dimisión del jefe del Tribunal Supremo, el liberal sir Robert Tredgold.

También en Rhodesia había ido creciendo un movimiento nacionalista africano. El padre fundador del nacionalismo

negro de Rhodesia fue Joshua Nkomo, pero en 1963 su Congreso Nacional Africano se escindió en dos. Nkomo continuó liderando la Unión del Pueblo Africano de Zimbabwe, pero el reverendo Ndabaningi Sithole había fundado una nueva agrupación, mucho más radical, la Unión Nacional Africana de Zimbabwe (ZANU). Zimbabwe era el nombre del imperio africano que en tiempos pretéritos había dominado la región, con la capital situada en Great Zimbabwe, cuyas ruinas se pueden ver todavía hoy, y la reivindicación del nombre de *Zimbabwe* tenía su paralelo en el uso del nombre de *Ghana* en el África occidental. La división en las filas de los nacionalistas africanos contribuyó a que los blancos rhodesianos defendieran que un dominio de mayoría negra conduciría a la clase de lucha fratricida que había devastado el vecino país de Zaire (el antiguo Congo Belga) desde que, en 1960, consiguiera la independencia (véase p. 127).

El 11 de noviembre de 1965, un gobierno rhodesiano blanco, encabezado por Ian Smith, proclamó su famosa declaración unilateral de independencia. En Londres, el gobierno laborista de Harold Wilson quedó completamente desconcertado. Rechazada la intervención militar por impracticable, los británicos se decantaron por las sanciones económicas a fin de obligar a los rhodesianos a claudicar. En una frase que más tarde se arrepentiría de haber pronunciado, Wilson aseguró ante el mundo que las sanciones serían efectivas no en meses, sino en algunas semanas. De hecho, esas sanciones demostrarían ser completamente ineficaces, sobre todo porque eran quebrantadas por dos de los vecinos de Rhodesia, Sudáfrica y Mozambique, esta última todavía colonia portuguesa en ese momento. Sería el hundimiento del imperio portugués y la decisión sudafricana en los foros internacionales de no continuar apuntalando el régimen rhodesiano (mucho más que la guerra de guerrillas que los nacionalistas negros continuaban cada vez con mayor intensidad) lo que obligaría al gobierno blanco de Rhodesia a claudicar en diciembre de 1979, para convertirse temporalmente de nuevo en colonia británica. En febrero de 1980 se celebraron elecciones por sufragio universal, y la independencia legal le fue concedida al territorio el 18 de abril del mismo año.

Las elecciones no presagiaron ya nada bueno para el futuro, puesto que el electorado se dividió siguiendo con claridad la línea marcada por la pertenencia a la tribu. Aunque la escisión de 1963 no había ocurrido por razones tribales, la mayor parte del pueblo de habla shona votó ahora por el ZANU, dirigido en este momento por Robert Mugabe; la minoría ndebele (matabele) del sur y del oeste del país continuó apoyando a Joshua Nkomo.

CAPÍTULO 3

EL IMPERIO BRITÁNICO: OTROS ENCLAVES

El Caribe

Se suponía que la mayor parte de las antiguas colonias británicas de África, con la posible única excepción de Gambia, podían ser viables como naciones-Estado independientes, tanto desde el punto de vista económico como desde el político. Se dudaba, sin embargo, que ocurriera lo mismo con la mayoría de las islas que formaban las Indias occidentales británicas (y entre las que incluimos a propósito Bermudas y las Bahamas), a pesar del hecho de que algunas de ellas, como es el caso de Jamaica, constituían antiguas colonias con una larga historia de desarrollo constitucional. Con el fin de continuar el proceso de independencia se llevaron a cabo varias actuaciones experimentales.

Parry y Sherlock identifican tres décadas cruciales en la historia de las Indias occidentales: la «década de la libertad», en los diez años que siguieron al 1830, momento de la emancipación de los esclavos a lo largo y a lo ancho de todo el imperio británico; la «década de la liberación», en los años 1930, cuando la gente comenzó a rechazar las actitudes tradicionales; y la «década de la independencia», a partir de 1960, que fue testimonio del hundimiento del imperio británico en el Caribe (Parry y Sherlock, 1971, p. 299).

El cambio de posiciones ocurrido en la década de 1930 estuvo estrechamente vinculado con la crisis económica y con los intentos de diferentes grupos por organizarse para hacerle frente. Después de 1929, el precio del azúcar, princi-

pal producto de las Indias occidentales británicas, se hundió de manera catastrófica. También tuvieron que enfrentarse a serias dificultades los cultivadores de bananas de Jamaica; debemos recordar que este producto constituía la principal exportación de la isla. Los productores respondieron creando cooperativas, y, en el mismo año de 1929, se fundó en Jamaica la Asociación de productores bananeros. Agrupaciones parecidas fueron apareciendo, por ejemplo, entre los productores de nuez moscada de Granada o los de cítricos de Trinidad y Jamaica. De esta manera, en un principio los productores incrementaron de forma considerable su capacidad de negociación. No obstante, la crisis económica provocaría también la aparición de serios disturbios entre los trabajadores del azúcar y en algunos otros grupos, entre 1935 y 1938, y, por vez primera, los sindicatos de las islas se convirtieron en organizaciones de peso. De las filas del sindicalismo surgiría un buen número de políticos importantes, entre ellos Norman Manley y W. A. Bustamante (después sir Alexander Bustamante), en Jamaica, o Grantley Adams, en Barbados. Unido todo ello a un creciente sentimiento de identidad racial, reforzado por hombres como Marcus Garvey, las Indias occidentales, ya con anterioridad a la segunda guerra mundial, comenzaron a desarrollar sentimientos de pertenencia a la misma comunidad y deseos de independencia, que aumentarían durante la guerra, aunque en esa época se mitigaron algunos de los problemas económicos de la zona.

La posibilidad de crear una federación de todas las Indias occidentales británicas, con la que algunos habían estado soñando durante años, comenzó a parecer una propuesta práctica en 1947, cuando una conferencia reunida en Montego Bay votó en principio en favor de la formación de una federación, al tiempo que creaba un comité para redactar un borrador de Constitución, que estuvo acabado, finalmente, en 1953. Se tenía la esperanza de que los dos principales territorios británicos en el continente, la Guayana y Honduras, se unieran a la federación, pero declinaron la invitación por diferentes razones, entre ellas el temor a verse obligadas a subvencionar a las islas más pobres. A pesar de todo, la federación comenzó a ejercer como tal en 1958. Duró aproximadamente tres años.

Las islas se encontraban diseminadas a lo largo de miles de kilómetros de mar, y los sentimientos particularistas de cada isla demostraron ser mucho más fuertes que el atractivo de una federación bastante nebulosa. Las dos islas más extensas, Jamaica y Trinidad, que gozaban ambas de una relativa prosperidad, comenzaron a considerar a las más pequeñas como un auténtico lastre para ellas, y, en un referéndum que tuvo lugar en 1961 en Jamaica, se votó mayoritariamente a favor de la secesión. En agosto de 1962, tanto Jamaica como Trinidad (junto con Tobago) declararon la independencia.

Seguía en el candelero el problema de qué hacer con las islas más pequeñas. Se intentaron, y se abandonaron, diferentes modalidades de federación más limitada. Barbados se independizó en 1966; y un año más tarde, en 1967, Antigua, Dominica, Granada, St. Kitts, Nevis, Anguila y Santa Lucía (y poco después San Vicente) se unieron a Gran Bretaña como «Estados asociados», lo que significaba que contarían con un autogobierno interior, pero Gran Bretaña seguiría conservando la responsabilidad en defensa y asuntos exteriores. No obstante, ni siquiera esta modalidad se consideró satisfactoria por mucho tiempo, y, a pesar de su tamaño extremadamente pequeño, todas ellas, excepto una, optarían por la independencia completa: Granada, en 1974; Dominica, en 1978; Santa Lucía y San Vicente, en 1979; Antigua, en 1981, y St. Kitts-Nevis, en 1983. La vaciedad de significado del estatus de nación independiente cuando se trata de unidades territoriales tan diminutas quedó desgraciadamente demostrado ante el mundo con la intervención de Estados Unidos en Granada, en 1983, que siguió al intento de golpe de Estado que acabaría con el asesinato del primer ministro, Maurice Bishop.

En el continente, la Guayana británica se independizó con el nombre de Guyana el 26 de mayo de 1966. La concesión de la independencia a la Honduras británica (Belize a partir de 1973) se demoró durante algún tiempo por la inseguridad provocada por el largo contencioso fronterizo mantenido por la colonia con la vecina Guatemala. En más de una ocasión, los hondureños habían pedido el apoyo de las tropas británicas. A pesar de todo, la independencia fue concedida el 21 de septiembre de 1981.

Desde un estricto punto de vista geográfico, Bahamas no forma parte del Caribe, pero su camino hacia la independencia fue básicamente idéntico al de las islas de ese mar. De forma un tanto curiosa, su prosperidad comenzó en el período de entreguerras, al proporcionar una base muy adecuada para la realización de operaciones de contrabando en la época de la prohibición en Estados Unidos. Durante la guerra, su cotización siguió al alza al proporcionar todo tipo de facilidades para la ubicación de bases aéreas; y ya en la posguerra, el turismo ha continuado potenciando esa ascensión. Consiguieron la independencia el 10 de julio de 1973.

Bermudas cuenta, desde 1968, con un autogobierno interno, pero continúa siendo una dependencia británica.

El Mediterráneo

Gran Bretaña fue consiguiendo un cierto número de posesiones en el Mediterráneo debido a los conflictos navales que sostuvo con otras potencias europeas, especialmente con Francia. Algunas de ellas, como Menorca (devuelta a España en 1782), hace mucho tiempo que han dejado de ser británicas.

Malta, tomada a los franceses, quienes, a su vez, se la habían arrebatado a los caballeros de la orden de San Juan durante las guerras napoleónicas, constituyó todavía una importante base británica durante la segunda guerra mundial. Según nos recuerda Colin Cross (1968, p. 355), los malteses han mantenido siempre una relación de amor-odio con los británicos. En realidad, en 1814 decidieron seguir siendo británicos. En 1955, el gobierno británico sugirió que Malta debería ser tratada como una parte del Reino Unido y que debía enviar diputados a Westminster. Esta postura rompía por completo con la tendencia habitual de la política británica, que se había caracterizado siempre por la devolución de territorios y no por la centralización en Westminster. No obstante, la propuesta no fue aceptada por un estrecho margen, a causa principalmente de que el gobierno británico se consideraba incapaz de poder asumir los gastos que supondría extender el Estado de bienestar británico a Malta. La isla alcanzaría la independencia en 1964.

Chipre fue adquirida mediante un contrato con el sultán de Turquía, en 1878, en la época del congreso de Berlín; se creyó que constituiría una base naval avanzada en el Mediterráneo oriental para defender la boca norte del canal de Suez, que se había abierto en 1869. No obstante, su uso como base naval se demostró muy poco útil puesto que no contaba con un puerto adecuado de aguas profundas, aunque, posteriormente, adquiriría importancia como base aérea. Cuando, en agosto de 1914, Turquía le declaró la guerra a Gran Bretaña, Chipre cambió su estatus por el de colonia, y sería una de las escasas posesiones que Gran Bretaña luchó por retener después de la segunda guerra mundial.

Por esa misma causa, Chipre le procuraría a Gran Bretaña un problema tan difícil de resolver como el de Irlanda, puesto que aquella isla mediterránea contaba con dos comunidades, mayoritaria la una, minoritaria la otra, que eran enemigas hereditarias: la comunidad griega suponía un 80 por ciento de la población total; la turca, el 20 por ciento restante. La población griega era partidaria de la enosis, de la unión con Grecia, y en 1950 Mijail Mouskos, obispo de Kitium, fue nombrado arzobispo de Chipre, tomando el nombre de Makarios III. Fue él quien proporcionó al movimiento de la enosis un liderazgo político caracterizado por su extremada astucia. En 1956, los británicos le exiliaron a las islas Seychelles, pero siguió conservando su influencia. En el interior de Chipre, el coronel Grivas, un chipriota que había servido en el ejército griego, se dedicó a intensificar su campaña de guerrillas. Los británicos fueron enviando tropas y más tropas a Chipre, esperando derrotar a Grivas, de la misma manera en que Templer había acabado con las guerrillas comunistas en Malaya, pero no parecían contar con que la situación era por completo diferente: aquí, la mayoría de la población chipriota estaba a favor de Grivas. En julio de 1954, un representante del Ministerio de Colonias afirmó de manera imprudente que Chipre no podía, en ningún caso, albergar la esperanza de alcanzar la independencia; sin embargo, el entonces primer ministro británico, Harold Macmillan, sabía

muy bien cuándo había sido derrotado. Aunque le costó la renuncia al cargo de ministro de lord Salisbury, ordenó la liberación de Makarios en marzo de 1957. Después de mantener intensas negociaciones con los mandatarios de Grecia y de Turquía, además de con los chipriotas, Chipre consiguió la independencia en agosto de 1960.

La dimisión de Salisbury señaló un decisivo momento de cambio en la política imperial británica. Igual que Churchill, también él se había opuesto con firmeza a la disolución del imperio. En aquel momento se consideraba a Salisbury como el auténtico «fabricante de reyes» en el seno del Partido Conservador, y se admite por lo general que había sido su influencia la que le había asegurado a Harold Macmillan (en lugar de a R. A. Butler) la sucesión de Anthony Eden como primer ministro algunos meses antes. Pero la dimisión de Salisbury no atrajo excesivos apoyos. Ni siquiera en el Partido Conservador, la consigna «el imperio en peligro» servía ya de elemento aglutinador.

La opinión pública británica se encontraba completamente desilusionada por el fracaso de la intervención en Suez el año anterior. En 1882, tropas británicas habían ocupado Egipto, con la intención fundamental de salvaguardar el canal de Suez, elemento vital en la red de comunicaciones entre Gran Bretaña y el imperio indio. El gobierno de Gladstone había insistido en que se trataba únicamente de una «operación de policía» y que el ejército abandonaría el lugar tan pronto como restableciese el orden. La retirada se fue demorando, primero a causa de la campaña de El Mahdi en Sudán, y, después, por el temor a que, si los británicos abandonaban aquel territorio, alguna otra gran potencia viniera a ocupar su lugar. Gran Bretaña no regularizó su posición en Egipto, de acuerdo con el derecho internacional, hasta la primera guerra mundial en que Egipto se convirtió en protectorado británico. De una manera puramente formal, ese estatus de protectorado acabaría el año 1922, pero Gran Bretaña conservó poderes muy considerables de intervención, sobre todo para cubrir las necesidades de la defensa de Egipto. Hubo que esperar hasta marzo de 1956 para que todas las tropas británicas abandonaran el país. Sudán se independizó a principios de ese mismo año.

En julio de 1956, el presidente egipcio, coronel Nasser, anunció la nacionalización del canal de Suez. Tanto Gran Bretaña como Francia mostraron su hostilidad a esta postura, pero no dejaba de ser difícil defender que se tratara de una actuación ilegal, al menos en tanto en cuanto Egipto observara la convención de 1888, permitiendo el paso de todos los navíos por el canal. De hecho, los egipcios habían prevenido a los cargueros israelitas para que no pasaran por él desde 1948, basándose en el hecho de que, de acuerdo con otros países árabes, no reconocían el Estado de Israel. Después de que fracasaran diversas intentonas de mediación internacional, en noviembre de 1956 Gran Bretaña y Francia desencadenaron una acción militar, con el pretexto de evitar un choque entre israelitas y egipcios, pero, de hecho, en connivencia con el propio Estado de Israel. El primer ministro británico, Anthony Eden, estaba influido por sus recuerdos de la teoría del «apaciguamiento» de la década de 1930, y obsesionado por la idea de que a Hitler se le debían haber parado mucho antes los pies en su agresiva carrera. Pero el resto del mundo no contemplaba a Nasser como un nuevo Hitler, y la opinión pública británica quedó profundamente dividida. Las dos superpotencias, Rusia y Estados Unidos, dejaron muy claro que consideraban la acción anglofrancesa como algo intolerable. Sin haber conseguido nada, las fuerzas de intervención franco-británicas se retiraron en diciembre.

No deja de ser curiosamente irónico que Gran Bretaña se embarcara en la aventura de Suez como aliado de Israel. En 1919 se había convertido en la potencia mandataria de Palestina, y dos años antes el ministro de Asuntos Exteriores británico, Arthur Balfour, había publicado la famosa declaración que lleva su nombre:

> El gobierno de su majestad considera positivo el establecimiento en Palestina de una patria para el pueblo judío y comprometerá todos sus esfuerzos en facilitar este objetivo, quedando no obstante bien entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina.

Por supuesto, se trataba de un imposible. La tierra que se pretendía entregar a los judíos estaba ya ocupada por los palestinos. A lo largo de los siguientes treinta años Gran Bretaña tuvo que vivir pagando las consecuencias de la declaración Balfour. En el período de entreguerras, los británicos, no siempre con éxito, trataron de permitir un flujo controlado de entrada de inmigrantes judíos en el país. Después de la segunda guerra mundial, la presión aumentó de manera inevitable. Los judíos que habían sobrevivido a las persecuciones de Hitler, reuniéndose en grupos cada vez mayores y procedentes de todo el mundo, estaban decididos a crear un Estado judío en Palestina. Los británicos trataron todavía de mantener las puertas de entrada a Palestina medio cerradas, pero la voladura del hotel Rey David de Jerusalén por un grupo terrorista judío, el Irgun, que provocó numerosas víctimas civiles, golpeó con dureza a una opinión pública británica mucho menos acostumbrada a las acciones terroristas de lo que llegaría a estarlo una generación después. Además, la actitud de Estados Unidos tuvo una influencia aún mayor que la del terrorismo. El gobierno estadounidense, que no dejaba al margen consideraciones de tipo electoralista —pues el voto judío era vital en algunos estados clave, como el de Nueva York—, simpatizaba con las aspiraciones judías. La actitud de los norteamericanos había ya desempeñado cierto papel para persuadir a los británicos a abandonar la India, e insistieron mucho más para convencerles de que dejaran Palestina. Los británicos anunciaron que, pasara lo que pasase, se irían en junio de 1948. Las fronteras de Israel permanecen sin definir incluso después de haber mantenido toda una serie de guerras contra sus vecinos.

Las otras «hijas»

En 1829, la radical *Westminster Review*, refiriéndose a uno de sus temas favoritos que «tenía tanta relación con las colonias como con los niños», opinaba que los hijos debían enfrentarse al mundo de manera natural, por su propia cuenta, y que, si era posible, ese abandono del entorno familiar debía ser amistoso; pero había también algunos «niños enfermizos» e «hijas solteronas» que debían permanecer en el hogar paterno. Si el espíritu de ese articulista hubiese regresado a la tierra en la década de 1980, podía haber comprobado que su análisis era aún correcto.

En esa década de 1980, Gran Bretaña se ha quedado con algunas colonias, sobre todo islas, demasiado pequeñas en extensión como para alcanzar los niveles que les permitirían convertirse en naciones independientes. En ciertos casos, los opositores a la política británica podrían afirmar que ellas son aún «hijas solteronas», porque Gran Bretaña ha declinado proporcionarles unos esposos evidentes. España ha sentido desde hace mucho tiempo que le asiste un derecho legítimo sobre Gibraltar, pero los gibraltareños han expresado, mediante un referéndum, la determinación de continuar siendo británicos. Le hubiera sido muy difícil a Gran Bretaña haber entregado Gibraltar al gobierno fascista del general Franco, sobre todo después de la segunda guerra mundial, en la que Franco siempre fue visto por la mayoría de los ciudadanos como un aliado de Hitler. A la muerte del dictador español, las posiciones estaban enquistadas desde hacía tanto tiempo que no era fácil abandonarlas.

Las islas Falkland (las Malvinas para los argentinos) se encuentran en una posición bastante parecida. Ocupadas porque se pensó, erróneamente, que constituirían un enclave estratégico en la ruta que bordeaba el cabo de Hornos, a finales del siglo XX se han convertido en un auténtico anacronismo. El punto de vista del Ministerio de Asuntos Exteriores consistente en que deberían ser transferidas a Argentina, país del que dependen estrechamente en el capítulo de servicios, era de un sentido común obvio. Por desgracia, realizar esa transferencia cuando la propia Argentina se encontraba sometida al control de un régimen militar de extrema derecha, era política y moralmente imposible. El intento del general Galtieri de ocupar las islas por la fuerza, en 1982, ha excluido esa entrega, que previsiblemente no se tomará en consideración en un futuro inmediato.

Hong Kong, ocupada en 1842 a finales de la guerra del Opio, se encuentra en una posición ligeramente diferente, en

tanto que «los territorios del continente» ocupados a los chinos por un contrato de arriendo en 1898, sin los cuales la isla de Hong Kong no tiene posibilidad alguna de subsistir por sí misma, deben ser retornados a China en 1997. Era evidente que tratar de retener a Hong Kong por la fuerza no constituía una propuesta práctica, y en 1984 el gobierno británico negoció con Pekín los términos según los cuales el asentamiento entero deberá ser devuelto a China.

Algunas otras posesiones británicas se encuentran sin pretendientes a la vista. Anguila, Montserrat, la isla de Ascensión, Santa Elena, las islas Caimán, las islas Vírgenes y algunas otras continúan siendo dependencias británicas.

CAPÍTULO 4

LA COMMONWEALTH

En diciembre de 1946, Winston Churchill, volviéndose hacia el primer ministro, Clement Attlee, en la Cámara de los Comunes, afirmó con voz poderosa:

> Se ha dicho que, en los tiempos de la excelente administración de lord Chatham, uno tenía que levantarse muy pronto cada mañana para no perderse ninguna de las adquisiciones y conquistas de territorios que eran entonces tan características de nuestra fortuna. La no menos memorable administración del muy honorable caballero situado ante mí se distingue por el conjunto opuesto de experiencias. Parece que el imperio británico se está diluyendo casi tan rápido como los empréstitos americanos (citado en Bennett, 1962, p. 422).

Pero la mayor parte de las naciones de reciente independencia eligieron permanecer en el seno de la Comunidad Británica de Naciones, la Commonwealth. (La palabra *británica* no se eliminó hasta 1965.) La decisión tanto de la India como de Pakistán de continuar siendo miembros, en 1947, provocó en Londres cierta sorpresa, y alegría. Si dejamos aparte algunos territorios en régimen de mandato, las únicas excepciones importantes fueron Birmania, Sudán y Adén (que se convirtió en parte de la República Popular de Yemen del Sur en 1967). Algunos la abandonarían después de haber formado parte de ella, siendo los casos más notables el de Sudáfrica, en 1961 (véase p. 101), y Pakistán, en 1971, en el momento en que otros miembros de la Commonwealth reconocieron el nuevo Estado de Bangladesh (anteriormente Pakistán oriental), después de su sece-

sión del Pakistán occidental. Bangladesh continuó en el seno de la organización.

La cuestión de la permanencia o no en la Commonwealth dividió a los nacionalistas indios en las décadas de 1920 y 1930. En conjunto, la primera generación de nacionalistas africanos la había considerado como algo deseable (véase, por ejemplo, Awolowo, 1947, pp. 27-29); pero el problema que se planteaba era si «el club del hombre blanco» podía ampliarse hasta convertirse en una agrupación internacional multirracial.

El período de entreguerras significó el apogeo del estatus de dominio. La definición clásica de la relación existente entre Gran Bretaña y sus, en aquella época, dominios, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica, nos la proporcionó la declaración Balfour, de 1926, cuando afirmaba:

> Son comunidades autónomas en el interior del imperio británico, iguales en estatus, ninguna de ellas subordinada a otra por lo que se refiere a sus asuntos de política interior o exterior, aunque unidas por una fidelidad común a la corona, y asociadas libremente como miembros de la Comunidad Británica de Naciones (citado en Keith, 1961, p. 161).

Esta situación adquiriría realidad legal por el estatuto de Westminster de 1931. El problema residía en que, como ya reconocía el propio informe Balfour, la cohesión entre estos países, tan diseminados geográficamente, dependía en último término de la participación en una herencia común y en unas perspectivas de futuro también comunes.

Otro problema, éste comparativamente menor, consistía en que el informe Balfour había definido a los miembros de la Commonwealth como «unidos por una fidelidad común a la corona», y eso parecía implicar que una república no podía llegar a ser miembro; y desde un punto de vista técnico, Irlanda se apoyó en esa base para abandonar la comunidad en 1949 (Mansergh, 1958, pp. 265-304). Sin embargo, en ese momento había ya otros países que deseaban convertirse en repúblicas, pero que, a su vez, querían proseguir perteneciendo a la Commonwealth, como es el caso, en especial, de la

India y Pakistán. En abril se encontró una fórmula de compromiso que simplemente describía al rey (Jorge VI) como «jefe de la Commonwealth» y a la corona como «el símbolo de la libre asociación de Estados miembros independientes». Se consideró que esta fórmula era bastante compatible con el hecho de que la India se convirtiera en república en 1950. En la década de 1960 se observó como muy normal que una antigua colonia se convirtiera en república, si no inmediatamente, sí algunos años después de alcanzar la independencia. No obstante, se fue abriendo paso una convención, según la cual un Estado, al convertirse en república, debía pedir la aprobación del resto de los países de la Commonwealth para seguir perteneciendo a la organización. Cuando, en 1961, la Unión Sudafricana (que se encontraba ya sometida a fuertes presiones internacionales por su política de discriminación racial —el *apartheid*— y por el tratamiento que estaba infligiendo a Namibia —la antigua África sudoccidental alemana—, territorio que, en otro tiempo, había constituido un mandato dependiente de ella) se convirtió en una república, decidió no continuar como miembro de la comunidad. Su abandono constituyó un auténtico respiro para otros países de la Commonwealth, y, en especial, para Gran Bretaña, que no deseaba seguir ni un día más siendo considerada de alguna forma responsable de la posición de Sudáfrica.

La primera conferencia colonial tuvo lugar en 1887. Se trató de una reunión más o menos informal de varios estadistas procedentes de las colonias, que se encontraban en Londres con motivo de la celebración del cincuenta aniversario de la ascensión al trono de la reina Victoria. La siguiente no se convocó hasta 1897, en ocasión del sesenta aniversario. A partir de 1907 la conferencia se convirtió en un encuentro regular que tenía lugar cada cuatro años, y a la que asistían los primeros ministros de los dominios. Otros ministros, sobre todo los de finanzas, se reunían también con relativa frecuencia. Se realizaron proyectos favorables a una federación imperial, escasamente populares en los últimos tiempos de la reina Victoria, que fracasaron por la diversidad y la naturaleza dispersa del imperio; pero, cuando menos, pareció alcanzarse un satisfactorio grado de cooperación.

Muchos fueron quienes dudaron de que estos convenios sobrevivieran a la segunda guerra mundial y al rápido período de descolonización que la siguió. La administración central del imperio en Londres cambió rápidamente. En 1967 quedó abolido el Ministerio de Colonias, y el de Dominios se convirtió, en 1947, en el Ministerio para las Relaciones con la Commonwealth y, finalmente, quedó absorbido, en 1969, por el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Pero como señalaba un —bastante sorprendido— titular del diario *The Observer* en 1969: «La Commonwealth sobrevive a las esquelas mortuorias.» Se siguieron convocando encuentros regulares de los jefes de gobierno de la Commonwealth. Los primeros ministros de la Comunidad Británica de Naciones se reunieron, por primera vez fuera de Londres, en Lagos, en 1966, para tratar el problema de Rhodesia. Existe una prueba evidente de hasta qué punto la Commonwealth no era un organismo que se contemplara ya como específicamente «británico»: en 1965, dos países, Ghana y Tanzania, rompieron durante un tiempo sus relaciones diplomáticas con Gran Bretaña, debido a lo que consideraron una respuesta insatisfactoria a la situación de Rhodesia, pero no se sintieron obligados a abandonar la Commonwealth. Los encuentros de los jefes de gobierno de la organización pasaron a convocarse cada dos años.

Dos problemas han creado tensiones a propósito de la continuidad de la Commonwealth. El primero de ellos lo constituye la cuestión de la ciudadanía común, que había provocado escasos conflictos en la época de la reina Victoria. Exceptuando algunas «personas protegidas» de los protectorados británicos, todos eran súbditos de la reina, y, en consecuencia, se podían desplazar por todo el imperio con entera libertad. Pero ya con anterioridad a la primera guerra mundial, los australianos impusieron restricciones a las inmigraciones de gentes procedentes de las zonas asiáticas del imperio, decisión que provocó dificultades en las conferencias coloniales. Cuando en el período de entreguerras los dominios se fueron haciendo cada vez más conscientes de su propia pertenencia a una nación, comenzaron también a definir con mucho más rigor a sus ciudadanos. La ciudadanía del Reino Unido no fue definida hasta 1948, y no existieron barreras a la entrada de otros ciudadanos de la Commonwealth hasta 1962. En la actualidad, todas las naciones miembros de la Commonwealth tienden a considerar a los ciudadanos de otras naciones miembros de manera muy parecida a como tratan a los de cualquier otra nación extranjera.

El segundo de los problemas apareció con el desarrollo de otras organizaciones internacionales que, en ocasiones, podían entrar en conflicto con la idea de la existencia de una lealtad anterior a la Commonwealth. Todos los miembros de ésta eran también miembros de las Naciones Unidas. Algunos Estados socios de la Commonwealth se unieron al bloque afroasiático creado en Bandung en 1955; otros lo hicieron a la Organización para la Unidad Africana, establecida en Addis Ababa, en 1963. La propia Gran Bretaña ingresó en 1949 en la OTAN, alianza defensiva que solamente incluía a otro país miembro de la Commonwealth, Canadá. Y todavía reviste mayor importancia el ingreso, después de muchas dudas y rechazos, de Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea, en 1973. Aunque ha negociado algunas concesiones para sus antiguos socios comerciales de la Commonwealth (de la misma manera que lo habían hecho los franceses con los miembros de la Comunidad francesa), está claro que el compromiso económico fundamental de Gran Bretaña pasa ahora por Europa.

CAPÍTULO 5

EL IMPERIO FRANCÉS

En el siglo XX, el británico era con mucho el mayor de los imperios marítimos europeos, y, según estaban siempre dispuestos a afirmar sus admiradores, englobaba a una cuarta parte de la población mundial. El siguiente en importancia era el francés, centrado fundamentalmente en África. En el momento de su máxima extensión controlaba la tercera parte del continente africano, aunque una buena parte la constituía el desierto del Sáhara, «un terreno muy flojo, según creo», como señaló en una ocasión el primer ministro británico, lord Salisbury. El otro centro de gravedad del imperio francés estaba en Indochina.

Ya en el siglo XVIII, los franceses habían perdido la mayor parte de su primer imperio, en Canadá y la India, en beneficio de los británicos, aunque habían sobrevivido algunos de los restos del naufragio de aquél, por ejemplo, en las Indias occidentales. Adquirieron su segundo imperio principalmente después de 1871, estimulados, en parte, por la derrota en la guerra franco-prusiana. La política francesa se había movido siempre inmersa en el conflicto existente entre quienes pensaban que el verdadero destino y la grandeza de Francia estaban en Europa, y que las aventuras ultramarinas constituían una distracción peligrosa, y aquellos otros para quienes Francia debía convertirse en una potencia mundial con el fin de dejar bien claro ese estatus de gran potencia que le pertenecía fuera de toda duda. A pesar de las quejas de quienes creían que los colonos estaban haciendo el juego que más deseaba Bismarck, el imperio francés se fue extendiendo de manera constante en la época del nuevo imperialismo. Final-

mente, la derrota en otra guerra, esta vez en 1940, iba a ser fatal para la conservación de ese imperio francés, aunque después de la segunda guerra mundial, y al contrario que los británicos, los franceses estaban dispuestos a luchar para conservarlo.

Esto último constituye un claro reflejo de la tendencia tan diferente que seguía la política imperial francesa. De hecho, a comienzos del siglo XX, los franceses no se referían oficialmente a su «imperio» (Gifford y Louis, 1971, p. 544), en buena medida porque un término que recordaba a los Bonaparte no era del agrado de los buenos republicanos. De manera muy significativa, por tanto, los franceses preferían denominarlo «la Francia de ultramar»; y por mucho que los administradores coloniales de la metrópoli pudieran quedar impresionados por la diferencia en las condiciones existentes incluso entre una colonia africana y su vecina, la asimilación, ideal de su política ultramarina, nunca llegó a morir del todo (*ibid.*, pp. 545-546). La «misión civilizadora» era algo real en la política francesa y había echado profundas raíces ya en la filosofía del siglo XVIII. Cuando Montesquieu, Voltaire, Rousseau o Diderot se propusieron establecer las leyes que habrían de gobernar la sociedad humana, estaban convencidos de descubrir leyes universales, comparables a las leyes de la física que gobiernan el mundo de la naturaleza, y que podían, por tanto, aplicarse a cualquier sociedad. No contemplaban leyes diferentes para franceses, alemanes, senegaleses o chinos. Como resultado, los franceses, al contrario que los británicos, no tuvieron apenas reparos en el momento de cambiar la cultura o la administración de otros pueblos, si bien, y por razones de práctica política, se vieron obligados a adoptar algo no muy distinto a la fórmula del «gobierno indirecto». Posiblemente sería necesario conservar a los jefes naturales, pero, entonces, acostumbraban denominarlos «subadministradores».

La breve experiencia de la Segunda República, de 1848 a 1852, significó la concesión de la ciudadanía francesa plena a los habitantes de las «antiguas colonias»: Martinica, Guadalupe, Reunión, la vieja colonia del Senegal y algunos otros territorios pequeños; ese privilegio les permitía enviar diputados a

París, pero fue eliminado por el Segundo Imperio (si bien volvería a ser restaurado en septiembre de 1870). La representación de las colonias francesas en el senado o en la cámara de diputados bajo la Tercera República era sencillamente un producto del azar: la posibilidad de que una colonia contara con algún representante, el número de representantes que podía enviar y la manera en que habían de ser elegidos, variaba dependiendo de determinadas circunstancias históricas. Su presencia en las cámaras se resentía, en particular en una época de gobiernos minoritarios y de mayorías especialmente frágiles. En cierta ocasión, un representante de Cochinchina consiguió hacer caer un gabinete por el recurso de presentar una moción sobre la alcaldía de París (Roberts, 1963, p. 79). No obstante, la mayoría de estos diputados eran franceses residentes en las colonias, a los que se les añadían algunos *creoles* (mestizos). Blaise Diagne fue el primer africano negro elegido para representar a Senegal, y en una fecha tan tardía como 1914 (July, 1968, pp. 392-404).

Tanto desde un punto de vista económico como desde el político, tradicionalmente la organización del imperio francés se había caracterizado por mantener un control mucho más rígido que la del británico. Aquel extremado rigor del «pacto colonial», con el que Francia había controlado hasta los detalles más nimios del comercio de sus colonias, había finalizado en 1868; pero en la década de 1880 se habían implantado de nuevo tarifas proteccionistas, y la tarifa Méline, que se introdujo en 1892, permaneció en vigor hasta la segunda guerra mundial.

En 1940, Francia firmó la paz con la Alemania de Adolfo Hitler. Una parte de Francia, en la que se incluía París, permaneció bajo ocupación alemana al tiempo que se instalaba en Vichy un gobierno francés. De una manera inevitable, la derrota de Francia provocó la misma clase de impacto psicológico en las colonias francesas que el que la derrota de España por Francia, durante las guerras napoleónicas, había tenido sobre el imperio americano del país ibérico. Lo mismo que le sucede a un personaje tan excesivamente obeso que cuando cae es ya incapaz de levantarse sin ayuda, el prestigio de la madre patria quedó hecho añicos y pareció que sería ya

imposible recuperarlo de nuevo. Pero, además, la segunda guerra mundial le trajo al imperio francés toda una serie de complicaciones añadidas. Quienes continuaban luchando contra Hitler no reconocían la legitimidad de la jurisdicción del gobierno de Vichy sobre las colonias, y el general De Gaulle había conseguido el control del África ecuatorial francesa por la Francia Libre. Durante algún tiempo Vichy tuvo en sus manos el dominio del África del Norte y la occidental, así como la isla de Madagascar, pero ese primer territorio se convirtió muy pronto en un campo de batalla entre los británicos (ayudados después por los norteamericanos) y los alemanes. En 1942-1943, las fuerzas angloamericanas expulsaron a Alemania y a sus aliados del norte de África. En la otra parte del mundo, y como resultado de un acuerdo firmado entre Vichy y Tokio, la Indochina francesa estuvo ocupada por los japoneses entre 1941 y 1945.

En 1946, la Cuarta República francesa sustituyó a la Tercera. La nueva Constitución contemplaba lo que se consideraba que sería el nuevo convenio en el que se basaría la existencia del imperio ultramarino francés: la Francia metropolitana, los Departamentos de Ultramar aún existentes (Argelia, las colonias del Caribe, St. Pierre y Miquelon y Reunión) y los Territorios de Ultramar (el África occidental y ecuatorial, Madagascar y las islas del Pacífico) constituirían la Unión francesa. Aquellos otros países de características peculiares en exceso como para ser incluidos en la Unión, es decir, Indochina y los «protectorados» de Marruecos y Túnez, se convertirían en «Estados asociados», disponiendo de autonomía en sus asuntos internos, pero con una Francia que ejercía aún el control sobre la política exterior.

Todos los habitantes de la Unión se convertirían en ciudadanos franceses con idénticos derechos civiles, quedando abolida así la distinción entre *citoyens* («ciudadanos») y *sujets* («súbditos») de los territorios de ultramar. Con anterioridad, estos últimos no sólo no habían disfrutado de derechos civiles completos, sino que, en ocasiones, estaban sujetos al pago de contribuciones especiales tales como la obligación de prestar determinados servicios en trabajo.

A pesar de la aparición de numerosas tensiones, la Unión

francesa se mantuvo hasta 1958. Ese año, De Gaulle consiguió de nuevo el poder, y la Cuarta República se vio sustituida por la Quinta. Los cambios constitucionales que tuvieron entonces lugar afectaron una vez más al imperio ultramarino. La Unión francesa fue reemplazada por la Comunidad francesa, forma de organización mucho más relajada, aunque aún pretendía todavía que la política exterior, de defensa y económica se decidiera de manera colectiva. A todos los territorios de ultramar se les ofreció la posibilidad de determinar su deseo de permanencia en la Comunidad mediante un referéndum. Excepto Guinea, todos los demás votaron afirmativamente, pero la Comunidad, lo mismo que la Unión, iba a verse superada muy pronto por circunstancias y actitudes cambiantes.

África del Norte

En todo el imperio francés, Argelia había sido el único territorio que había atraído una cantidad significativa de pobladores procedentes de la metrópoli. La primera vez que Francia entró en contacto con Argelia fue en 1830, cuando el último rey Borbón, Carlos X, envió una expedición para limpiar la zona de piratas berberiscos que se dedicaban todavía a apresar barcos que navegaban por el Mediterráneo. Los franceses advirtieron muy pronto que había sido mucho más fácil entrar de lo que les costaría salir de una complicación de tal magnitud. En las décadas de 1830 y 1840, pusieron manos a la obra de la conquista de toda Argelia, a pesar de la enérgica resistencia que les opusieron los líderes nacionalistas árabes, como Abd-el-Kader. Napoleón III se sintió atraído por la recuperación de la idea de los «colonos militares» (soldados licenciados del éjercito), siguiendo el modelo de la época romana, con el objetivo de que Francia contara con una presencia constante en Argelia; por ello, se animaba a los primeros colonos franceses a que crearan allí sus hogares. La política francesa en Argelia nunca gozó de consistencia, especialmente en lo referente al tratamiento que se le dio a la mayoría de la población, a los árabes; pero sí es cierto que, más

que cualquier otro territorio, fue recibiendo de manera progresiva un verdadero trato como *département* de la Francia metropolitana.

Esto sería lo que convertiría a la descolonización en un asunto plagado de dificultades. La resistencia árabe nunca había cesado por completo, pero después de la segunda guerra mundial se volvió mucho más activa. Francia había perdido el control sobre toda la región durante la guerra, y, cualquiera que fuesen las promesas que se podían hacer desde la Unión francesa, los nacionalistas no se mostraban especialmente felices al contemplar la restauración de una situación en la que el dominio político y económico permanecería en manos de los colonos, que constituían únicamente la sexta parte de la población. El nacionalismo árabe se vio reforzado de manera poderosa por el resurgimiento general del Islam; resurgir que, para algunas personas especialmente perspicaces, era ya evidente en el siglo XIX, pero que alcanzaría su máximo momento de esplendor en el XX.

La primera insurrección seria tuvo lugar el 1 de noviembre de 1954, cuando algunos grupos nacionalistas que se encontraban divididos se reunieron para formar el Frente de Liberación Nacional (FLN) e invitaron a todos los argelinos a sublevarse. En un primer momento, la población se mostró cautelosa y no sucedieron, de inmediato, levantamientos de masas, pero los franceses nunca serían capaces de acabar con el FLN. Antes de que la guerra de Argelia finalizara, los franceses habían destinado a ese territorio medio millón de soldados. El fracaso en solucionar el problema argelino fue el principal factor que acabaría hundiendo a la Cuarta República.

Inicialmente, el general De Gaulle no cosechó mayores éxitos, si bien su dominio de las relaciones públicas era bastante mejor que el de sus predecesores; pero, por su parte, Argelia se estaba convirtiendo en ese momento en un asunto de interés internacional, pues muchos otros países árabes expresaban su apoyo al FLN. Sin embargo, no todo quedaba ahí, porque iba a aparecer otro peligro más: muchos de los colonos franceses estaban decididos a no dejarse traicionar por el gobierno de su país, de acuerdo con la percepción que

ellos mismos tenían de la situación. En enero de 1960 se levantaron barricadas en Argel, pero no por los nacionalistas, sino por los colonos. Algunos oficiales del ejército francés echaron una mano y crearon la Organización Ejército Secreto (Organisation Armée Secrète, OAS) para oponerse a cualquier entrega de poderes. La propia vida de De Gaulle estuvo en verdadero peligro, pero, entre mayo de 1961 y marzo de 1962, siguió presionando para alcanzar el acuerdo de Evian con los nacionalistas argelinos, acuerdo que se firmaba el 18 de marzo y cuya aprobación era sometida a referéndum en Francia el día 8 de abril. El prestigio de De Gaulle —y un enorme cansancio ante la continuación de la guerra— salió victorioso. Más de un 90 por ciento votó a favor. Otro referéndum, que tuvo lugar en Argelia en julio, consiguió casi una mayoría del 100 por cien.

El 3 de julio de 1962 Argelia conseguía la independencia. Los colonos franceses del país no lo pasaron tan bien como los británicos de Kenia o Rhodesia: en 1963 fueron expropiadas todas las tierras de uso agrícola propiedad de extranjeros, y en 1965 más de un 80 por ciento de los colonos había abandonado la antigua colonia.

Había también algunos colonos franceses en Túnez y en Marruecos, pero ambos países constituían un problema menor si se los compara con Argelia. Desde el punto de vista constitucional, las relaciones que mantenían con Francia eran también muy diferentes. Ambos eran «protectorados», lo que quiere decir que habían conservado su organización interna prácticamente intacta. A comienzos de la década de 1950, se dieron algunos episodios de violencia, y en Marruecos la situación se complicó por los conflictos que aparecieron entre quienes apoyaban y quienes se oponían al sultán. A este último país se le concedió una independencia completa el 2 de marzo de 1956 y a Túnez el 20 del mismo mes. Ambos países estuvieron dispuestos a firmar tratados que garantizasen la continuidad de las relaciones económicas (así como el mantenimiento de vínculos en muchos otros aspectos) con la antigua metrópoli.

El África negra y Madagascar

De la misma manera como los británicos habían sido capaces de conservar lazos con sus antiguas colonias por medio de la Commonwealth, los franceses mantenían también una vinculación a través de la Comunidad francesa. Esta afirmación fue particularmente cierta en el África negra, donde los Estados de nueva creación eran, a menudo, demasiado débiles, tanto política como económicamente, para conservar la independencia con unas ciertas garantías de éxito. De hecho, la intervención francesa en su antiguo imperio fue, por lo general, mucho más abierta que la británica.

En el momento de la ruptura de hostilidades de la segunda guerra mundial, Francia administraba la mayor parte de sus colonias africanas englobadas en dos grandes grupos: el África occidental francesa, que incluía Mauritania, Senegal, Guinea, Costa de Marfil, Dahomey, el Sudán francés, la Guinea francesa, Alto Volta y Níger, y el África ecuatorial francesa, formada por Chad, Gabón, el Congo medio y Ubangui-Chari. Los territorios en régimen de mandato —Togolandia y Camerún— contaban con una administración específica. Al alcanzar la independencia, la mayoría de estas extensas unidades se desgajaron de nuevo en sus partes componentes.

Con algunas excepciones, la lucha que se mantuvo en ellas fue más política que militar. Incluso con anterioridad a la segunda guerra mundial, el Frente Popular que gobernaba Francia a partir de 1936 dio algunos pasos para que los habitantes de esas colonias quedaran más estrechamente asociados al gobierno de París. Durante la guerra, primero la ecuatorial y después el África occidental se convirtieron en base de la Francia Libre, y, por tanto, sus habitantes se familiarizaron con la propaganda de guerra de los aliados en defensa del derecho de autodeterminación de todos los pueblos. La conferencia de Brazzaville de enero-febrero de 1944, a la que asistió el propio De Gaulle, si bien había sido convocada abiertamente para responder sobre todo a las críticas norteamericanas a la continuidad del colonialismo, no estuvo relacionada con la descolonización (según se entendería posteriormente este concepto), sino con un nuevo y

perfeccionado programa de asimilación (Gifford y Louis, 1982, pp. 143-144, 190-193). Fue éste (aunque no de la manera en que el propio De Gaulle hubiera preferido) el que tomaría forma como Unión francesa, en 1946.

Lo mismo que en el caso británico, en el francés, 1960 fue el año de las maravillas para la descolonización del África negra. El impulso procedió tanto de París como de las colonias. Sólo dos años antes, todos los Estados implicados, si hacemos excepción de Guinea, hubieran parecido felices de permanecer en la Comunidad francesa según los términos que entonces se ofrecían; pero la opinión pública de la metrópoli estaba desilusionada con la guerra de Argelia, que en aquel momento marchaba muy mal, y con la guerra de Indochina, que ya habían perdido. El camino había quedado abierto por la ley marco de 1956, que proporcionaba un considerable aumento de la representatividad del gobierno en cada uno de los territorios, aunque, en aquel entonces, se presuponía que debería seguir formando parte de una estructura federal. Los líderes del África negra, como el veterano senegalés Léopold Senghor, por entonces diputado en París, habían estado implicados en la redacción del borrador de la ley marco. La transferencia de poderes se llevó a cabo con toda rapidez en ese mismo año de 1960: Camerún, en enero; Togo, en abril; Mali, en junio; Costa de Marfil, Dahomey (Benin), Alto Volta, Níger, Chad, Gabón, el Congo medio (República Popular del Congo) y Ubangui-Chari (República Centroafricana), en agosto; y Mauritania y Senegal (después de su separación de Mali), en noviembre. Incluso aquellos Estados que optaron por no mantenerse formalmente en el interior de la Comunidad francesa decidieron conservar numerosos vínculos económicos, financieros y tecnológicos con Francia. No se trataba de una solución tan querida por los franceses como la Unión (aunque, de hecho, ésta había atraído, en la Francia metropolitana, las críticas de aquellos a quienes no agradaba la perspectiva de tener en las cámaras una sólida falange de diputados coloniales), pero parecía ser la mejor: una tranquila transferencia de poderes a hombres cultos, occidentalizados, que habían absorbido en gran medida la cultura y los valores franceses, y de

quienes se esperaba que continuasen cooperando con Francia. De hecho, esa relación tan estrecha podía llegar a convertirse en una causa de complicaciones, como sucedió cuando los negocios entre el coronel Bokasa (autoproclamado emperador de la República Centroafricana) y el presidente Giscard d'Estaing, a finales de la década de 1970, contribuyeron a desacreditar al presidente y a su propio partido antes de las elecciones presidenciales francesas de 1981.

En Madagascar, la entrega de poderes fue mucho menos pacífica. Esa isla había sido nominalmente un protectorado francés desde 1885; pero los franceses habían tenido que luchar duramente en la década de 1890 para acabar con la dinastía de los Hova y para conquistar lo que constituía un Estado organizado y viable, a pesar de la diversidad de la población, desde el punto de vista racial, que procedía parcialmente de África y de Asia. En 1929 estalló un serio levantamiento, y, cuando las fuerzas de la Francia Libre consiguieron el control de la isla en 1942, los malgaches, mucho más que la mayoría de los pueblos restantes, contemplaron las promesas de la «carta atlántica» como garantía de futura independencia, si bien era posible que todavía asociados a Francia. Después de la guerra, quedaron profundamente desilusionados por las demoras francesas y por la comprensión mostrada ante los intereses de los colonos franceses de la isla. En marzo de 1947 hubo un nuevo levantamiento, reprimido con particular brutalidad por un gobierno colonial completamente atemorizado. En 1958 los malgaches votaron por continuar en la Comunidad francesa, pero el movimiento en favor de la independencia era ya muy fuerte. En 1959 eligieron su propio presidente, y en junio de 1960 consiguieron formalmente la independencia como República Malgache.

Indochina

En ciertos aspectos, el imperio francés de Indochina se parecía al de los británicos en la India, aunque su período de vigencia fuera muy inferior. Ambos imperios se habían establecido en el corazón de una antigua y sofisticada cultura,

que participaba de una elevada cohesión social, a pesar de la confusión política existente. La relación entre Indochina y su enorme vecino del norte, China, fue siempre muy compleja. A lo largo de un milenio, aproximadamente hasta el año 900 d.C., en realidad Vietnam había constituido la provincia más meridional del imperio chino, y, por ello, posteriormente China había realizado diferentes intentonas por recuperarla. Aunque éstas no se vieron coronadas por el éxito, tanto Vietnam como sus otros dos vecinos, Laos y Camboya, continuaron pagando tributo a China y reconociéndole cierta forma de señorío feudal.

Las relaciones oficiales de Vietnam con Francia comenzaron en 1787, durante el reinado de Luis XVI, con la firma entre ambos países de un tratado comercial; pero no sería hasta 1859 cuando Napoleón III, utilizando como pretexto una persecución sufrida por misioneros católicos franceses, ejerció su control sobre Saigón, al que esperaba convertir en un puerto capaz de rivalizar con Singapur. A lo largo de la década siguiente, Francia se anexionó la parte más meridional de Vietnam, Cochinchina. Pero sólo con la proclamación de la Tercera República, después de la guerra franco-prusiana, se decidieron los franceses a conquistar el resto de aquel territorio. En 1884, el tratado de Hué (un tratado que fue reconocido de mala gana por China el año siguiente) regulaba el protectorado francés sobre Annam y Camboya. Los franceses tuvieron enormes dificultades para «pacificar» la provincia vietnamita más septentrional, Tonkín, con la antigua capital, Hanoi. Combatieron durante años contra los «piratas» o «banderas negras», algunos de ellos militares irregulares chinos y otros refugiados de la rebelión Taiping en China. Estas escaramuzas acabaron con uno de los gobiernos franceses, el de Jules Ferry, en 1885, en circunstancias espectaculares (la muchedumbre se dirigió hacia la cámara de diputados, exigiendo que el primer ministro fuera colgado de la farola más cercana). El protectorado de Laos se consiguió de una manera bastante más pacífica cuando Tailandia cedió la provincia en 1893.

Los vietnamitas tenían ya muy asumido un cierto sentido de nacionalidad, de *quôc*, o país, forjado en sus luchas

contra China (Smith, 1968, pp. 40-42), aunque no se había visto siempre reflejado en una organización política coherente. No obstante, en 1802, Nguyên Anh unificó todo Vietnam bajo su dominio y lo gobernó como emperador, con el nombre de Gia-Long. Fue su descendiente, Tu-Duc, quien se vio obligado a aceptar un acuerdo con los franceses en la década de 1880.

Lo mismo que los indios, los indochinos tenían grandes diferencias entre ellos por su manera de reaccionar ante la cultura europea. Los franceses reconocieron que allí la «asimilación» era escasamente práctica, y por ello insistieron más en la política de «asociación». No obstante, algunos vietnamitas adoptaron las ideas occidentales y una minoría significativa abandonó los credos tradicionales (confucianismo, budismo y taoísmo) para abrazar el catolicismo romano. Bastantes jóvenes se trasladaron a París con el fin de continuar estudios superiores.

Ya desde el principio, la oposición política a los franceses estuvo muy bien organizada y preparada. Los nacionalistas vietnamitas estaban muy interesados en el desarrollo que había seguido Japón, y, hasta que en 1909 lo prohibieron los franceses, era éste el país al que iban a estudiar. También recibieron la influencia de la creciente oposición a los británicos en la India y aún más de la revolución nacionalista china, dirigida por Sun Yat-sen, de 1911. En 1904, un grupo de jóvenes estudiantes formaron el Duy-Tân Hôi (Asociación para la Reforma) con el objetivo de trabajar para conseguir un Vietnam independiente y una monarquía reformista. Cuatro años después estalló en el centro de Vietnam una revuelta campesina, y, aunque probablemente iba dirigida de manera fundamental contra situaciones de injusticia inmediatas, tales como los elevados impuestos y los trabajos forzados, los cabecillas de la revuelta mantuvieron alguna relación con el Duy-Tân Hôi, y proporcionaron a los franceses una buena excusa para poner en práctica fuertes medidas represivas. El movimiento que más se parecía al Congreso Nacional Indio fue el Partido Constitucionalista, fundado en Saigón en 1917 por vietnamitas con educación francesa. Entre otras cosas, pedía la extensión de la educación y la creación de un consejo representativo o parlamento en Vietnam. Esta última era una exigencia peligrosa y bastante contraria a la tendencia del pensamiento oficial francés; por ello, al Partido Constitucionalista no se le concedió ningún tipo de reconocimiento oficial como el que los británicos habían otorgado al Congreso Nacional Indio. Desilusionados, cierto número de jóvenes nacionalistas comenzaron a desplazarse hacia el comunismo, que ya estaba estableciéndose en China en el período de entreguerras (Smith, 1968, pp. 86-97).

El más importante de estos conversos fue, sin duda, Nguyen Ai Quoc (Nguyen: «el Patriota»), más conocido por la historia como Ho Chi Minh. Hijo de una familia de mandarines, había viajado en barco hasta Francia, en 1912, como grumete de un vapor. En 1919 presentó una petición a la conferencia de paz de París en demanda de la independencia para Vietnam. Al ser ignorado por completo, sus pasos se volvieron hacia el comunismo y contribuyó a fundar el moderno Partido Comunista francés, en Tours, en 1920. En 1923 marchó a Moscú, y, posteriormente, a China. Desde Cantón organizó un grupo revolucionario en Vietnam, el Thanh-Niên Hôi. Los años 1930-1931 fueron testigos del levantamiento de gran número de revueltas en varias zonas de Vietnam, las más eficaces de las cuales eran las que estaban dirigidas por el Thanh-Niên Hôi.

La historia de la descolonización de Indochina difiere ampliamente de la de cualquier otro territorio perteneciente a los imperios europeos en que, aunque tenía sus orígenes en el nacionalismo local, se convirtió en una confrontación abierta entre el mundo comunista y el no comunista. La peculiaridad de la situación de Indochina surge, en parte, de los acontecimientos que marcaron la segunda guerra mundial, y, en parte, del triunfo del comunismo en China, en 1949.

Indochina era una zona muy rica, hasta el punto de que, en 1923, Albert Sarraut la consideraba «la más próspera de todas nuestras colonias» (p. 463). En 1939, aunque el arroz era todavía la cosecha más importante, también producía para la exportación caucho, azúcar de caña, algodón y café. Vietnam poseía yacimientos de hierro y carbón, y había una significativa industria textil. Fue esa riqueza económica, así

como su posición estratégica, la que llevó a los japoneses a exigir que fuera puesta bajo su control, en 1941.

En ese mismo año se organizó el Vietminh en la China meridional. Ho Chi Minh (adoptó ese nombre en 1942) era su secretario general y los comunistas se habían convertido en la columna vertebral del movimiento, aunque se trataba de una organización que servía de paraguas a un cierto número de grupos y su objetivo reconocido consistía únicamente en la liberación de Vietnam. En agosto de 1945, después de la rendición de los japoneses, el Vietminh se hizo con el control de Hanoi y se aseguró la abdicación del emperador Bao-Dai. El 2 de septiembre Ho Chi Minh leyó la «Declaración de independencia de la República Democrática de Vietnam». Comenzaba con las palabras de Thomas Jefferson: «Sostenemos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales.» Algunos oficiales del ejército norteamericano se pusieron en pie en señal de aprobación (Herring, 1979, p. 1).

Hasta la conferencia de Yalta de febrero de 1945, el presidente de Estados Unidos, Franklin Roosevelt, mantuvo la esperanza de que los franceses abandonarían Indochina de la misma manera en que los británicos estaban planificando su retirada de la India; pero entre los dos casos había una diferencia importantísima: los británicos habían decidido por sí mismos abandonar la India tan pronto como la entrega de poderes pudiera realizarse sin problemas. Los franceses tenían la firme determinación de regresar a Indochina.

Roosevelt murió en abril de 1945, y su sucesor, Harry S. Truman, estaba menos comprometido con la causa anticolonialista de lo que lo había estado aquél, al tiempo que se hallaba más preocupado por la creciente rivalidad que se iba desarrollando entre Estados Unidos y la Unión Soviética por todo el mundo (Herring, 1979, pp. 5-7). Puede llegar a defenderse que Ho Chi Minh era antes nacionalista que comunista, pero los años pasados en Moscú (a donde había regresado en la década de 1930) le convertían en sospechoso a los ojos de los norteamericanos. La derrota que las fuerzas comunistas de Mao Tse-tung infligieron a las fuerzas nacionalistas de Chiang Kai-shek, en 1949, significó un grave quebranto para la política norteamericana y un gran golpe para la opinión

pública de ese país, que siempre había contemplado a China como si se tratase de un país protegido. En el Asia del Sudeste se estaba ya poniendo en práctica la «teoría dominó»: un Estado tras otro iría cayendo en manos de los comunistas.

En tales circunstancias, los norteamericanos tenían la esperanza de que los franceses se mantuvieran en Indochina. En el verano de 1945 se había alcanzado un acuerdo por el que tropas británicas ocuparían la mitad sur de Vietnam, y los nacionalistas chinos la mitad norte hasta el regreso de los franceses. De hecho, en Vietnam, lo mismo que en toda Indochina, Mountbatten debió confiar temporalmente en los japoneses para mantener el control de la zona. En la primavera de 1946, cuando llegaron las tropas francesas al mando del general Leclerc, Mountbatten le comentó a éste abiertamente que veía muy poco futuro a los franceses en Indochina, a lo que Leclerc contestó que él cumplía órdenes.

En efecto, la primera tarea de Leclerc consistió en reconquistar Vietnam del Norte, después de haber roto un supuesto acuerdo pacífico firmado con Ho Chi Minh en marzo de 1946. El 23 de noviembre de 1946, un acorazado francés bombardeó el puerto de Haiphong, al norte de Vietnam. Resultado: seiscientas personas muertas. Ho Chi Minh y sus fuerzas pasaron a la clandestinidad (Grimal, 1978, p. 243). Los franceses trataron de realizar el experimento de restaurar a Bao-Dai, personaje a quien habitualmente se ha calificado de ser sencillamente un *playboy*, más familiarizado con los casinos de la Riviera francesa que con su propio país; no obstante, es posible que Herring esté en lo cierto cuando afirma que ni le faltaba inteligencia ni tampoco patriotismo, pero que su posición como figura títere de los ocupantes franceses le imposibilitó para tener de su lado a ningún nacionalista vietnamita de cierto peso (Herring, 1979, p. 15).

Los franceses esperaban derrotar a las guerrillas a la manera como Templer había hecho con los insurgentes malayos, pero una vez más quedó demostrada la diferencia fundamental entre un movimiento extraño y otro que recibía el apoyo, como mínimo, de una buena parte de la población. La victoria comunista en China, en 1949, les facilitaría a las guerrillas conseguir suministros de todo tipo, hasta el punto de que

comenzaron a extender sus actividades por Laos y Camboya. Los franceses estaban decididos a atraerlas a una guerra abierta; pero, visto desde el lado francés, la consecuencia fue desastrosa. En la primavera de 1954, dieciséis mil soldados franceses (la mayor parte de ellos encuadrados en la prestigiosa Legión Extranjera) fueron sitiados en Dien Bien Phu, y, finalmente, el 7 de mayo, se vieron obligados a rendirse a las tropas vietnamitas mandadas por el general Giap.

Pero incluso antes de la derrota de Dien Bien Phu, los franceses habían decidido que debían reducir sus pérdidas en Indochina. Técnicamente, Laos se había convertido en Estado independiente en 1949, y Camboya (Kampuchea), al que desde 1949 se consideraba como «Estado asociado», alcanzó una independencia plena en noviembre de 1953; no obstante, tales independencias no libraron a ambos Estados de continuar sumergidos en la vorágine de los conflictos de la región.

Particularmente los norteamericanos contemplaban ahora la lucha de Vietnam, no tanto como una guerra por la descolonización, sino más bien como un ejemplo de resistencia al comunismo. Por otra parte, era evidente que los franceses no podían continuar manteniendo la situación. Había que buscar una salida alternativa. Por aquel entonces tenía lugar en Ginebra una conferencia, con asistencia de los ministros de Asuntos Exteriores de Rusia, China, Gran Bretaña y Estados Unidos, cuyo objetivo consistía en encontrar alguna vía para acabar con la guerra de Corea, que llevaba librándose desde 1950. Aprovechando la ocasión, les fue planteado también el problema de Indochina. Determinaron fijar una línea de alto el fuego a lo largo del paralelo 17. El territorio situado al norte de esa línea quedaría bajo control del Vietminh; el del sur permanecería temporalmente en poder de los franceses, pero con el compromiso de conceder a los vietnamitas una independencia inminente. Se acordó también que en el plazo de dos años se celebrarían elecciones en todo Vietnam. Pero estas elecciones nunca tuvieron lugar. Surgieron entonces dos Estados divididos por el paralelo 17. En el sur, los franceses transfirieron el poder de Bao-Dai a un nuevo jefe de Estado, Ngo Ding Diem (una vez más, volvió a tratarse de una mala elección). Aunque algunos observadores occidentales pudieron haberse engañado (Smith, 1968, pp. 3-5) al identificar el nacionalismo no comunista de Vietnam como muy próximo al budismo (sobre todo por el espectacular suicidio de algunos monjes budistas convertidos en antorchas humanas), lo mismo que Bao-Dai, el católico y francófilo Diem fue también incapaz de ganarse un auténtico apoyo popular.

En 1964, Diem fue derribado, pero, antes de que eso sucediese, los norteamericanos se habían ido comprometiendo cada vez más mediante el suministro de armas y de consejeros para conseguir la superviviencia del régimen. A partir de 1964 se entró en una auténtica escalada bélica. En febrero de 1965, Estados Unidos comenzó a bombardear Vietnam del Norte; en julio de ese mismo año, el presidente Lyndon Johnson autorizó el envío de un número considerable de tropas de infantería norteamericanas a la campaña. El compromiso estadounidense con esa guerra duró hasta 1973, cuando el presidente Nixon ordenó la retirada de todas las fuerzas de su país. Por entonces, toda la opinión pública norteamericana se había puesto en contra de la guerra. En esos ocho años, murieron más de cincuenta y cinco mil soldados de Estados Unidos; los muertos vietnamitas, del norte y del sur, sobrepasaron con creces el medio millón.

Sin la ayuda norteamericana, la República de Vietnam del Sur aguantó únicamente dos años más, y su rendición tuvo lugar en mayo de 1975. Saigón cambió su nombre por el de Ciudad de Ho Chi Minh, y Vietnam del Norte y del Sur se reunificaron formalmente como República Socialista de Vietnam en 1976.

CAPÍTULO 6

LOS IMPERIOS DE LAS POTENCIAS EUROPEAS MENORES

El imperio holandés

Una de las tradicionales potencias colonizadoras, la holandesa, se había quedado al margen del reparto colonial a finales del siglo XIX. Aparte de algunos restos del imperio en el Caribe, los holandeses tenían que contentarse con sus posesiones en Indonesia, las Indias orientales holandesas, que constituían una zona muy rica. En el siglo XVI, las Islas de las Especias, como se las conocía en aquella época (Java, Sumatra, Célebes, Molucas y parte de Borneo), fueron objeto de una intensa competencia europea. Mediado el siglo XIX, con el denominado «sistema de cultivos», mediante el cual los isleños se veían obligados a pagar los impuestos en forma de cosechas, todas ellas muy lucrativas, las Indias orientales holandesas constituían la base de toda la economía de Holanda. Ese sistema finalizó en 1870, en parte como resultado de reiteradas protestas de carácter humanitario, puesto que había dado lugar a la aparición de condiciones no muy alejadas del esclavismo.

El modelo administrativo holandés estaba mucho más cerca del sistema británico de gobierno indirecto que del concepto francés de la misión civilizadora, si bien, y ya a comienzos del siglo XX, bajo la influencia de la denominada «política ética», los holandeses aceptaron la responsabilidad de introducir un sistema educativo, que no fue bien acogido por los nacionalistas indonesios, quienes, a su vez, habían comenzado a crear ya sus propios centros escola-

res. La primera ocasión en que se evidenció la existencia de un movimiento nacionalista fue en Java, en 1908 (prácticamente al mismo tiempo en que aparecía un movimiento similar en Indochina), aunque sus objetivos más inmediatos se encontraban en el campo de la economía y de la cultura, más que en el de la política. En la década de 1920 se fue haciendo más abiertamente político, y los holandeses realizaron una labor de represión con cierto rigor. Uno de los líderes políticos que comenzó a actuar en este momento fue Achmed Sukarno, quien andando el tiempo se convertiría en presidente de Indonesia.

Sin embargo, sería la ocupación japonesa entre 1942 y 1945 la que, al igual que en otras partes de Asia, proporcionaría el estímulo inmediato al nacionalismo posterior, que se mostraría por dos caminos bastante contradictorios. Por una parte, británicos y norteamericanos se dedicaron a apoyar a los movimientos guerrilleros que luchaban contra los japoneses; después de la guerra, estos mismos movimientos estaban en disposición de volverse contra los holandeses. Por otra parte, los propios japoneses estimularon una forma de nacionalismo indonésico, de carácter antieuropeo y basado en la fuerte tradición islámica del archipiélago, en el que Sukarno desempeñó un papel bastante parecido al de Aung San en Birmania.

En agosto de 1945 se proclamaba en Batavia (Yakarta) la República de Indonesia. Lo mismo que en Indochina, los norteamericanos y los británicos —estos últimos habían ocupado las islas en el momento de la rendición japonesa— hubieran preferido contemplar un acuerdo inmediato con los nacionalistas en el control *de facto* del territorio; pero, lo mismo que los franceses, los holandeses estaban también decididos a regresar, si bien se hallaban dispuestos a ofrecer a los indonesios autonomía interna en el seno de algo así como una comunidad de naciones holandesa, como una «commonwealth» a la holandesa.

La oferta no fue suficiente para tentar a Sukarno, y se abrió un confuso estado de hostilidades, no sólo entre holandeses e indonesios, sino también entre diferentes grupos autóctonos rivales. En noviembre de 1946, por el acuerdo

Linggadjati, los holandeses reconocían la República de Java y Sumatra, y ambas partes acordaron trabajar en favor de una federación indonésica más amplia, que debía formar una unión con los Países Bajos, y quedar sometida a la corona holandesa, es decir, de nuevo la solución «commonwealth». El acuerdo se rompió, pero, a partir de ese momento, algunos de los vecinos de Indonesia comenzaron a considerarlo una cuestión de orden internacional, y en julio de 1947 la India y Australia lo presentaron ante el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

La lucha continuó, y no sería hasta el mes de agosto de 1949 cuando los Países Bajos reconocieron la independencia plena de la República de Indonesia. En 1963 quedó añadido a sus territorios el de Nueva Guinea occidental (Irian), pero el gobierno tuvo que hacer frente a fuertes movimientos separatistas en Sumatra y Célebes; y la década de 1960 fue también testimonio de la lucha por el control de ciertas regiones en disputa, entre Indonesia y una República Malaya recientemente independizada. En 1975 los indonesios ocuparon la isla de Timor, que pertenecía al decadente imperio portugués. Sukarno se mantuvo como presidente hasta 1967, año en que fue derribado por un golpe de Estado del ejército que llevó al poder al general Suharto. Sukarno murió en 1970.

El imperio belga

Los belgas, o más en concreto su rey, Leopoldo II, se decidieron a arriesgarse en la conquista de un imperio al contemplar el éxito financiero de los holandeses en Indonesia. Después de varios intentos realizados en diferentes lugares, y que no alcanzaron éxito alguno, Leopoldo II consiguió establecer una colonia en la cuenca del Congo, reconocida por las grandes potencias —en la conferencia de Berlín para el África occidental, de 1885—, como Estado Libre del Congo, y que se convertiría en el escenario de la explotación colonial más brutal de toda la historia reciente; este hecho se evidenció al servir de argumento a *Red Rubber* (1906), de E. D. Mo-

rel, a *Heart of Darkness* (1902), de Joseph Conrad, así como a los informes que Roger Casement envió al gobierno británico. El escándalo llegó a alcanzar tales proporciones que, en 1908, el Parlamento belga se vio obligado a asumir su responsabilidad para con el Congo, convirtiéndolo en una colonia ordinaria (anteriormente había sido una especie de feudo real).

En 1955 un eminente periodista belga podía describir el Congo como «la más próspera y tranquila de las colonias» (Gifford y Louis, 1982, p. 305). Su prosperidad se trataba de algo real, debida a los enormes recursos minerales de que disponía, pero su tranquilidad era completamente ilusoria. Básicamente, lo que el escritor quería decir era sólo que el Congo no había llegado a producir aún un movimiento nacionalista significativo, al contrario que otras zonas de África. Esto último era atribuible, en parte, a la forma muy distinta con la que se enfocó la educación en el territorio: fundamentalmente, se hallaba en manos de asociaciones misioneras que en su mayoría habían optado por un tipo de enseñanza práctica y vocacional. En el aspecto técnico, podía asegurarse que se trataba de una educación incluso buena, hasta el punto de que, cuando alcanzó la independencia, el Congo poseía más trabajadores cualificados que cualquier otra de las antiguas colonias, pero sólo contaba con dieciséis universidades, y no había médicos, ni abogados, ni tampoco ingenieros (*ibid.*, p. 307).

En la India, el proceso de evolución necesario para llegar a ser un Estado moderno duró, como mínimo, un siglo; en Ghana, toda una generación. En el Congo se comprimió en cuatro años. No fue, por tanto, sorprendente que estuviera preñado de desastres. De hecho, ya mediada la década de 1950, los congoleños habían comenzado a prestar cierto interés por el rápido desarrollo político de las colonias francesas vecinas. El gobierno belga de coalición liberal-socialista, que había jurado sus cargos en 1954, comenzó a hacer algunas tentativas de avance político en el Congo. En 1957 tuvieron lugar en la colonia las primeras elecciones municipales, y un partido congoleño, el ABAKO (Alianza de los Bakongo), dirigido por Joseph Kasvubu, estaba ya suficientemente bien organizado como para hacer una demostración de fuerza impresionante.

En 1958 caía en Bruselas la coalición liberal-socialista. Casi al mismo tiempo, el precio mundial del cobre, el principal producto de exportación del Congo, se hundía repentinamente. Toda la región se vio sumergida en una fuerte crisis económica. La política belga estaba muy lejos de ser estable en aquel entonces, e iba aumentando, cada vez más, la sensación de que Bélgica no estaba preparada para enfrentarse al riesgo y a los gastos que significaría gobernar un Congo reacio a permitirlo. En el verano de 1958, el general De Gaulle pronunció un discurso en la capital de Senegal, Dakar, no muy distinto del «viento de cambio» de Macmillan, que pareció atraer una especial atención en la colonia belga. Posteriormente, en 1958, un congoleño, Patrice Lumumba, líder del Movimiento Nacional Congoleño, visitó Accra como delegado de la conferencia panafricana. Regresó al Congo en enero de 1959 para anunciar que su objetivo consistía en la independencia inmediata. En la capital congoleña, Leopoldville, estallaron serias algaradas que tenían su origen en causas en parte económicas y en parte políticas. Las autoridades coloniales reprimieron el movimiento, pero irónicamente, de manera casi simultánea, el rey, Balduino II, anunciaba por la emisora de radio belga que al Congo se le había de conceder alguna clase de independencia. Se fijó un calendario en una conferencia que tuvo lugar en Bruselas a comienzos de 1960, al tiempo que en el Congo aumentaban de intensidad las algaradas callejeras. La transferencia de poderes a una República Democrática del Congo (Zaire, a partir de 1971) se llevó finalmente a cabo el 30 de junio de 1960.

Sus primeros momentos fueron extremadamente tormentosos. La mayoría de los partidos políticos, que se habían formado a toda prisa en los últimos tiempos del gobierno colonial, se basaban en lealtades tribales y regionales. Lo mismo que tantas otras colonias europeas de África, el Congo había sido una construcción artificial. Muy poco después de la independencia, el ejército se amotinó, y Moise Tshombe, que había favorecido una Constitución de carácter federalista, declaró Katanga república independiente. Siguió un estado de

guerra civil en el que se cometieron auténticas atrocidades, algunas de ellas contra europeos. El 11 de julio vio la intervención de paracaidistas belgas, y Lumumba pidió la mediación de una fuerza de las Naciones Unidas, un respaldo que serviría para reintegrar Katanga a control congoleño, aunque el propio Lumumba sería asesinado en diciembre de 1960. Tshombe mantuvo el control sobre todo el país entre 1963 y 1965, pero fue depuesto por un golpe de Estado llevado a cabo por el ejército, y dirigido por el general Mobutu, en noviembre de 1965.

La violencia y la guerra civil del Congo provocaron una profunda impresión en la opinión pública europea; pero aún más en las minorías blancas de Sudáfrica y de Rhodesia del Sur, que se convencieron de que el gobierno de la mayoría negra constituía una garantía de anarquía. Los acontecimientos del Congo fueron, por tanto, uno de los principales factores que explican la declaración unilateral de independencia de Rhodesia.

El imperio italiano

Al contrario que otras potencias beligerantes, Italia perdió su imperio como resultado directo de la participación en la segunda guerra mundial. Después de todo, las colonias habían estado en el bando de los ganadores, e Italia era un enemigo derrotado.

El imperio italiano era de reciente creación. No mucho antes de la primera guerra mundial, Italia había conseguido Libia a costa de un imperio en decadencia, el otomano. Su intento por conquistar Abisinia finalizó de manera desastrosa en la batalla de Adowa, en 1896, la única derrota importante sufrida por una potencia europea a manos de los africanos en el curso del reparto colonial. Sin embargo, había hecho buena su reclamación sobre Eritrea y la Somalilandia italiana. Los italianos estaban muy decepcionados por su fracaso en conseguir mayores beneficios coloniales como resultado de la intervención en la primera guerra mundial, y la conquista de Abisinia por Mussolini (concluida esta vez con éxito), en la década de 1930, constituyó un esfuerzo para remediar aquella situación, al tiempo que un caprichoso intento por reconstruir un nuevo imperio romano.

Abisinia (Etiopía) había sido miembro de la Liga de Naciones con anterioridad a la invasión italiana, y, por ello, cuando en 1941 los italianos fueron expulsados del país, éste pasó inmediatamente a reasumir su independencia bajo la figura de su emperador, Haile Selassie, que continuaría presidiendo el Estado hasta que fue depuesto por una revolución en 1972. Eritrea continuó bajo protección británica hasta 1952, momento en que fue entregada a Etiopía. La Somalilandia italiana (Somalia) se unió, en 1960, a la británica para formar la República Democrática de Somalia. Desde 1962, Eritrea trata de conseguir la independencia, y, en la década de 1970, estalló una guerra entre la República de Somalia y Etiopía por una disputa fronteriza.

En Libia, los italianos potenciaron las corrientes migratorias desde la península, y, durante un breve espacio de tiempo anterior al estallido de la segunda guerra mundial, trataron de gobernar una zona del país, del mismo modo como los franceses habían hecho en Argelia, considerándolo como parte de la madre patria italiana. Después de la guerra, una parte fue puesta bajo administración británica y otra bajo la francesa, de forma parecida a como se había hecho con los Estados que sucedieron al hundimiento del imperio otomano en 1919. Alcanzó la independencia el 24 de diciembre de 1951, con una forma de gobierno monárquica, personificada en la figura del rey Idris. Éste fue depuesto en septiembre de 1959 por el coronel Gadhafi.

El imperio español

España había perdido la mayor parte de su imperio en la época de las guerras napoleónicas y casi todo lo que todavía restaba de él, Filipinas y Cuba, en la guerra que sostuvo contra Estados Unidos en 1898; pero en 1945 aún poseía algunos fragmentos de aquel imperio en África.

El Marruecos español se unió al resto de Marruecos en

1956. El territorio situado más al sur, el llamado Sahara español (Río de Oro), constituyó un problema mucho mayor. En febrero de 1976, España renunciaba a todos los derechos sobre él, pero la zona más septentrional se convirtió en un territorio disputado por Marruecos y la República de Mauritania, uno de los Estados surgidos de lo que había sido el África occidental francesa.

Río Muni, Fernando Po y algunas otras pequeñas islas se unieron en 1968 para formar el nuevo Estado de Guinea Ecuatorial. Durante algún tiempo estuvo recibiendo alguna asistencia económica de Nigeria, pero, al darse ésta por terminada a finales de la década de 1970, el país ha quedado convertido en un Estado que tiene escasas posibilidades de pervivencia.

El imperio portugués

Fue el primero de los imperios marítimos europeos y data ya de finales del siglo XV. Estaba asimismo destinado a ser el que más durara. La mayor colonia portuguesa, Brasil, se independizó en 1822. En el siglo XIX su imperio se encontraba ya moribundo, pero revivió durante el período del reparto colonial (después de la conferencia de Berlín), y en 1945 poseía aún dos importantes colonias en el continente africano: Angola y Mozambique. Además no tenía ninguna intención de abandonarlas. La situación se complicaba por el hecho de que los portugueses, desde el punto de vista racial, habían sido mucho menos selectivos que los europeos del norte, y habían contraído matrimonios con indígenas con una relativa frecuencia; por tanto, muchos de los habitantes de sus colonias eran mulatos.

Al menos en algunos aspectos, la teoría portuguesa del imperio se parecía bastante a la francesa. Poseía también un sentido de misión civilizadora, expresada de manera habitual en la expansión de la cristiandad católica. No prestaron excesiva atención a la educación, pero los portugueses reconocieron una categoría de *assimilado* (similar al francés *evolué*), es decir, africano culto, preparado para recibir una ciudadanía

plena. No obstante, su número era muy pequeño. En 1950, Angola contaba con unos treinta mil ciudadanos, para una población total de cuatro millones, y en Mozambique sobrepasaban con dificultades los cuatro mil para una población superior a los cinco millones (Hatch, 1965, p. 236). Pero es más importante todavía el hecho de que los portugueses contemplaban el desarrollo futuro descansando en la unión estrecha de las colonias con el gobierno metropolitano, y, ciertamente, ese futuro no pasaba por la devolución o por la independencia. Esta filosofía encajaba de forma admirable con el modelo autoritario de gobierno del doctor Salazar, que había gobernado Portugal desde 1932.

En junio de 1951, el gobierno de Salazar decretó que, en adelante, las colonias serían «provincias de ultramar». Durante las dos décadas siguientes, la población de colonos blancos, lejos de disminuir, creció rápidamente, sobre todo en Angola (Gifford y Louis, 1982, p. 339). Aumentaron los núcleos urbanos y con ellos las tensiones entre africanos negros y colonos blancos, en especial desde el momento en que muchos de los recién llegados eran «blancos pobres», que entraban en competencia económica directa con los africanos. En 1959, la creciente presión económica desembocó en una huelga en un pequeño territorio del África occidental portuguesa: Guinea-Bissau. En los enfrentamientos con la policía murieron varios africanos.

Era imposible que los territorios portugueses permanecieran inmunes a las inquietudes y al creciente sentimiento nacionalista que iban extendiéndose por toda África en la década de 1960. En 1961-1962, los portugueses realizaron diversas reformas, especialmente la abolición de la exigencia de trabajos forzados que aún se les podía imponer a los africanos; pero se trataba de medidas escasamente adecuadas para los tiempos que se avecinaban.

En febrero de 1961 tuvo lugar el primer levantamiento serio en el norte de Angola, cuando se llevó a cabo un ataque contra la prisión de São Paulo, en Luanda. Las autoridades se encontraban completamente atemorizadas a causa de los sucesos que estaban ocurriendo en el norte del Congo, hasta el punto de que consideraron varios ataques posteriores con-

tra colonos blancos, que tuvieron lugar en los meses siguientes, como realizados por soldados irregulares procedentes del otro lado de la frontera congoleña. La respuesta se hizo con toda la fuerza militar que tenían a su mando, estimándose el número de muertos entre los veinte mil y los sesenta mil (Figueiredo, 1975, pp. 209-210). La rebelión se extendió a Mozambique.

Mucho más todavía que en el caso francés, el final del imperio portugués llegó a causa de una guerra en gran escala. Salazar había hecho una fuerte inversión para convertir el Portugal metropolitano (éste mismo, un país pobre) en centro de un rico imperio. Se habían potenciado las inversiones en las colonias, lo mismo que la emigración hacia aquellos territorios. Durante bastante tiempo, Portugal había obtenido de las colonias africanas azúcar, café y té no sólo para sí misma, sino también para la exportación, hasta el punto de que constituía un capítulo importante para equilibrar la balanza de pagos. Uno de los puertos más importantes de todo el África austral era Beira, en Mozambique, utilizado por ambas Rhodesias y por el Transvaal, además de por el propio Mozambique.

Al final, las colonias sirvieron para destruir, y no para salvar, el régimen que Salazar había levantado con tanto cuidado. El propio Salazar murió en 1970 (estaba incapacitado desde 1968); pero sus sucesores continuaron su política durante algunos años más, hasta que el coste económico y la sangría de los propios recursos humanos de Portugal se volvió intolerable. Los hombres eran llamados a filas constantemente para ir a luchar a las colonias. Finalmente, en abril de 1974, el gobierno fue depuesto por un golpe militar. Durante dos años, Portugal vivió al borde de una profundización de la revolución, y las colonias fueron los beneficiarios inmediatos: Guinea-Bissau se independizó el 10 de septiembre de 1974; Mozambique, el 25 de junio de 1975, y Angola, el 11 de noviembre del mismo año.

Lo mismo que había sucedido con los restantes imperios europeos, pronto se hizo evidente que, alcanzada la independencia, un buen número de problemas, en lugar de acabar, no habían hecho más que comenzar. Guinea-Bissau sucumbió pronto a un golpe militar. En Mozambique, un movimiento marxista de liberación, el Frelimo (Frente de Liberación de Mozambique) estableció un Estado de partido único. Pero sería Angola la que sufriría las peores consecuencias. Cuando alcanzó la independencia, llevaba mucho tiempo inmersa no sólo en una guerra contra Portugal, sino también en una guerra civil. En 1976, el apoyo cubano había permitido al marxista MPLA (Movimiento Popular de Liberación de Angola) controlar el poder y crear un Estado de partido único; pero el movimiento rebelde, Unita, con ciertos apoyos por parte de Sudáfrica, había generado de nuevo una situación de guerra civil.

CONCLUSIÓN

Con el fin del imperio portugués, en 1975, se cierra el círculo de la historia de la ascensión y la caída de los imperios marítimos europeos que había durado casi por espacio de quinientos años. Sólo continuaban existiendo los dos imperios continentales: Rusia y Estados Unidos, que se habían levantado al lado de los Estados marítimos de Europa occidental. Ambos, el ruso y el norteamericano, habían contribuido al hundimiento de los imperios marítimos.

Los rusos no abandonaron territorio alguno después de la segunda guerra mundial; antes bien, extendieron su influencia sobre los Estados de menor extensión localizados en Europa oriental, así como sobre otros países, como Afganistán. Por lo que respecta al pueblo norteamericano, el problema era aún más complejo. Debido a su propia historia, se sentía sentimentalmente atraído por la descolonización. Contempló su expansión en el continente norteamericano como un «destino manifiesto», pero le molestaba la posesión de territorios en ultramar. Se negó a conservar la posesión de Cuba después de la guerra que libró contra España en 1898. No obstante, a mediados del siglo XX, aún poseía algunos territorios ultramarinos dispersos, como Puerto Rico, las islas Vírgenes, Guam, las islas Wake y Midway, la Samoa americana y Hawai; esta última se convirtió en Estado de pleno derecho de la Unión en 1959. Las islas Filipinas, que también habían sido ganadas a España en 1898, eran la más evidente de las posesiones «coloniales» norteamericanas. No fue hasta 1946 cuando Estados Unidos concedió finalmente la independencia a los filipinos, por medio de una cuidadosa transferencia de poderes a una oligarquía de la que esperaban que continuara apoyando a los norteamericanos. Fue una táctica que

estuvieron dispuestos a favorecer en otras áreas sensibles al desarrollo de la guerra fría, aunque en ninguna otra parte alcanzaron un éxito tan evidente (Gifford y Louis, 1982, p. 2).

A finales de la segunda guerra mundial, los norteamericanos se consideraron a sí mismos casi como los valedores de la descolonización, pero su entusiasmo se vio atemperado por el miedo a que los Estados recientemente independizados pudieran unirse al bloque comunista. Ese temor se agudizaría en Indochina. Quizá hubiera mucho de cierto en el viejo adagio liberal de que una reforma a tiempo mantiene a distancia cualquier revolución, y, de hecho, en aquellos países en los que el proceso de descolonización comenzó pronto, los comunistas apenas hicieron progresos. Bien es verdad que hubo un movimiento comunista en la India británica, que recibió alguna publicidad —y quizá también aliento— en los juicios que por conspiración tuvieron lugar en Meerut, de 1929, pero fue una planta muy débil si se la compara con el vigor del Partido del Congreso. Los franceses y los portugueses, que resistieron por más tiempo, dejaron tras de sí poderosos partidos marxistas en muchas de sus antiguas colonias.

En el período de entreguerras, la relación entre comunismo y nacionalismo fue muy complicada. Después de 1917, los rusos estaban en general demasiado absorbidos por la magnitud de los problemas económicos y políticos de su propio país como para invertir muchos recursos en potenciar revoluciones en los imperios de otras potencias. Realizaron algunos gestos, quizá rituales, en su reconocimiento de las luchas coloniales en tanto integrantes del movimiento proletario, pero existían dificultades de tipo ideológico. Para Marx, el camino del futuro pasaba por la lucha de clases, y no por el nacionalismo. En los círculos comunistas, la adhesión al nacionalismo olía casi a herejía, puesto que, de acuerdo con las enseñanzas clásicas del marxismo, la revolución la llevaría a cabo un proletariado urbano, en el momento en que el capitalismo y el ascenso de la burguesía hubieran alcanzado su estadio final de decadencia. Marx no había previsto que el proceso eludiese el paso por una de las etapas y fuese realizado por movimientos campesinos en países que ni siquiera hubieran alcanzado la fase inaugurada por la revolución industrial. Pero ni

los colonialistas ni los nacionalistas de las colonias estaban en su mayoría relacionados con los aspectos más minuciosos de la ideología marxista. Por encima de todo, eran pragmáticos. No obstante, y aunque en grados distintos, todas las potencias coloniales temían a los marxistas, puesto que los opositores a las metrópolis, aunque hubieran comenzado siendo nacionalistas más que socialistas, contemplaban las ventajas que en su lucha podía ofrecerles un organismo con la dureza, y, al mismo tiempo, la flexibilidad de la «célula» comunista, así como la adhesión a una organización internacional, especialmente en un momento en que aún se sentían débiles y aislados, cuando debían enfrentarse al formidable poder de un Estado europeo moderno. Sin embargo, y sobre todo en las últimas fases de la revolución colonial, derivaron a menudo su inspiración (y, en ocasiones, la ayuda directa) de Cuba y de China, más que de Rusia.

Si juzgamos por las apariencias, a finales de la segunda guerra mundial la mayoría de las naciones occidentales aún eran muy poderosas. El caos económico con el que acaba la década de 1940 pasó de un modo que no deja de sorprendernos por su rapidez. En Gran Bretaña, a la época de «austeridad» siguió la de los «opulentos años cincuenta». Si se admite la importante excepción de la India, casi ninguna de las dependencias británicas se independizó durante el período de mayor debilidad evidente de la metrópoli, en la década de 1940. Algunos historiadores han contemplado como inevitable, al menos, el abandono del imperio británico. Bernard Porter ha afirmado: «Desde 1870 a 1970, la historia de Gran Bretaña es la de una decadencia rápida y casi ininterrumpida [...] El imperio que había acumulado hacia finales del siglo [XIX] y, a continuación, perdido, no fue más que un incidente en el transcurso de esa decadencia. En origen, había sido conseguido como resultado de esa decadencia, precisamente con el fin de evitarla. Y, finalmente, se había tenido que renunciar a él como confirmación definitiva de esa misma decadencia» (1975, pp. 353-354). Paul Kennedy ha puesto en entredicho la validez de este argumento en un interesante artículo, donde sugiere que nos habría sido muy sencillo adoptar como propia la metáfora de Joseph Chamberlain que con-

templa al imperio británico, incluso en el momento del cambio de siglo, como un «Titán cansado», pero que, en lugar de ello, deberíamos preguntarnos lo siguiente: ¿Por qué, entonces, duró tanto tiempo? Exactamente, ¿a qué objetivos servía? ¿Por qué hubo tantas personas no sólo en Gran Bretaña, sino también en las colonias, e incluso en el mundo entero, dispuestas a mantenerlo en funcionamiento porque parecía que ello convenía a sus intereses? (1984, pp. 197-218).

Una vez que el movimiento descolonizador se puso en marcha, éste fue ganando en intensidad hasta que, finalmente, pareció convertirse casi en una carrera alocada, como lo había sido la apropiación de las colonias a finales del siglo XIX. ¿Por qué sucedió así? Se han ofrecido casi tantas explicaciones a este fenómeno como al primitivo proceso de colonización, y algunas de ellas se encadenan de manera muy interesante con los argumentos inversos utilizados para interpretar aquel primer movimiento. Pero frecuentemente se invoca como causa principal de la descolonización el *Zeitgeist*, el espíritu de los tiempos que, a menudo, se encuentra casi incluido como idea derivada de las explicaciones al imperialismo. Por lo general, se ha presentado el darwinismo social y la creencia en la evolución como cobertura filosófica para justificar o interpretar la conquista imperialista llevada a cabo por incuestionables razones económicas y políticas. En el lado opuesto se situarían las ideas en favor de la autodeterminación de todos los pueblos, los «catorce puntos» del presidente Wilson, la carta del Atlántico, el pacto fundamental de la Liga de las Naciones y la carta de las Naciones Unidas como creadores de un clima de opinión que considera como algo intolerable la posesión de territorios coloniales en contra de la voluntad de sus habitantes. Es también muy cierto que el electorado de los países metropolitanos era mucho más numeroso a mediados del siglo XX de lo que lo había sido un siglo antes, lo que quiere decir que la opinión pública contaba con un peso mucho mayor. Los nacionalistas indios supieron ver, desde el primer momento, que era mucho más importante apelar directamente al electorado británico, salvando así los intereses creados de Calcuta o de Londres; no obstante, hubo quienes, como Tilak, se mostraron muy escépticos (Philips, 1962, pp. 161-163), y a la larga demostró ser un camino muy difícil de seguir.

Sin embargo, algunos de los argumentos justificativos utilizados han dedicado muy poco espacio a la sugerencia de que una conciencia más ilustrada en los países metropolitanos desempeñó un importante papel en el proceso de descolonización, y aducen, más bien, cambios en los intereses materiales de los países desarrollados. Hay quienes han defendido lo que se ha denominado (Tomlinson, 1982, p. 60) «la teoría de la adaptación a las circunstancias». En particular, el gobierno británico, al adoptar una política más «liberal» frente al nacionalismo colonial en el período de entreguerras, no estaba preparando la disolución del imperio, sino su supervivencia bajo una forma adaptada. «El vicio dominante de la clase política no era el derrotismo galopante, sino, si hemos de señalar alguna cosa, el exceso de confianza (a causa de un nuevo y oportuno despliegue del factor imperial) en su habilidad para ir dejando a un lado aquellos elementos del nacionalismo colonial que exigían una separación completa de Gran Bretaña o que repudiaban las exigencias hechas por la metrópoli de continuar conservando privilegios políticos, económicos o estratégicos» (Darwin, 1980, p. 678). Es evidente que una argumentación de esta clase se adapta con comodidad a las teorías avanzadas por los profesores Robinson y Gallagher, en las décadas de 1950 y 1960, a propósito de la continuidad esencial de la política imperial británica, que, en ocasiones, exigía un control formal sobre otros territorios del mundo, pero que de manera más habitual había funcionado mejor mediante una «influencia» informal (1953, pp. 1-15). El mismo Gallagher abordó esta teoría cuando en el ciclo de conferencias Ford, de 1974, dijo lo siguiente: «Había una buena causa, cada vez más poderosa, para capitular ante el pensamiento de la época consistente en que el imperialismo era un método anticuado de proyectar influencia sobre el mundo exterior» (1982, p. 153).

En la década de 1950 estaba ya claro que el mantenimiento del imperio sería muy costoso tanto en términos monetarios como, si se elegía la opción de defenderlo por la fuerza de las armas (como sucedió en el caso francés y portugués),

en términos de recursos humanos, así como también en estabilidad política en el interior del país. ¿Merecía la pena? Casi podría afirmarse con toda seguridad que no, sobre todo si podías dejar como herencia una estructura política suficientemente estable como para hacer de la ex colonia un socio comercial satisfactorio; después de todo, según Robinson y Gallagher, eso era lo que los europeos habían estado buscando a lo largo de todo el siglo XIX; solamente se decidieron por el control político formal cuando les falló lo primero. Quizá los crecientes movimientos nacionalistas serían capaces de proporcionar esa estructura política. Generalmente estaban liderados por hombres que disponían de una educación y una preparación occidentalizadas, y que, aunque pudieran llegar a no ser muy bien aceptados por los tradicionalistas de sus propias sociedades, eran muy aceptables a los ojos de los políticos occidentales. Esto último ayudaría a explicar lo que de otro modo sería considerado como una revolución extraordinaria, y nos estamos refiriendo al cambio que tuvo lugar en la actitud británica para con África a finales de la década de 1950 y a principios de la de 1960, cuando hombres como Nkrumah y Kenyatta fueron excarcelados para encabezar el gobierno.

En el caso británico, las primeras descolonizaciones de posguerra, en particular en Asia, fueron ejecutadas por el gobierno laborista de 1945-1951. A juzgar por las apariencias, esto es lo que cabría esperar, pues ya desde los tiempos de Keir Hardie y Ramsay Macdonald, el movimiento laborista había sentido por las aspiraciones de las colonias mucha más simpatía que los conservadores, identificando, hasta cierto punto, esas aspiraciones con la lucha de la clase obrera británica para conseguir su propia forma de autodeterminación. Era, por tanto, coherente que fuese Clement Attlee (que había formado parte de la comisión Simon y que había protestado por la inadecuación del Acta del gobierno de la India de 1935) quien aprobase las medidas para conceder la independencia a la India en 1947.

Pero de la misma manera en que nunca había existido una línea divisoria clara entre política de izquierdas y política de derechas cuando se planteó el caso de si era o no deseable conseguir un imperio extenso en el siglo XIX, tampoco estaba clara la división por lo que respecta al tema de la descolonización. Todas sus complejidades han sido muy bien analizadas por David Goldsworthy en *Colonial Issues in British Politics, 1945-1961* (1971). En ocasiones, la actitud que se adoptaba era sorprendente. Winston Churchill se lamentaba (en el texto que hemos citado en la p. 99) de la inminente independencia de Birmania, pero fue el portavoz laborista, Herbert Morrison, quien afirmó que la concesión de la independencia a las colonias africanas de Gran Bretaña sería como «darle a un niño de diez años una llave de casa, una cuenta bancaria y un arma de fuego» (citado en Cross, 1968, p. 262). El propio Attlee se lamentaba de que Gran Bretaña pudiese estar volviendo la vista hacia Europa más que hacia la Commonwealth. En 1948 afirmaba en los Comunes que estaba «preocupado ante la sospecha [...] de que pudiéramos encontrarnos ya algo más cerca de Europa que de nuestra Commonwealth. Las naciones de la Commonwealth son nuestros amigos más profundos [...] y debemos tener muy claro que no somos únicamente una potencia europea, sino también miembros de una gran Commonwealth y de un imperio» (citado en Madgwick *et al.*, 1982, p. 288). De hecho, entre 1959 y 1964 sería la administración conservadora la responsable de la descolonización de casi toda el África británica.

Ya para finalizar, debemos tratar aún dos últimos puntos: la cuestión del «neocolonialismo» y la de las implicaciones que la descolonización tuvo para la teoría marxista. En los libros de texto ingleses del siglo XIX aparecía siempre como verdad manifiesta que el gobierno británico se había visto obligado a intervenir en la India a finales del siglo XVIII para controlar los excesos de la Compañía de la India Oriental inglesa. Desde entonces, este aspecto ha sido olvidado a menudo. Muy pocos eran los gobiernos coloniales europeos que no debían rendir cuentas ante nadie: si no eran controlados por sus propias conciencias, o por la fuerza de la opinión pública, se veían refrenados ante la expectativa de ser ellos mismos quienes posiblemente continuaran gobernando la colonia en un futuro previsible. Tenían, por tanto, mucho interés

en asegurar que esa colonia continuaría siendo razonablemente próspera y que no se la despojaría de todos sus recursos. Las compañías multinacionales no están sujetas a un control automático de este tipo en las operaciones que realizan. Al menos en algunas zonas, parece probado que el neocolonialismo se ha comportado peor que el colonialismo.

No deja de ser una ironía que la disolución de los imperios europeos haya provocado más problemas teóricos a los historiadores marxistas que al resto. En 1916, Lenin escribió un breve estudio titulado *El imperialismo: fase superior del capitalismo*. (En un borrador anterior, lo había subtitulado «última fase del capitalismo».) En él consideraba el imperialismo europeo casi como una señal apocalíptica de la llegada del milenio, de la revolución proletaria que derribaría el sistema capitalista. Nadie se cuestionó entonces, ni en los siguientes cincuenta años, que Lenin estuviera utilizando el concepto de «imperialismo» en el sentido que se le atribuía, por lo general, en aquel momento: la conquista del resto del mundo por las potencias europeas u occidentales. Sólo fue cuando se observó que los imperios iban desapareciendo, pero que el capitalismo permanecía, cuando comenzaron a evidenciarse dificultades teóricas. Como resultado, los historiadores marxistas (y algunos no marxistas) llevaron a cabo una importante revisión del papel desempeñado por el imperialismo en el marco de la historia analizada desde una perspectiva marxista. Las propuestas más accesibles se encuentran en las contribuciones de Kemp y Barratt Brown a la obra *Studies in the Theory of Imperialism* (Owen y Sutcliffe, 1972, pp. 1-70), y la más antigua, y quizá una de las mejores, en el artículo del malogrado profesor Eric Stokes en el *Historical Journal* (1969, pp. 285-301). De forma mucho más técnica, el concepto de «imperialismo» ha sido reinterpretado hasta significar una cierta forma de organización del capitalismo.

En la actualidad se puede afirmar que ya ha finalizado la primera fase de las «guerras de liberación» del Tercer Mundo. Prácticamente ya no quedan colonias, en el viejo sentido del término. No obstante, por desgracia se ha demostrado que, como había predicho el jefe Awolowo, la independencia

no es «el reino de Dios» (Awolowo, 1947, p. 30). El proceso de construcción de las naciones sigue avanzando, complicándose con rivalidades de política interior y por crisis económicas a escala mundial, y si ha llegado a provocar problemas en el mundo desarrollado, ha sido en ocasiones catastrófico para esas naciones de nueva creación de Asia y África.

BIBLIOGRAFÍA ESCOGIDA

La literatura sobre la descolonización es, en la actualidad, extensísima. La que presentamos a continuación pretende ser únicamente una guía de algunos de los trabajos disponibles. Muchos de los libros mencionados contienen bibliografías que proporcionarán una orientación mucho más detallada.

Varios de los tratados generales sobre los imperios europeos incluyen capítulos interesantes, aunque habitualmente breves, sobre el tema de la descolonización; son importantes, entre otros: D. K. Fieldhouse, *The Colonial Empires: a comparative survey from the eighteenth century*, 2.ª ed. rev., Macmillan, 1982; V. G. Kiernan, *European Empires from Conquest to Collapse, 1815-1960*, Fontana, 1982; y J.-L. Miège, *Expansion Européenne et Décolonisation de 1870 à nos jours*, Nouvelle Clio, Presses Universitaires de France, 1973. Puede aplicarse lo mismo a los trabajos sobre el imperio británico. Un interés especial tienen: Bernard Porter, *The Lion's Share: a short history of British imperialism*, Longman, 1975, ed. rev., 1984; N. Mansergh, *The Commonwealth Experience*, Weidenfeld and Nicholson, 1969; y T. O. Lloyd, *The British Empire, 1558-1983*, Oxford University Press, 1984. No existen muchos libros que traten de mostrarnos el tema de la descolonización fuera de las fronteras británicas. Una notable excepción es H. Grimal, *Decolonization: the British, French, Dutch and Belgian Empires, 1919-1963*, Routledge & Kegan Paul, 1978.

Se trata de un tema tan extenso que la mayoría de las obras recientes más importantes son trabajos colectivos, formados por artículos sobre los aspectos más relevantes redactados por los más importantes especialistas. Entre ellos, y por lo que se refiere a África, pueden citarse: L. H. Gann y

P. Duignan (eds.), *Colonialism in Africa*, vol. 2, *The History and Politics of Colonialism, 1914-1960*, Cambridge University Press, 1970; P. Gifford y W. R. Louis (eds.), *France and Britain in Africa: Imperial Rivalry and Colonial Rule*, Yale University Press, 1971 (que alcanza hasta aproximadamente 1967), y de los mismos editores, *The Transfer of Power in Africa: Decolonization, 1940-1960*, Yale University Press, 1982; y R. A. Oliver (ed. general), *History of East Africa*, en especial el vol. 2, V. Harlow y E. M. Chilver (eds.), Oxford University Press, 1965, y el vol. 3, D. A. Low y A. Smith (eds.), Oxford University Press, 1976. Una obra de autor único es la de J. Hargreaves, *The End of Colonial Rule in West Africa*, Macmillan, 1979. Están incorporados a este trabajo su artículo para la Historical Association (1976) del mismo título y algunos otros ensayos. También es útil: John Hatch, *A History of Post-War Africa*, André Deutsch, 1965.

Las historias generales, que proporcionan material básico necesario, incluyen: P. Spear, *A History of India*, vol. 2, Penguin, 1965; J. Fage, *A History of Africa*, Hutchinson, 1978; y J. H. Parry y P. Sherlock, *A Short History of the West Indies*, Macmillan, 1971.

De particular interés por el tratamiento que conceden a la respuesta de África a Occidente, tenemos: P. D. Curtin (ed.), *Africa and the West: Intellectual Responses to European Culture*, University of Wisconsin Press, 1972; R. W. July, *The Origins of Modern African Thought*, Faber & Faber, 1968; Thomas Hodgkin, *Nationalism in Colonial Africa*, Frederick Muller, 1956; y la colección de documentos de J. Ayo Langley, con una introducción, *Ideologies of Liberation in Black Africa, 1856-1970*, Rex Collings, 1979. Nos proporcionan también nuevos puntos de vista los escritos de varios nacionalistas africanos, muchos de ellos autobiográficos, entre los que se incluyen O. Awolowo, *Path to Nigerian Freedom*, Faber & Faber, 1947; K. Nkrumah, *Autobiography*, Nelson, 1957; y Joshua Nkomo, *The Story of my Life*, Methuen, 1984.

Han sido también numerosos los nacionalistas indios que nos han legado relatos personales. Los más importantes son: M. K. Gandhi, *An Autobiography: the story of my experiments with truth*, Penguin, 1982; y J. Nehru, *Autobiography: Towards Freedom*, John Lane, 1942. La biografía más reciente de Gandhi de que disponemos es la de Louis Fischer, *The Life of Mahatma Gandhi*, Granada, 1982 (publicada en 1951 por vez primera por Jonathan Cape). Existen estudios más detallados de algunos aspectos de la vida de Gandhi en Judith Brown, *Gandhi's Rise to Power: Indian Politics, 1915-1922*, y *Gandhi and Civil Disobedience: The Mahatma in Indian Politics, 1928-1934*, Oxford University Press, 1972 y 1977. La biografía clásica de Nehru continúa siendo la de Michael Brecher, *Nehru: a political biography*, Oxford University Press, 1959 (se publicó una edición abreviada en 1961). Otros trabajos importantes sobre el nacionalismo indio incluyen: Anil Seal, *The Emergence of Indian Nationalism: Competition and Collaboration in the Late Nineteenth Century*, Oxford University Press, 1968; R. J. Moore, *Liberalism and Indian Politics, 1872-1922*, Edward Arnold, 1966, y *Escape from Empire: the Attlee Government and the Indian Problem*, Clarendon, 1983; S. A. Wolpert, *Tilak and Gokhale: revolution and reform in the making of modern India*, University of California Press, 1962; y B. N. Pandey, *The Break-up of British India*, Macmillan, 1969. De incalculable valor es la colección de documentos de C. H. Philips, *The Evolution of India and Pakistan, 1858-1947*, Oxford University Press, 1962.

Al ser el británico el imperio más extenso, son numerosos los historiadores que han escrito sobre él. La obra de W. N. Medlicott, *Contemporary England, 1914-1964*, Longman, 1967, es útil porque sitúa la descolonización en su contexto general. P. J. Madgwick, D. Steeds y L. J. Williams, en su *Britain since 1945*, Hutchinson, 1982, prestan atención a la «retirada del imperio» e incluyen algunos documentos útiles para el debate. La disolución del imperio británico está tratada con enorme penetración en C. Cross, *The Fall of the British Empire, 1918-1968*, Hodder & Stoughton, 1968, y en G. Woodcock, *Who Killed the British Empire?*, Jonathan Cape, 1974. El tercer volumen de la trilogía de James Morris, *Farewell the Trumpets: an Imperial Retreat*, Penguin, 1979, es anecdótico, pero colorista. J. Gallagher (Anil Seal, ed.), *The Decline, Revival and Fall of the British Empire*, Cambridge University Press, 1982, es

una colección de artículos, varios de ellos no publicados con anterioridad, que arrojan alguna luz sobre diferentes aspectos de la historia imperial británica. La obra de P. S. Gupta, *Imperialism and the British Labour Movement, 1914-1964*, Macmillan, 1975, es un completo estudio sobre la actitud de un partido; mientras que la de David Goldsworthy, *Colonial Issues in British Politics, 1945-1961*, Oxford University Press, 1971, examina las actitudes de todos los partidos en un período de tiempo más breve. M. E. Chamberlain, *Britain and India: the interaction of two peoples*, David & Charles/Archon, 1974, trata de desarrollar con mucho más detalle algunos de los temas que se tratan en este libro. W. R. Louis, *Imperialism at Bay, 1941-1945: the United States and the Decolonization of the British Empire*, Clarendon, 1977, plantea la influencia de América en la disolución del imperio británico.

Por lo que se refiere a la descolonización del imperio francés, sólo contamos con un número limitado de obras en inglés, entre las que se incluyen: P. Neres, *French-Speaking West Africa: from colonial status to independence*, Oxford University Press, 1962; V. Thompson y R. Adloff, *The Emerging States of French Equatorial Africa*, Oxford University Press, 1960; D. Bruce Marshall, *The French Colonial Myth and Constitution-Making in the Fourth Republic*, Yale University Press, 1973; y Paul C. Sorum, *Intellectuals and Decolonization in France*, University of North Carolina Press, 1977. Como es lógico, Vietnam ha atraído una atención especial, y dos libros muy útiles son el de Ralph Smith, *Viet-nam and the West*, Heinemann, 1968, y el de George C. Herring, *America's Longest War: the United States and Vietnam, 1950-1975*, John Wiley, 1979.

Hay dos trabajos que tratan de los problemas que siguieron a la independencia: R. Harris, *Independence and After: Revolution in Underdeveloped Countries*, Oxford University Press, 1962, y A. H. M. Kirk-Greene, *Stand by your Radios*, Centro de Estudios Africanos, Cambridge, 1981, que analiza los golpes militares en África.

Otros tres libros, de difícil clasificación, pero importantes son: M. Perham, *African Outline*, Oxford University Press, 1966, y *The Colonial Reckoning* (ciclo de conferencias Reith), Collins, 1962; y A. P. Thornton, *Imperialism in the Twentieth Century*, Macmillan, 1978.

Son también útiles numerosos volúmenes de la Penguin African Library, sobre todo porque han sido escritos en paralelo a los hechos. Entre ellos, deberían mencionarse: B. Davidson, *Which Way Africa? The search for a new society*, 1964, y *In the Eye of the Storm, Angola's People*, 1975; y Martin Lomey, *Rhodesia: White Racism and Imperial Response*, 1975.

Finalmente, otros trabajos que plantean importantes debates son: el conjunto de artículos en R. Owen y B. Sutcliffe, *Studies in the Theory of Imperialism*, Longman, 1972; asimismo tres artículos recientes: John Darwin, «Imperialism in Decline? Tendencies in British Imperial Policy between the Wars», *Historical Journal*, 23 (1980), pp. 657-679; B. R. Tomlinson, «The Contraction of England: National Decline and the Loss of Empire», *Journal of Imperial and Commonwealth History*, XI (1982), pp. 58-72; y P. Kennedy, «Why did the British Empire last so long?», en P. Kennedy, *Strategy and Diplomacy, 1870-1945*, Fontana, 1984, pp. 197-218.

Otras lecturas aparecidas hasta la fecha

La apertura posterior de archivos que cubren los años cruciales de la descolonización, en particular los británicos, ha significado la aparición de una verdadera corriente de estudios. Los que presentamos a continuación se encuentran entre los más importantes, al tiempo que útiles. Entre los que tratan sobre la colonización europea en general, o sobre algún país continental en concreto, tenemos: R. F. Holland, *European Decolonization, 1918-1981*, Macmillan, 1985; M. Kahler, *Decolonisation in Britain and France*, Princeton University Press, 1984; y W. J. Mommsen y J. Osterhammel (eds.), *Imperialism and After*, German Historical Institute, 1986. Entre los que tratan de Gran Bretaña, tenemos tres estudios de John Darwin, «The Fear of Falling: British Politics and Imperial Decline since 1900», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5.ª serie, 36 (1986), pp. 27-43, *Britain and Decolonisation: The Retreat from Empire in the Post-War World*, Macmillan,

1988, y *The End of the British Empire: the Historical Debate*, Blackwell, 1991; B. Lapping, *End of Empire*, Granada Publications Ltd., 1985 (libro que acompaña a la serie de televisión sobre este tema); D. A. Low, *Eclipse of Empire*, CUP, 1993; y A. Porter y A. J. Stockwell, *British Imperial Policy and Decolonisation*, 2 vols. (documentos), Macmillan, 1987. Otros libros, aunque no están centrados exclusivamente en el tema de la descolonización, nos proporcionan importantes ideas; por ejemplo, R. von Albertini, *European Colonial Rule; the Impact of the West on India, Southeast Asia and Africa*, Greenwood, 1982; C. Bayly, *Atlas of the British Empire: a New Perspective on the British Empire from 1500 to the present*, Hamlyn, 1989; W. R. Louis, *The British Empire in the Middle East*, OUP, 1984; J. M. Roberts, *The Triumph of the West* (que sostiene una teoría fuera de moda acerca de la permanencia de la influencia occidental), BBC, 1985; P. Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers*, Unwin Hyam, 1988; y P. Cain y A. G. Hopkins, *British Imperialism*, especialmente el vol. 2, *Crisis and Deconstruction*, Longman, 1993.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Awolowo, Obafemi: *Path to Nigerian Freedom*, Faber & Faber, 1947.

Bennett, G.: *The Concept of Empire: Burke to Attlee, 1774-1947*, A. & C. Black, 1962.

Brown, Dee: *Bury my Heart at Wounded Knee*, Pan, 1972.

Chamberlain, M. E.: *Britain and India: the interaction of two peoples*, David and Charles/Archon, 1974.

Colebrook, T. E.: *Life of Mountstuart Elphinstone*, Murray, 2 vols., 1884.

Conrad, Joseph: *Heart of Darkness*, 1902 (ed. Penguin, 1973).

Cross, Colin: *The Fall of the British Empire, 1918-1968*, Hodder & Stoughton, 1968.

Darwin, John: «Imperialism in Decline? Tendencies in British Imperial Policy between the Wars», *Historical Journal*, 23, 1980, pp. 657-679.

Figueiredo, Antonio de: *Portugal: Fifty Years of Dictatorship*, Penguin, 1975.

Fox, James: *White Mischief*, Jonathan Cape, 1982.

Gallagher, John (Anil Seal, ed.): *The Decline, Revival and Fall of the British Empire*, Cambridge University Press, 1982.

Gifford, P. y Louis, W. R. (eds.): *France and Britain in Africa: Imperial and Colonial Rule*, Yale University Press, 1971.

—: *The Transfer of Power in Africa: Decolonization, 1940-1960*, Yale University Press, 1982.

Goldsworthy, David: *Colonial Issues in British Politics, 1945-1961*, Oxford University Press, 1971.

Hailey, W. M.: *Native Administration in the British African Territories*, 5 vols., Ministerio de Colonias, 1953 (reimpreso en AMS Press, 1979).

Grimal, Henri: *Decolonization: the British, French, Dutch and Belgian Empires, 1919-1963*, Routledge & Kegan Paul, 1978.

Hargreaves, J. D.: *The End of Colonial Rule in West Africa*, Macmillan, 1979.

Sergio Orozco

Harlow, Vincent: *The Founding of the Second British Empire*, vol. 1, Longman, 1952.

—: *The Founding of the Second British Empire*, vol. 2, Longman, 1964.

Hatch, John: *A History of Post War Africa*, André Deutsch, 1965.

Herring, George C.: *America's Longest War: the United States and Vietnam, 1950-1975*, John Wiley, 1979.

Hodgkin, Thomas: *Nationalism in Colonial Africa*, Fredrick Muller, 1956.

July, R. W.: *The Origins of Modern African Thought*, Faber & Faber, 1968.

Keith, A. B.: *Speeches and Documents on the British Dominions, 1918-1931: From Self-Government to National Sovereignty*, Oxford University Press, 1961.

Kennedy, Paul: *Strategy and Diplomacy, 1870-1945*, Fontana, 1984.

Lenin, V. I.: *El imperialismo: fase superior del capitalismo*, 1917.

Low, D. A.: *Buganda in Modern History*, Weidenfels and Nicholson, 1971.

Macdonald, J. Ramsay: *The Awakening of India*, Hodder & Stoughton, 1910.

Madgwick, P. J., Steeds, D. y Williams, L. J.: *Britain since 1945*, Hutchinson, 1982.

Majumdar, R. C.: *An Advanced History of India*, Macmillan, 1961.

Mansergh, Nicholas: *Survey of British Commonwealth Affairs 1939-1952*, Oxford University Press, 1958.

Morel, E. D.: *Red Rubber*, Fisher Unwin, 1906.

Nkrumah, K.: *Autobiography*, Nelson, 1957.

Owen, R. y Sutcliffe, B. (eds.): *Studies on the Theory of Imperialism*, Longman, 1972.

Parry, J. H. y Sherlock, P.: *A Short History of the West Indies*, Macmillan, 1971.

Philips, C. H.: *The Evolution of India and Pakistan, 1858-1947*, Oxford University Press, 1962.

Porter, Bernard: *The Lion's Share: A Short History of British Imperialism, 1850-1970*, Longman, 1984.

Roberts, S. H.: *The History of French Colonial Policy 1870-1925*, Cass, 1963.

Robinson, R. y Gallagher, J.: «The Imperialism of Free Trade», *Economic History Review*, 2.ª serie, 6, 1953, pp. 1-15.

Sarraut, A.: *La Mise en Valeur des Colonies Françaises*, Payot, 1923.

Seligman, E. R. A. (ed.): *Encyclopaedia of the Social Sciences*, Macmillan, 1932.

Sen, Surendra Nath: *Eighteen fifty seven*, Government of India, 1957.

Smith, Ralph: *Viet-nam and the West*, Heinemann, 1968.

Spear, P.: *A History of India*, vol. 2, Penguin, 1965.

Stokes, E.: *English Utilitarians and India*, Oxford University Press, 1959.

—: «Late Nineteenth-Century Expansion and the Attack on the Theory of Economic Imperialism: a Case of Mistaken Identity?», *Historical Journal*, 12, 1969, pp. 285-301.

Tomlinson, B. R.: «The Contraction of England: National Decline and the Loss of Empire», *Journal of Imperial and Commonwealth History*, XL, 1982, pp. 58-72.

Waley, Arthur: *The Opium War through Chinese Eyes*, Allen & Unwin, 1958.

ÍNDICE

Prólogo a la edición española 7

Introducción 15
Los precedentes 17
Las primeras respuestas coloniales 26

CAPÍTULO 1. **El imperio británico: Asia** 33
La India 33
Ceilán, Birmania y Malaya 53

CAPÍTULO 2. **El imperio británico: África** 57
Ghana 65
Nigeria 71
Sierra Leona y Gambia 75
África oriental (Uganda, Tanganika y Zanzíbar) 76
Kenia 78
África austral (ambas Rhodesias y Niasalandia) 82

CAPÍTULO 3. **El imperio británico: otros enclaves** 89
El Caribe 89
El Mediterráneo 92
Las otras «hijas» 96

CAPÍTULO 4. **La Commonwealth** 99

CAPÍTULO 5. **El imperio francés** 105
África del Norte 109
El África negra y Madagascar 112
Indochina 114

CAPÍTULO 6. **Los imperios de las potencias europeas menores** 123
El imperio holandés 123
El imperio belga 125
El imperio italiano 128
El imperio español 129
El imperio portugués 130

Conclusión 135

Bibliografía escogida 145

Referencias bibliográficas 151

Impreso en el mes de marzo de 1997
en Talleres LIBERDÚPLEX, S. L.
Constitución, 19
08014 Barcelona